
V. BLASCO IBAÑEZ
FLOR DE MAYO
NOVELA
Povo

FLOR DE MAYO

Como viene explicado en la presentación que hizo su autor, Flor de Mayo es una de las primeras novelas de Blasco Ibáñez, y por eso, al coger el ramalazo de final de siglo, puede decirse que es una novela romática.Sin embargo, el romanticismo de Blasco no es un romanticismo rosa, sino real, de naturalismo e impresionismo, cuya temática aborda el mundo del mar, su lucha y su supervivencia en un espacio encantador, el Mediterráneo y la ciudad de Valencia.

ISBN: 9788437617671
Generado con: QualityEbook v0.84
Generado por: Ramón Hortelano, 13/10/2018

AL LECTOR

F*LOR de Mayo* es mi segunda novela. La produje en 1895, cuando dirigía en Valencia el diario republicano El Pueblo, fundado por mí.

Lo mismo que mi primera novela *Arroz y tartana*, fué escrita Flor de Mayo para el folletín de dicho periódico. *La Barraca, Sónnica la cortesana* y *Entre naranjos* también se publicaron por primera vez en **El Pueblo.**

Algunas de estas novelas las escribí fragmentariamente, dando a la imprenta día por día la cantidad de cuartillas necesaria para llenar el folletín. Mi vida de periodista no me permitía un trabajo asiduo y concentrado.

Fué aquella época de mi existencia la más quimérica, más desinteresada y de mayor pobreza. Me había metido en el difícil empeño de sostener un diario de propaganda revolucionaria que, falto de la ayuda de los anuncios, no contaba con otros ingresos que los cinco céntimos dados por el lector. Como el diario no cubría sus gastos, perdí en mantenerlo toda la fortuna modesta heredada de mis padres, viéndome en una pobreza que casi rayó en miseria. Dediqué muchas veces al sostenimiento de El Pueblo lo que necesitaba para el sustento de mi familia, y además tuve que fingir prosperidades para que nadie se enterase de mi situación.

Como si esto no fuese bastante, mi republicanismo romántico y temerario me hacía ser objeto casi todos los meses de procesos y encarcelamientos, y cuando volvía a verme libre era para reanudar mi batalla económica, desesperada y dolorosa. En realidad, mis únicos períodos de paz y reposo en aquella época, fueron los que pasé en la cárcel.

No pudiendo retribuir a mis compañeros de redacción, me abstuve siempre de exigirles trabajos extraordinarios. Eran jóvenes que escribían por entusiasmo lo que querían y cuando querían. Yo me encargaba de realizar puntualmente todas las múltiples labores que exige la confección de un diario, desde el artículo

político de la primera columna, que suscitaba la indignación persecutoria de las autoridades, a los sueltos más insignificantes.

Permanecía hasta altas horas de la madrugada redactando en forma exageradamente amplia los escasos telegramas que podíamos recibir de Madrid y del extranjero, «hinchándolos», como se dice en lenguaje periodístico, y cuando la luz del alba iba blanqueando las ventanas de la redacción, daba por terminada mi vulgarísima labor para ser al fin novelista.

Arroz y tartana, Flor de Mato, La Barraca y Entre naranjos han sido escritas de este modo, al apuntar la aurora, en la pobre redacción de un periódico de vida todavía incierta, arrullado su autor por el estrépito de la máquina que rodaba en el piso bajo tirando los primeros ejemplares del diario y oyendo los mil ruidos de una ciudad que despierta para vivir un día más.

Mi trabajo de novelista se iba prolongando hasta bien entrada la mañana, o sea hasta que la fatiga física y los avances de un sueño menospreciado acababan por rendirme. Otras veces, antes de acostarme, vagaba por los caminos de la huerta o por la playa mediterránea para estudiar directamente los tipos y paisajes descritos luego en mis novelas.

Estos paseos de noctámbulo, que prolongaban una existencia anormal en las esplendorosas mañanas, eran para mí la única ocasión de ver el sol como los demás mortales. Me acostaba ordinariamente cerca de mediodía, y al despertar, la tarde estaba en su ocaso, reanudando, cerrada ya la noche, mi vida fatigosa.

Por nada volvería a esta existencia de sacrificio, de miseria y de continuo combate por un ideal, estéril hasta el presente. Pero la recuerdo emocionado, como uno de los períodos más interesantes de mi existencia. Amo mis primeras novelas con la predilección que sienten los ricos por los hijos nacidos en su época de pobreza.

Recuerdo a veces las aventuras a que me arrastró mi entusiasmo juvenil de novelista, ansiando ver de cerca y no de oídas las cosas que pretendía describir.

Dejando confiada momentáneamente la dirección de El Pueblo al grupo de jóvenes que me reconocía por maestro y director—a pesar de que sólo nos separaba una diferencia de cuatro o cinco años—, navegué en las barcas del Cabañal, haciendo la vida ruda de sus tripulantes, interviniendo en las operaciones de la pesca en alta mar. Como ya van transcurridos cerca de treinta años, hasta me atrevo a decir que también navegué en una barca de contrabandistas, yendo a «trabajar» con ellos en la costa de Argel.

Otro recuerdo emotivo guarda para mí Flor de Mayo.

Muchas veces, al vagar por la playa preparando mentalmente mi novela, encontré a un pintor joven —sólo tenía cinco años más que yo—que laboraba a pleno sol, reproduciendo mágicamente sobre sus lienzos el oro de la luz, el color invisible del aire, el azul palpitante del Mediterráneo, la blancura transparente y sólida al mismo tiempo de las velas, la mole rubia y carnal de los grandes bueyes cortando la ola majestuosamente al tirar de las barcas.

Este pintor y yo nos habíamos conocido de niños, perdiéndonos luego de vista. Venía de Italia y acababa de obtener sus primeros triunfos.

Convertido al realismo en el arte y abominando de la pintura aprendida en las escuelas, tenía por único maestro al mar valenciano, admirando fervorosamente su luminoso esplendor.

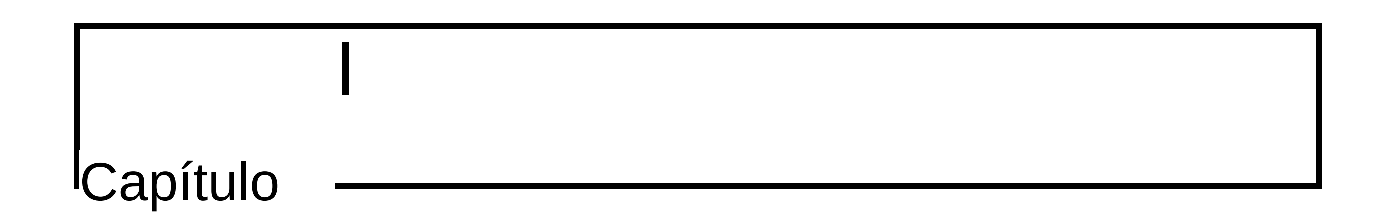
Trabajamos juntos, él en sus lienzos, yo en mi novela, teniendo enfrente el mismo modelo. Así se reanudó nuestra amistad, y fuimos hermanos, hasta que hace poco nos separó la muerte.

Era Joaquín Sorolla.

V. B. I.

1923.

FLOR DE MAYO



Capítulo I

AL amanecer cesó la lluvia. Los faroles de gas reflejaban sus inquietas luces en los charcos del adoquinado, rojos como regueros de sangre, y la accidentada línea de tejados comenzaba a dibujarse sobre el fondo ceniciento del espacio.

Eran las cinco. Los vigilantes nocturnos descolgaban sus linternas de las esquinas, y golpeando con fuerza los entumecidos pies, se alejaban después de saludar con perezoso «¡bon día!» a las parejas de agentes encapuchados que aguardaban el relevo de las siete.

A lo lejos, agrandados por la sonoridad del amanecer, desgarraban el silencio los silbidos de los primeros trenes que salían de Valencia. En los campanarios, los esquilones llamaban a la misa del alba, unos con voz cascada de vieja, otros con inocente balbuceo de niño, y repitiéndose de azotea en azotea, vibraba el canto del gallo con su estridencia de belicosa diana.

En las calles, desiertas y húmedas, despertaban extrañas sonoridades los pasos de los primeros transeúntes. Por las puertas cerradas escapábase, al través de las rendijas, la respiración de todo un pueblo en los últimos deleites de un sueño tranquilo.

Aclarábase el espacio lentamente, como si arriba fuesen rasgándose una por una las innumerables gasas tendidas ante la luz. Penetraba en las encrucijadas, hasta en sus últimos rincones, una claridad gris y fría, que sacaba de la sombra los pálidos contornos de la ciudad; y como un esfumado paisaje de linterna mágica que lentamente fija sus perfiles, aparecían las fachadas mojadas por el aguacero, los tejados brillantes como espejos, los aleros destilando las últimas gotas, y los árboles de los paseos, desnudos y escuetos como escobas, sacudiendo el invernal ramaje, con el tronco musgoso destilando humedad.

La fábrica del gas lanzaba sus postreros estertores, cansada del trabajo de toda la noche. Los gasómetros caían con desmayo entre sus férreos tirantes, como estómagos fatigados por la nocturna indigestión, y la colosal chimenea de ladrillo lanzaba en lo alto sus últimas bocanadas negras y densas, que se esparcían por el espacio con caprichoso serpenteo, cual un borrón resbalando sobre una hoja de papel gris.

Junto al puente del Mar, los empleados de Consumos paseaban para librarse de la humedad, escondiendo la nariz en la bufanda. Tras los vidrios del fielato, los escribientes recién llegados movían sus soñolientas cabezas.

Esperaban la entrada de los vendedores, chusma levantisca, educada en el regateo y agriada por la miseria, que por un céntimo abría la compuerta al caudal inagotable de sus injurias, y antes de llegar a sus puestos del Mercado sostenía un sinnúmero de peleas con los representantes de los impuestos.

Ya habían pasado en la penumbra del amanecer los carros de las verduras y las vacas de la leche con su melancólico cencerreo. Sólo faltaban las pescaderas, rebaño sucio, revuelto y pingajoso que ensordecía con sus gritos é impregnaba el ambiente con un olor de pescado podrido y un aura salitrosa del mar conservados entre los pliegues de sus zagalejos.

Llegaron cuando ya era de día, y la luz cruda de un amanecer azulado empezaba a recortar vigorosamente todos los objetos sobre el fondo gris del espacio.

Oíase, cada vez más próximo, un indolente cascabeleo, y una tras otra fueron entrando en el puente del Mar cuatro tartanas. Iban arrastradas por horribles jamelgos que parecían sostenerse únicamente por los tirones de riendas que daban los tartaneros. Estos se mantenían encogidos en sus asientos y con el tapabocas arrollado hasta los ojos.

Eran como negros ataúdes, y saltaban sobre los baches lo mismo que barcos viejos y despanzurrados a merced de las olas. El toldo tenía el cuero agrietado y tremendos rasguños, por donde asomaba el armazón de cañas; pegotes de pasta roja cubrían las goteras; el herraje roto y chirriante estaba remendado con cordeles; las ruedas guardaban en sus capas de suciedad el barro del invierno anterior, y todo el carruaje, de arriba abajo, parecía una criba, como si acabase de sufrir las descargas de una emboscada.

En su parte anterior lucían, como adorno coquetón, unas cortinillas de rojo desteñido, y por la abertura trasera mostrábanse revueltas con los cestos las señoras de la Pescadería, arrebujadas en sus mantones de cuadros, con el pañuelo

apretado a las sienes, apelotonadas unas con otras, y dejando escapar un vaho nauseabundo de marisma corrompida que alteraba el estómago.

Así iban adelantando las tartanas en perezosa fila, cabeceando, inclinadas a un lado, como si hubiesen perdido el equilibrio, hasta que de pronto, en el primer bache, se acostaban sobre la opuesta rueda con la violencia de un enfermo fatigado que muda de posición.

Detuviéronse ante el fielato, y fueron descendiendo por sus estribos zapatos en chancleta, medias rotas mostrando el talón sucio, faldas recogidas que dejaban al descubierto zagalejos amarillos con negros arabescos.

Alineábanse ante la báscula los cestones de caña cubiertos con húmedos trapos, que dejaban entrever el plomo brillante de la sardina, el suave bermellón de los salmonetes y los largos y sutiles tentáculos de las langostas, estremecidas por el estertor de la agonía. Al lado de las cestas se alineaban las piezas mayores: los meros de ancha cola, encorvados por la postrera contracción, con las fauces en círculo, desmesuradamente abiertas, mostrando la obscura garganta y la lengua redonda y blancuzca como una bola de billar; rayas anchas y aplastadas, caídas en el suelo como un trapo de fregar húmedo y viscoso.

La báscula estaba ocupada por unos panaderos de las afueras, guapos mozos con las cejas enharinadas, cuadrado mandil y brazos arremangados, que descargaban sacos de pan caliente y oloroso, esparciendo una fragancia de vida vegetal en el ambiente nauseabundo del pescado. Aguardando su turno, charlaban las pescaderas con los empleados y los transeúntes que contemplaban embobados a los grandes peces. Otras iban llegando a pie, con cestas en la cabeza y en los brazos, engrosando el grupo. La línea de banastas extendíase hasta cerca del puente. Los empleados se iban irritando a causa de la insolente algarabía de aquellas malas pécoras que les aturdían todas las mañanas.

Hablábanse ellas a gritos, mezclando entre cada palabra ese inagotable léxico de interjecciones que únicamente puede aprenderse en un muelle de Levante. Al verse juntas, se iban recrudeciendo los resentimientos del día anterior o la cuestión sostenida al amanecer en la playa. Contestaban los insultos con soeces ademanes, acompañaban sus palabras con cadenciosas palmadas en los muslos o tremolando las manos con una expresión amenazante. A lo mejor, estos furores trocábanse en risas semejantes al cloquear de un gallinero, si a alguna de ellas se le ocurría una frase capaz de hacer mella en sus paladares fuertes.

Enardecíalas la tardanza de los panaderos en dejar libre la báscula; llovían insultos sobre aquellos mocetones, que no se mordían la lengua; y en el derroche de indecencias que se cruzaban entre ambos bandos con acompañamiento de

amigables risas, enviábanse á tocarse lo otro y lo de más allá, barajando tranquilamente las blasfemias más monstruosas con los distintivos del sexo.

En este hervidero de risotadas e insultos, la que más llamaba la atención era Dolores, llamada la del Retor, una buena moza mejor vestida que las otras, que se apoyaba con cierta negligencia en una pilastra del fielato, con los brazos atrás, arqueando la robusta pechuga y sonriendo como un ídolo satisfecho cuando los hombres se fijaban en sus zapatos de cuero amarillo y el soberbio arranque de sus pantorrillas, cubiertas con medias rojas.

Era una morena cariancha, con el rubio y alborotado pelo como una aureola en torno de la pequeña frente. Sus ojos verdes tenían la obscura transparencia del mar, y en ciertos momentos reflejábase la luz en ellos, abriendo un círculo brillante de puntos dorados.

Reía como una loca, entreabriendo sus mandíbulas poderosas de hembra de sólida osamenta. Los labios carnosos, de un rojo tostado, mostraban al separarse una dentadura igual, fuerte, y tan brillante, que parecía iluminar la cara con la pálida claridad del marfil.

Guardábanla consideraciones, como a moza de buenos puños y agresiva insolencia. Influía además en tal respeto el ser mujer de Páscualo el Retor, un buenazo que la obedecía en todo y no chistaba dentro de casa, pero que fuera, en el mar, sabía ganarse la vida mejor que otros, y tenía, según opinión general, un «gato» enorme de duros oculto en los pucheros de la cocina; todo ganado, peseta por peseta, en pescas afortunadas. Por esto se daba ella sus airecillos de reina entre la turba desvergonzada y miserable de la Pescadería, y apretaba los labios con satisfacción cuando admiraban sus pendientes de perlas o los pañuelos de Argel y los refajos de Gibraltar regalados por el Retor.

Únicamente se trataba de igual a igual con cierta tía suya, la agüela Picores, una veterana de la Pescadería, enorme, hinchada y bigotuda como una ballena, que hacía cuarenta años tenía aterrados a los alguaciles del Mercado con la mirada de sus ojillos insolentes y las palabrotas de su boca hundida, centro al que convergían como rayos todas las arrugas de su cara.

—*¡Recristo! ¿cuánt acabéu?*—gritó Dolores, con los brazos en jarras, dirigiéndose a los panaderos.

Y éstos, que ya retiraban de la báscula su último saco, contestaron con soeces bromas a las pescaderas, muchas de las cuales, con las manos cruzadas bajo el delantal, aumentaban el volumen de sus vientres, presentando un aspecto grotesco.

Comenzó el peso del pescado; surgieron las riñas de todos los días sobre a cuál le tocaba ir delante. Amenazábanse, sin llegar nunca a las manos. La *tía Picores* intervenía con su vozarrón cascado, que disparaba los insultos como cañonazos, pero Dolores dejaba pasar su turno. Miraba fijamente al puente, por encima de cuyas barandas veíase avanzar el busto de una rezagada con los brazos en jarras y encorvándose bajo el peso de las cestas.

La buena moza sonreía con una expresión diabólica, y cuando aquella mujer estuvo cerca del fielato, lanzó una carcajada insolente, tocando en un brazo a la agüela Picores.

«¡Mírela, tía! ¡Siempre llega tarde! ¡Claro! ¡con tanta pachorra!… Cualquier día va a caérsele lo que lleva bajo el delantal.»

La mujer palideció, y con un ademán de cansancio fué dejando en el suelo las pesadas cestas. Miraba a Dolores con expresión de odio, como si al verse renaciesen en ella terribles resentimientos, y las dos se midieron de arriba abajo con ojos iracundos.

Dolores se pasó una mano por bajo la nariz, aspirando con fuerza, como si tomase rapé. «Podía sentarse. Debía estar cansada y chorreando por la caminata.»

Estos insultos a media voz irritaron a la rezagada… «¿Sentarse? ¿Habráse visto desvergonzada igual?… Ella no podía gastar tartana, pero iba a pie con remuchísima honra. No era como otras, que engañaban al marido, dándose buena vida.»

«¿Por quién decía eso?… ¿Por ella?…» Y la insolente pescadera, con sus hermosos ojos verdes moteados de oro por la ira, avanzó algunos pasos. Pero allí estaba la tía Picores para intervenir, agarrándola con sus arrugadas manazas.

Acababan de pesar las cestas de Dolores y ella no quería líos ni escándalos. «¡A la tartana! Podían matarse otro rato. Ahora era tarde, y en la Pescadería aguardaban los compradores. ¡Miren que les estaba bien el pelearse de tal modo siendo cuñadas!»

Y empujando a Dolores con el blanducho vientre, la condujo hasta su tartana, donde ya estaban las cestas y las otras pescaderas.

La buena moza se dejó conducir como una niña, pero le temblaban los labios; y al reanudar su marcha el destartalado carromato, lanzó su última amenaza:

—Tú, Rosario, ya se vorém.

«¿Verse? Cuando ella quisiera. No tardarían mucho.» Y Rosario, mujercita

flaca y nerviosa, temblaba también de ira. Sus pobres brazos levantaron como una paja los pesados cestos que tanto la habían abrumado poco antes, arrojándolos con fuerza sobre la báscula.

Comenzaba el día en la ciudad. Pasaban los tranvías repletos de madrugadores, y por ambos lados del camino iban desfilando a la conquista del pan los rebaños de obreros, todavía adormecidos, con el saquito del almuerzo a la espalda y la colilla en la boca.

Rasgóse en densos jirones el vapor gris que entoldaba el espacio, y el sol hizo su aparición triunfal, como una custodia deslumbrante, casi a ras del suelo, convirtiendo en oro líquido los charcos de lluvia y reflejándose en las fachadas de las casas con rojizo fulgor de incendio.

En las calles comenzaba el movimiento. Iban por las aceras con paso ligero las criadas con sus blancas cestas; los barrenderos amontonaban el barro de la noche anterior; seguían el arroyo con’ lento cencerreo las vacas de la leche; abríanse las puertas de las tiendas, empavesándose con multicolores muestras, y sonaba en su interior el áspero roce de las escobas arrojando a la calle nubes de polvo, que adquiría una transparencia de oro al desenvolverse entre los rayos del sol.

Cuando las tartanas llegaron a la Pescadería, acudieron solícitas las viejas mandaderas a descargar las cestas, ayudando a bajar con servil respeto a las que su miseria hacía considerar como señoras.

Fueron entrando una tras otra, arrebujadas en sus mantones, por las puertas angostas, obscuras como rastrillos de cárcel: bocas fétidas que exhalaban el húmedo tufo de la Pescadería.

Ya estaba el mercadillo en movimiento. Bajo los toldos de cinc, que todavía goteaban la lluvia de la noche anterior, vaciaban las vendedoras sus cestas sobre las mesas de mármol, alineando los peces en lechos de verdes espadañas. Las rodajas de los grandes pescados mostraban su carne sanguinolenta. Salía de los toneles el «género» del día anterior, conservado en hielo, con los ojos turbios y las escamas flácidas. La sardina amontonábase en democrática confusión al lado del orgulloso salmonete y la langosta de obscura túnica; que agitaba sus tentáculos como si diese bendiciones.

Otras vendedoras ocupaban el lado opuesto del mercado: mujeres vestidas de igual modo que las del Cabañal, pero de aspecto más miserable, de rostro más repulsivo.

Eran las pescaderas de la Albufera, las mujeres de un pueblo extraño y

degradado que vive en la laguna sobre barcas chatas y negras como ataúdes, entre espesos cañares, en chozas hundidas en los pantanos, y que encuentra la subsistencia en sus fangosas aguas. Eran las hembras de la miseria, con el rostro curtido y terroso, los ojos animados por el extraño fulgor de unas eternas tercianas y oliendo sus ropas, no al salobre ambiente del mar, sino al tufo del légamo de las acequias, al barro infecto de la laguna, que al removerse despide la muerte.

Vaciaban sobre las mesas enormes sacos que palpitaban como seres vivientes, arrojando por sus bocas la rebullente masa de las anguilas contrayendo sus viscosos y negros anillos, enroscándose por la blancuzca tripa é irguiendo su puntiaguda cabeza de culebra. .Junto a ellas caían, inanimados y blanduchos, los pescados de agua dulce, las tencas de insufrible hedor, con extraños reflejos metálicos semejantes a los de esas frutas tropicales de obscuro brillo que encierran el veneno en sus entrañas.

Entre estas míseras hembras existían también categorías, y algunas más infelices sentábanse en el suelo húmedo y resbaladizo, entre las filas de mesas, ofreciendo largos juncos en los que estaban ensartadas las ranas, patiabiertas y con los brazos levantados como bailarinas desnudas.

Comenzaba la afluencia de los compradores, y entre las vendedoras cruzábanse señas misteriosas, gritos de un caló especial que avisaban la llegada de los alguaciles y hacían desaparecer con rapidez de prestidigitación bajo los delantales y zagalejos las pesas ilegales cortas de peso.

Con viejas y mohosas navajas iban abriendo el plateado vientre de los pescados. Caían las hediondas entrañas bajo los mostradores, y los perros vagabundos, después de husmearlas, lanzaban un gruñido de asco, huyendo hacia los inmediatos pórticos, donde estaban los puestos de los carniceros.

Las pescaderas que una hora antes se amontonaban amistosamente en la misma tartana o ante la báscula del fielato, mirábanse desde sus mesas con hostilidad, cruzando provocativas ojeadas cada vez que se arrebataban un parroquiano.

Una atmósfera de lucha, de ruda competencia, se extendía por el lóbrego mercadillo, que rezumaba humedad y hedor por todas sus baldosas. Gritaban las pescaderas con voces desgarradas; golpeaban sus balanzas por atraer compradores, invitándoles con palabras cariñosas, con ofrecimientos maternales. Y momentos después, las bocas melosas convertíanse con el regateo en orificios de retrete, que arrojaban la inmundicia del lenguaje sobre el rebelde parroquiano, con acompañamiento de insolentes carcajadas de todas las vendedoras, unidas

por instintiva solidaridad para insultar al comprador.

La tía Picores mostrábase majestuosa en una alta poltrona, con su blanducha obesidad de ballena vieja, contrayendo el arrugado y velloso hocico y mudando de postura para sentir mejor la tibia caricia del braserillo que hasta muy entrado el verano tenía entre sus pies, lujo necesario para su cuerpo de anfibio, impregnado de humedad hasta los huesos. Sus manos amoratadas no estaban un momento quietas. Una picazón eterna parecía martirizar su arrugada epidermis, y los gruesos dedos hurgaban en los sobacos, se deslizaban bajo el pañuelo, hundiéndose en la maraña gris de su cabeza, y tan pronto hacían temblar con tremendos rascuñónes el enorme vientre que caía sobre las rodillas cual amplio delantal, como con un impudor asombroso remangaban la complicada faldamenta de refajos para pellizcar en las hinchadas pantorrillas.

Tenía de antiguo sus parroquianos y no se esforzaba gran cosa en atraer nuevos compradores, pero gozaba diabólicamente cuando, torciendo el ceño, podía escupir alguna terrible palabrota a las señoras regateadoras que acompañaban a sus criadas al Mercado.

Su vozarrón era siempre el que lanzaba la última palabra en las disputas de la Pescadería, y todas reían sus chistes horripilantes o las sentencias de su filosofía desvergonzada dichas con el aplomo de un oráculo.

Frente a ella vendía su sobrina Dolores, arremangados los hermosos brazos, jugueteando con los dorados platos de su balanza, mostrando su dentadura deslumbrante con una sonrisa coquetona a todos los parroquianos, buenos burgueses que hacían la compra por sí mismos y acudían con el limpio capazo ribeteado de rojo, atraídos por la gracia de la buena moza.

Separada de la tía Picores por dos mesas estaba Rosario, ocupada en arreglar su pescado de modo que el más fresco quedase a la vista. Las dos cuñadas se miraban frente a frente. Torcían la boca afectando desprecio, volvíanse las espaldas, pero sus miradas acababan por buscarse, cruzando una expresión iracunda.

Faltaba el pretexto para entablar el diario combate y pronto lo hubo, cuando la soberbia moza, extremando sus sonrisas y repiqueteos de balanza, se atrajo a un parroquiano que estaba en regateos con Rosario.

«¿Podía sufrirse esto? ¡Miren la mala piel! A una mujer honrada le quitaba sus más antiguos parroquianos. ¡Ladrona, más que ladrona!»

Y Rosario, la mujercilla enjuta y enfermiza, encrespábase como un gallo flaco, con las huesudas mejillas lívidas de rabia y los ojos brillantes de fiebre.

¿Y la otra?… Había que verla haciéndose la reina, sorbiendo viento por su nariz corta y graciosa… «¿Quién era la ladrona? ¿Ella?… No había para irritarse tanto, hija mía. Allí todas se conocían: la gente sabía quién era cada una…»

La Pescadería cambió de aspecto. Las vendedoras se comunicaron su entusiasmo con maliciosos guiños, y olvidando la venta, avanzaban el busto sobre sus pescados para ver mejor. Los compradores formaron grupos, complacidos por el espectáculo. Un alguacil que acababa de entrar en el mercadillo se escurrió prudentemente, como hombre experto, y la tía Picores miraba á lo alto, escandalizada por aquella rivalidad que no tenía término.

«Sí, una ladrona—continuaba Rosario—. Bien público era. Tenía la manía de quitarle todo lo suyo. Se lo podía probar. En la Pescadería le robaba los parroquianos; y allá, en el Cabañal, le robaba otra cosa… otra cosa; bien lo entendía ella… ¡Como si la gran mala piel no tuviese bastante con su Retor, un «lanudo» más ciego que un topo, incapaz de saber dónde tenía la frente!»

Pero este vómito de insultos no conseguía desvanecer la calma desdeñosa de Dolores. Veía cómo apretaban todas sus labios para contener la risa que les causaba esta alusión a ella y a su marido, y por lo mismo, se mostraba serena, no queriendo divertir a la Pescadería.

—¡Calla, loca!—decía con acento despectivo—. ¡Calla, envechosa!

Pero Rosario replicaba.

«¿Envidiosa ella? ¿Y de quién? ¿De una «tirada», que tenía la peor fama en el Cabañal?… Muchas gracias; ella era una mujer honrada, incapaz de quitarle a ninguna su hombre.»

Y a continuación la desdeñosa respuesta de Dolores. «¿Qué has de quitar tú?… ¿Con esa cara de sardina?… Eres demasiado fea para eso, hija mía.»

Y así continuaba el tiroteo de insultos; Rosario cada vez más lívida, enarbolando al hablar sus manos crispadas; la otra puesta en jarras, soberbia y sonriente, como si por su fresca boca saliesen lindezas.

Una fiebre belicosa invadió el mercadillo. Habíanse formado grupos en las puertas, y todas las vendedoras echaban fuera de las mesas sus bustos de furias desgreñadas, chasqueando las lenguas como si azuzasen perros, celebrando con carcajadas las cínicas respuestas de Dolores y golpeando las balanzas con las pesas para acompañar con un retintín metálico la rociada de insultos.

La buena moza apeló a su supremo argumento de desprecio.

«¡Mira!… ¡habla con éste!»

Y volviéndose de espaldas con vigorosa rabotada, diese un golpe en las

soberbias posaderas, temblando bajo el percal la doble masa de robusta carne con la firme elasticidad de los cuerpos duros.

Esto obtuvo un éxito ruidoso. Las pescaderas caían en sus asientos, sofocadas por la risa; los tripicalleros y atuneros de los puestos cercanos, formados en grupos, sacaban las manos de los mandiles para aplaudir; los buenos burgueses, olvidando su capazo de compras, admiraban aquellas curvas atrevidas de tan sonora robustez.

Pero su triunfo duró poco. Al volver el rostro sonriente, recibió en los ojos y las narices dos puñados de sardinas que le arrojó Rosario, ciega de furor… «¿A ella tal insulto? Que saliera aquel pendón. Quería verle la cara.»

Y Dolores se echó fuera de su puesto, remangándose aún más los brazos, con los ojos moteados por el extraño fulgor de sus puntos de oro.

Allá iba la otra, con la cabeza baja, mascullando las más atroces palabrotas, temblando de pies a cabeza por la rabia y atropellando a cuantos intentaban detenerla.

Se agarraron en medio de un pasadizo húmedo y pegajoso, entre dos filas de mesas.

La mujercita nerviosa y débil chocó con ímpetu contra la buena moza, sin lograr abatirla. Eran el nervio chocando contra el músculo; la ira azotando a la fuerza, sin producir la menor conmoción.

Dolores esperó a pie firme, acogiendo a su rival con una lluvia de bofetadas que enrojecieron lívidamente las enjutas mejillas de Rosario; pero de pronto lanzó un alarido, llevándose ambas manos a una oreja.

Por entre sus dedos brotaba un hilillo de sangre… «¡Ah, la grandísima perra!» La había desgarrado una oreja tirando de uno de aquellos pendientes de gruesas perlas que admiraba la Pescadería entera.

«¿Era este un modo digno de reñir? ¿No resultaba propio de quien tiene el alma atravesada? ¡En la cárcel estaban muchas con menos motivo!»

Y la hermosa pescadera lloriqueaba, agarrándose la oreja con una expresión graciosa de niña dolorida.

El choque sólo había durado unos segundos.

Dos manotadas de la tía Picores bastaron para separar a las feroces combatientes; y mientras la vieja increpaba a Rosario, pálida y asustada por lo que había hecho, un grupo de pescaderas consolaba a Dolores y la contenía, pues la gallarda moza, al sentir los agudos pinchazos del desgarrado lóbulo, intentaba arrojarse de nuevo sobre su adversaria.

Por encima del gentío asomaron los kepis de dos guardias municipales pugnando por abrirse paso… La vieja dio órdenes. Todas a sus puestos, y mutis. No era cosa de dar gusto a aquellos vagos de la policía, para que las fastidiasen luego con citaciones y juicios. Allí no había pasado nada.

Dolores vio de pronto su cabeza cubierta con un pañuelo de seda que le tapaba la ensangrentada oreja; las pescaderas ocuparon sus mesas con una gravedad cómica, pregonando el pescado a todo pulmón, y los municipales fueron de puesto en puesto entre la algarabía infernal, sin merecer otra respuesta que airadas palabras.

«¿Qué buscaban allí? En otra parte estaba su ocupación. Nada malo había ocurrido. Siempre acudían donde no les llamaban.»

Y tuvieron que salir de la Pescadería con las orejas gachas, huyendo del vozarrón de la tía Picores indignada por la oficiosidad de tales mequetrefes y del irónico retintín de las balanzas, que parecían darles una cencerrada.

Se restableció la calma. Las pescaderas sólo pensaron en atraer compradores. Rosario quedó erguida en su asiento, con los brazos cruzados, la mirada torcida e inmóvil, sin preocuparse de vender, marcándose cada vez más en sus mejillas las huellas violáceas de las bofetadas recibidas, mientras Dolores, volviéndole la espalda, hacía esfuerzos para contener las lágrimas que le arrancaba el dolor.

La tía Picares parecía preocupada. Hablaba en voz alta, como si sostuviese un diálogo con los yertos pescados que tenía delante… «¿Pero iban a estar así, las grandísimas arrastradas, toda su vida? ¿Siempre mátame o te mataré?… Y todo por cuestión de hombres… ¡Animales! ¡Como si no los hubiera de sobra en este mundo! Ella debía evitarlo; ¡vaya si lo evitaría! Y si se resistían, las emprendería á bofetadas, pues le sobraban agallas para ello.»

A las once se zampó el almuerzo que le trajo la mandadera: un rollo de pan moreno con dos chuletas chorreantes, que despachó en unos cuantos bocados; y después, limpiándose con el mugriento delantal la profunda estrella de arrugas relucientes de grasa, fue a plantarse ante la mesa de su sobrina, sermoneándola agriamente.

«Aquello debía quedar arreglado. No le gustaba que la familia anduviese en lenguas, dando que reír a toda la Pescadería. ¿Entiendes? Ella tenía empeño en terminar el asunto, y cuando ella deseaba algo, se hacía por encima de la cabeza de Dios, aunque tuviera que liarse a bofetadas con medio mundo. ¡Bonita era cuando se enfadaba! Lo de antes no valía nada comparado con lo que ocurriría si ella se echaba el alma atrás.»

—No, no—gimoteaba Dolores, cerrando los puños y moviendo la cabeza con enérgica negativa.

«¿Cómo que no?…» Pues aunque su sobrina no quisiera, había de acabar una enemistad tan escandalosa. Eran cuñadas, y lo que había ocurrido no resultaba irremediable… ¿Que le había desgarrado una oreja? «¡Anda, hija mía, que buenas bofetadas le había largado ella antes! Váyase lo uno por lo otro, y haya paz. Lo dicho: mucho mutis, y a obedecer a la tía.»

Y de allí pasó a la mesa de Rosario, a la que habló aún más fuerte. Era una fiera de mala baba, sí señor; una perra rabiosa. Y que no le replicase ni la mirase con tanta cólera, porque le tiraría una pesa a la cabeza. Todos sabían cómo las gastaba ella; y además, para haber sido amiga de su madre, la tenía muy poco respeto. Aquello había de acabar. Lo decía ella, y basta. Allí estaba la pobre Dolores llorando de dolor. ¿Era aquélla manera de reñir? ¿Le parecía decente estirar así las orejas? Eso era digno de un mal bicho. Para reñir, se procedía con más nobleza; pegar fuerte y donde no salta sangre. Allí estaba ella, que había ido a la greña con todas las de su época. La que más podía le remangaba los zagalejos a la otra, y allí… en lo blando, zurra que te zurra, para que tuviera que sentarse de lado durante una semana; y después, tan amigas, a jurar la paz en la chocolatería. Así procedían las personas decentes, y así sería ahora, porque ella lo decía… «¿Que no? ¿Que Dolores le quitaba su marido?… ¡Cordones con el marido! No parecía sino que su sobrina era la que iba a buscarlo… Los hombres son los que buscan; y si ella quería tener seguro el suyo, que no fuese boba y se pusiera bien las enaguas en su casa. Cuando se quiere guardar a un hombre, hay que tener muchas agallas, ¡recordones! y sobre todo arreglarlo de tal modo, que antes que salga de su casa no le queden ganas de buscar nada en la del vecino. ¡Ay, qué chicas las de ahora! ¡Y qué poco saben! En la piel de Rosario debía estar ella, y ya vería si su hombre cumplía la obligación… Nada; lo dicho. La cosa se arreglaría. Ella y la otra tenían que obedecerla y respetarla, o de lo contrario…»

Y mezclando amenazas con rudas expresiones de cariño, la tía Picores volvió a su puesto a continuar la venta.

Aquel día terminó pronto. La gente deseaba pescado, y a mediodía comenzaron a vaciarse las mesas. La pesca sobrante fue metida en toneles, entre capas de nieve y trapos mojados, y empezaron los tartaneros a recoger cuévanos y banastas, apilándolos en las traseras de sus desvencijados carromatos.

La tía Picores se arreglaba el mantón de cuadros en medio de la Pescadería, rodeada de algunas amigachas de su época, fieles compañeras que le ayudaban a

pagar a escote al tartanero.

Había que arreglar lo de las chicas. Y cuando estuvieron ya en la tartana todas las cestas, fue a las mesas de las dos rivales, sacándolas a pellizcos y a empujones.

Dolores y Rosario, vencidas por la tenacidad de la vieja, estaban una junto a otra, con la cabeza baja, como avergonzadas y pesarosas por el contacto, pero sin atreverse a chistar.

—Espéranos en la chocolatería—ordenó la vieja al tartanero.

Y el respetable grupo de mantones a cuadros y faldas de insufrible tufo salió de la Pescadería, conmoviendo las losas con su rudo chancleteo.

Iban una tras otra por la plaza del Mercado, donde se estaban realizando las últimas ventas. La tía Picores al frente, abriendo paso a empujones; detrás sus amigas viejas, de hocico arrugado y ojos amarillentos; Rosario, que, como había venido a pie, iba cargada con sus cestas vacías; y Dolores, que a pesar de su dolorida oreja, sonreía por costumbre al oír los requiebros varoniles que provocaba su rostro moreno asomando bajo el pañuelo de pita.

Tomaron posesión de la chocolatería, como antiguas parroquianas, dejando sobre las mesitas de mármol las cestas de Rosario, que apestaban, mezclando su olor de podredumbre con el perfume de chocolate barato que salía de la cocina inmediata.

La tía Picores bufó de satisfacción al verse en aquella sala fresca, que era su mayor lujo, contemplando todos los detalles, largamente conocidos: el zócalo de pintarrajeada esterilla; las paredes de azulejos blancos; la mampara de cristales mates con cortinillas rojas; en la puerta las heladoras, inmóviles, con la panza enfundada en corcho y una puntiaguda caperuza de metal; más adentro el mostrador, con dos urnas de vidrio para los bizcochos y los azucarillos, y tras él la dueña dormitando, moviendo perezosamente una caña terminada por una cabellera de rizados papeles para espantar el enjambre de moscas.

«¿Qué iban a tomar? ¡Lo de siempre!… eso no se pregunta. Jícara de a onza por barba y vaso de refresco.»

Con éste eran cuatro chocolates los que había engullido la tía Picores en la mañana; pero su estómago y el de sus amigas estaban a prueba del *Caracas falsificado*, que sorbían con sibarítico placer. ¿Había cosa mejor en el mundo? Aquello alargaba la vida. Y las arrugadas narices de las viejas contraíanse con una expresión ansiosa, aspirando el humillo azulado que exhalaban las blancas jícaras.

Salían los pedazos de ensaimada chorreando obscura pasta para sumirse en sus bocas desdentadas, mientras las dos jóvenes apenas si comían, permaneciendo con la cabeza baja para no cruzar sus miradas.

Y como la jícara de la tía Picores estaba ya casi vacía, intervino su vozarrón en el penoso silencio.

«¿Pero aún les duraba el disgusto? Había que reconocer que las pescaderas de ahora eran muy diferentes a las de antes. ¡Qué morros se ponían! ¡Qué rencores se guardaban! ¡Ni que fuesen señoritas! Antes, la gente tenía mejor corazón. Y si no, vamos a ver: ¿no se había ella tirado del moño con todas las de su edad que estaban presentes? (Aquí un movimiento afirmativo de las seis amigas de la vieja loba.) De seguro que si se arremangaban los zagalejos aún encontrarían tal vez más abajo de la espalda la señal de algún taconazo traidor; y sin embargo, tan amigas, tan dispuestas a hacerse favores, a remediarse en una desgracia. Y así debe ser la gente, ¡recordones! Todas tenemos un pronto, pero después que nos pasa, se olvida, como hacen las gentes de buen corazón. Las rabietas se dejan a la puerta de la chocolatería, y aquí dentro todas buenas amigas. Lo que decía su madre y se ha dicho siempre en la Pescadería: los pesares no han de pasar de la garganta.

Pesar, d' así no has de pasar.
Chocolate, bollet y got d’á quinset. [1]

Y aunque el vaso no fuera de *á quinset*, por no ser aún época de helados, todas las viejas, aprobando la filosofía de su compañera, se sorbieron los vasos de tisana dulce, expresando algunas su satisfacción con ruidosos eructos.

Pero la tía Picores fue indignándose ante la silenciosa reserva de las dos rivales. ¡Qué! ¿Iban a estarse así toda la vida? ¿Es que sus palabras no valían nada? A ver: que hablase Rosario, que era la más culpable.

Y la mujercita, siempre con la cabeza baja, tirando de los flecos de su mantón, masculló algo confusamente sobre su marido, y al fin dijo con lentitud:

—*Yo… si ésta em promet… ferli mala cara…*

Dolores saltó inmediatamente, irguiendo su soberbia cabeza.

¡Hacer mala cara al marido de la otra!… ¿Era ella acaso algún coco, algún butoni, para asustar a las personas? Además, Tonet, el dichoso marido de Rosario, era hermano de su hombre, y a un cuñado no se le puede cerrar la puerta ni recibirlo con cara de vinagre. Pero al fin… ella era buena; ella no tenía

ganas de ruidos; ella quería vivir en santa paz y no le gustaba tampoco que la llevaran en lenguas. Todo eran líos, mentiras de la gente, que no sabe cómo «enguerrar» a los buenos matrimonios. ¡Que ella había sido novia de Tonet antes de casarse con su hermano!… ¿y qué? ¿Era la primera vez que se veía esto? ¿Y qué otro motivo había para que la «armasen» tales calumnias?… Lo volvía a repetir: quería paz y tranquilidad. Hacer mala cara, eso no; pero juraba que si alguna confianza se había tomado con Tonet, como a cuñado que era, no volvería a repetirla, para que las malas lenguas no tuviesen donde ejercitarse.

La tía Picores estaba satisfecha. Así le gustaban a ella las personas. Buen corazón ante todo. ¡Qué! ¿estaba contenta Rosario? ¿No era bastante? Ahora un abrazo, y todo se acabó.

Y de mala gana, casi empujadas por las viejas, las dos cuñadas se abrazaron sin levantarse de las sillas.

La tía, satisfecha de su triunfo, hablaba por los codos. Era una locura que las mujeres riñesen por un hombre. Lo que ella decía. ¿No había de sobra hombres en el mundo? Eso es lo que querían los muy granujas; que riñesen las hembras por ellos, para crecerse y hacer su santa voluntad.

La mujer debía tener agallas, sí señor, muchas agallas. Todas debían ser como ella, que cuando su difunto le hacía una, sabía traerlo al orden, y hasta si era preciso, obligarle á que le pidiese perdón.

Además, ¡buenos eran los hombres para sentir celos por ellos! ¿Para qué mayor infierno? ¿Sabía una con certeza dónde pasaba las horas el marido al salir de casa? No; y por lo mismo, era tontería enrabietarse por sus pilladas y no darse buena vida. Cuanto más fiera es una, más la quieren. Lo que hacía ella con el difunto cuando sospechaba algo. ¡Fuera de la cama, y donde has pasado el verano pasa el invierno! Poner siempre cara de perro; nada de mimos ni cucamonas; así la respetan a una.

Dolores, seria y erguida, apretaba los labios como si contuviese la risa que le escarabajeaba en el paladar.

Rosario protestó. Ella no estaba conforme con la tía Picores. Vivía honradamente con su marido y tenía derecho a que Tonet la imitase. No le gustaban líos ni enredos.

La vieja le interrumpió. Todo esto eran músicas, «hipocresías» que la daban asco. Había que tomar a los hombres tal como eran. ¿Verdad, chicas?…

Y todas las amigachas aprobaron moviendo sus cabezas de indio viejo.

La tía Picores continuó. Todos los hombres eran unos bestias, que cuanto

más mal los trata una mejor la siguen, como si fuesen perros. «Además, la que quiera tener seguro a su hombre, que lo ate a una pata de la cama con las cintas de sus enaguas…» Y no decía más.

El tartanero había asomado su cabeza varias veces. Esperaba impaciente, manifestando su prisa con gran acompañamiento de interjecciones contra aquellas viejas que tomaban su tartana como una carroza propia.

—¡*Aguárdat*, cara de *palleta*!—gritó la ronca vieja—. ¿Qué no te *paguém*?…

Y al ver que sus amigachas rebuscaban en sus bolsas, extendió su brazo majestuosamente. Allí no pagaba nadie, ¡recordones! La fiesta era cosa suya. Había que celebrar la reconciliación de las chicas.

Poniéndose de pie, se arremangó falda y zagalejos, buscando sobre las enaguas una gran bolsa ceñida a la cintura, de la que fue sacando unas tijeras de destripar pescado cubiertas de escamas, una navaja mohosa, y al fin un puñado de calderilla, que arrojó sobre la mesa.

Algunos minutos pasó contando y recontando las piezas pegajosas, saturadas de olor de marisco. Luego dejó sobre el mármol el montoncito de cobre, saliendo de la chocolatería cuando ya todas las amigachas se habían subido a la vieja tartana.

Rosario, con sus cestas vacías, estaba en la acera, frente a Dolores, mirándose las dos y sin saber qué decirse.

La tía Picores la invitó a subir en el vehículo. Se apretarían un poco y la llevarían hasta casa… ¿No aceptaba?… Bueno, pues ya sabía lo dicho; mucha paz y tranquilidad.

—Adiós, Rosario—dijo Dolores sonriendo graciosamente—. Ya *saps que som amigues*.

Y saludándola con amistoso ademán, subió seguida de su tía, inclinándose quejumbrosamente la tartana bajo el peso de sus dos soberbias moles.

Se alejó el carromato con suspiros de desvencijamiento y chirridos de hierro viejo. La mujercita, con sus cestas al brazo, quedó inmóvil en la acera, como si despertase asombrada, no creyendo en la realidad de una reconciliación con su rival.

Capítulo II

HABÍAN pasado muchos años, y sin embargo, unos por referencia y otros como testigos presenciales, todos se acordaban en el Cabañal de lo ocurrido un martes de Cuaresma.

El día fué de los más hermosos. El mar estaba tranquilo, terso como un espejo, sin la más ligera ondulación, reflejando el inquieto triángulo de oro que formaba el sol sobre las muertas aguas.

Vendíase el pescado como una bendición de Dios. La demanda era mucha en el Mercado de Valencia, y las barcas arrastraban sus redes frente al cabo de San Antonio sin la menor inquietud, confiándose en la risueña calma y deseando sus patrones llenar las cestas cuanto antes para regresar al Cabañal, en cuya playa esperaban impacientes las pescaderas.

A mediodía cambió el tiempo. Sopló el viento de Levante, tan terrible en el golfo de Valencia; el mar se rizó levemente; avanzó el huracán, arrugando la tersa superficie, que tomaba un color lívido, y un tropel de nubes se aglomeró en el horizonte, cubriendo al sol.

En la playa fué grande la alarma. Aquel viento anunciaba para las pobres gentes, duchas en las sorpresas del mar, una tempestad de las que dejan largo rastro en los hogares de los pescadores.

Alborotábanse las pobres mujeres, y con las faldas azotadas por el viento, corrían por la playa sin saber adónde ir, dando espantosos alaridos y encomendándose a todos los santos de su devoción. Los hombres, pálidos, ceñudos, chupando sus cigarrillos y poniéndose al abrigo de las barcas varadas en la arena, examinaban el horizonte, cada vez más obscuro, con la mirada concentrada y poderosa de las gentes de mar, y se fijaban con inquietud en la

entrada del puerto, en la avanzada escollera de Levante, rojos pedruscos sobre los cuales comenzaban a romperse las primeras moles de agua, cubriéndolos de hirvientes espumarajos.

La suerte de tantos padres a quienes la tempestad habría sorprendido ganándose el pan hacía temblar a las gentes de la playa. A cada mugido del viento, todos, bamboleándose sobre la arena, pensaban en los robustos mástiles, en las triangulares velas que tal vez en el mismo momento se hacían trizas.

A media tarde, en el horizonte, cada vez más obscuro, empezó a marcarse una fila de velas, como inquietos copos de espuma, que tan pronto se remontaban como desaparecían.

Fueron aproximándose como un rebaño asustado y en dispersión, dando tumbos sobre las lívidas olas, perseguidas siempre por el mugido feroz, que parecía divertirse arrancándolas en cada uno de sus papirotazos una vela, un trozo de mástil o el timón, hasta que, levantando una montaña de agua verdosa, cogía de través a la desmantelada barca y se la sorbía.

La última y más terrible lucha fué a la entrada del puerto. En las embarcaciones que consiguieron entrar, los tripulantes, mojados de pies a cabeza, recibían los abrazos de sus familias con ojos de idiota, como resucitados que se asombran al verse de pronto en plena vida. Aquella noche dejó memoria en el Cabañal.

Grupos de mujeres desmelenadas, frenéticas de dolor, roncas de gritar sus aclamaciones al cielo, corrían por el muelle de Levante, expuestas a ser devoradas por las olas que escalaban los peñascos. Mojadas por el polvo de agua amarga que escupía la furiosa marea, escrutaban ansiosas el horizonte, como si pudieran distinguir en la sombra la lenta y horrible agonía de las últimas barcas.

Faltaban muchas a llegar. ¿Dónde estarían? ¡Ay, Dios!… ¡qué felices eran las mujeres que estaban en el puerto abrazando a sus maridos y sus hijos, mientras los otros, más infortunados, corrían dentro de un ataúd al través de la noche, saltando de ola en ola, rodando a lo más hondo de las hirvientes simas, sintiendo bajo los pies el crujir de las quebrantadas tablas y sobre la cabeza la lívida montaña de agua próxima a desplomarse!

Llovió toda la noche, y muchas mujeres esperaron el amanecer en el muelle, combatido por el oleaje, envueltas en el calado mantón, puestas en cuclillas sobre el barro negruzco del carbón de piedra, rezando a gritos para ser oídas mejor por los sordos de arriba, é interrumpiendo algunas veces sus oraciones para tirarse de los revueltos pelos, lanzando a lo alto, en un arranque de odio y

resentimiento, las terribles blasfemias de la Pescadería.

¡Hermoso amanecer! El sol asomó su hipócrita cara tras la línea tranquila del mar, matizado a trechos por las espumas de la noche anterior. Luego extendió sobre las aguas su ancha faja de reflejos dorados e inquietos, embelleciéndolo todo. Allí no había pasado nada. Y lo primero que doraron sus rayos en la playa de Nazaret fué el casco roto de un bergantín noruego encallado la noche anterior, hundido en la arena, mostrando a flor de agua sus costados despanzurrados, hechos astillas, y los palos rotos tremolando todavía jirones de velas.

Su cargamento era madera del Norte. Mansamente empujados por los suaves estremecimientos del mar, iban hacia la playa las enormes vigas, los aserrados tablones, que, pescados por el revuelto enjambre de puntos negros que pululaban en la playa, desaparecían como tragados por la arena.

Bien trabajaban aquellas hormigas. Para ellas era la tempestad. Y por los caminos de la huerta de Ruzafa deslizábanse arrastradas las hermosas maderas del Norte, que habían de convertirse en techumbres de nuevas barracas.

Los piratas de la playa arreaban alegremente sus caballerías como legítimos poseedores del botín, sin pensar que tal vez estaba salpicado con la sangre de los infelices extranjeros que dejaban a sus espaldas yertos sobre la arena.

En la playa, los carabineros y la muchedumbre inactiva formaban corros, más curiosos que aterrados, en torno de unos cuantos cadáveres entre el agua y la arena; hermosos mocetones rubios y fornidos, mostrando por entre los jirones de su ropa una carne dura, de blancura femenil, mientras sus ojos azules, turbios é inmóviles, miraban al cielo con misteriosa expresión.

El naufragio del bergantín noruego fué lo más notable de la tempestad. Los periódicos hablaron de la catástrofe. Acudió la gente de Valencia como en romería para ver de lejos el buque náufrago hundido hasta la borda en la movediza arena, y todos olvidaron las barcas pescadoras, acogiendo con gestos de extrañeza las lamentaciones de aquellas mujeres que o veían volver a los suyos.

La desgracia no fué tan grande como en un principio se creyó. Al serenarse el mar fueron volviendo al puerto muchas barcas a las que se tenía por perdidas.

Se habían refugiado, huyendo de la tempestad, en Denia, en Gandía o en Callera, y cada una de ellas, al llegar al puerto, provocaba alaridos de entusiasmo, exclamaciones de gozo, votos de gracias a todos los santos encargados de cuidar a los hombres que se ganan en el mar la subsistencia.

Una sola no volvió: la barca del tío Pascualo, un trabajador de los más

tenaces que se conocían en el Cabañal, siempre rabiando por conquistar la peseta, pescador en invierno y contrabandista en verano, gran marinero y constante visitador de las playas de Argel y Orán, a las que llamaba con familiaridad «la costa d' afora», como si se tratase de la acera de enfrente.

Su mujer. Tona, pasó más de una semana esperándole en el puerto, siempre con un arrapiezo al pecho y otro más talludo y gordinflón agarrado a sus faldas. Esperaba a su Pascual, y a cada nuevo informe que la daban prorrumpía en lamentaciones y se mesaba los pelos, llamando a gritos a María Santísima.

Los pescadores no se expresaban con claridad, pero al hablar con ella ponían el gesto fosco. Habían visto la barca corriendo el temporal frente al cabo de San Antonio; le faltaban las velas; no pudo ganar tierra. Alguno hasta creía haberla visto al pie de una ola enorme, hinchada, verdosa, que la cogió de lado, no pudiendo asegurar si reapareció ó fué engullida.

Y la infeliz mujer pasaba el tiempo aguardando en el puerto con sus dos hijos, tan pronto desesperada como animándose con extraña esperanza, hasta que al fin, a los doce días, una escampavía que costeaba persiguiendo el contrabando condujo a la playa la barca del tío Pascualo con la quilla en el aire, negra, lustrosa por la viscosidad del mar, flotando lúgubremente como un gigantesco ataúd y rodeada de un enjambre de extraños peces, pequeños monstruos que parecían atraídos por un cebo que husmeaban a través de las quebrantadas tablas.

Sacaron la barca a la orilla, volteándola. El mástil estaba roto a ras de la cubierta y la cala llena de agua. Cuando los pescadores pudieron bajar a su interior para acabar de vaciarla a fuerza de cubos, sus pies, hundidos éntrelas cuerdas y cestones que aún estaban allí revueltos, tropezaron con algo blando y viscoso que les hizo gritar con instintivo horror. Era un muerto. Y hundiendo sus brazos en el agua que aún quedaba en el fondo de la bodega, sacaron un cuerpo hinchado, verdoso, con el vientre enorme próximo a estallar. La cabeza era una masa repugnante. Todo el cuerpo estaba destrozado por las mordeduras de los voraces pececillos que, no queriendo soltar su presa, erizábanse sobro el cadáver, comunicándole espeluznantes estremecimientos.

Era el tío Pascualo; pero tan horrible, que la viuda prorrumpió en lamentos, sin atreverse a tocar esta masa repugnante. Algún golpe de mar le había arrojado al fondo de la cala antes que la barca se perdiese, y allí se quedó con la cabeza rota, sirviéndole de tumba el armazón de tablas, ilusión de toda su vida, que representaba treinta años de economías amasadas ochavo sobre ochavo.

Las comadres del Cabañal prorrumpían en lamentos al ver cómo dejaba el mar a los hombres que tenían el valor de explotarlo, y con alaridos de plañidera

acompañaron al cementerio la caja que contenía el cadáver roído.

Durante una semana se habló mucho del tío Pascualo. Después la gente sólo se acordó de él al ver a su viuda, siempre suspirando, con un arrapiezo de la mano y otro agarrado al pecho.

Algo más que la pérdida del marido lloraba la pobre Tona. Veía acercarse la miseria; pero no una miseria tolerable, sino la que espanta a la misma pobreza acostumbrada a privaciones: la carencia de hogar, la necesidad de tender la mano en las calles para conseguir el ochavo o el mohoso mendrugo.

Cuando aún estaba reciente su desgracia encontró protección; y las limosnas, las suscripciones del vecindario, pudieron sostenerla durante tres o cuatro meses. Pero la gente es olvidadiza. Tona ya no fué la viuda del náufrago, sino una pobre más que importunaba a todos con lamentaciones pedigüeñas, y al fin vio cerrarse muchas puertas y volverse con desvío caras amigas que siempre habían tenido para ella cariñosas sonrisas.

Pero no era mujer para amilanarse ante el desvío general. ¡Ea, ya había llorado bastante! Llegaba el momento de ganarse la vida como una buena madre que tiene magníficos puños y dos bocas que la piden pan.

No le quedaba en el mundo otra fortuna que la barca rota donde murió su marido, y que, puesta en seco, se podría sobre la arena, unas veces inundada su cala por las lluvias y otras resquebrajándose su madera con los ardores del sol, anidando en sus grietas voraces enjambres de mosquitos.

Tona ideó un plan. Donde estaba la barca podía plantear ella una industria. La tumba del padre serviría de sustento para ella y sus hijos.

Un primo hermano del difunto Pascual, el tío Mariano, solterón que iba para rico y parecía sentir algún cariño por sus dos sobrinos, fue, a pesar de su avaricia, el que ayudó a la viuda en los primeros gastos.

Un costado de la barca fue aserrado hasta el suelo, formando una puerta con un pequeño mostrador. En el fondo de la barca colocáronse algunos tonelillos de aguardiente, ginebra y vino. La cubierta fue sustituida por un tejado de tablones embreados, que dejaba mayor espacio en el lóbrego tabuco. A proa y popa, con los tablones sobrantes formáronse dos pequeños camarotes: uno para la viuda, otro para los niños. Sobre la puerta se extendió un tinglado de cañas, bajo el cual se mostraban con cierta prosopopeya dos mesillas cojas y hasta media docena de taburetes de esparto.

La fúnebre barca convirtióse en cafetín de la playa, cerca de la casa donde están los toros para el arrastre de las embarcaciones, en el punto que sirve para la

descarga del pescado y atrae la mayor afluencia de gente.

Las comadres del Cabañal estaban asombradas. «Tona era el mismo demonio. ¡Miren qué bien sabía ganarse la vida!» Toneles y botellas se vaciaban que era una bendición de Dios. Los pescadores sorbían allí sus copas, sin necesidad de atravesar toda la playa para ir a las tabernas del Cabañal, y bajo el tinglado echaban sus partidas de «truque y flor», mientras llegaba la hora de hacerse a la mar, amenizando el juego con sendos tragos de caña que Tona recibía directamente de la misma Cuba, según su formal juramento.

La barca en seco navegaba viento en popa. Cuando saltando de ola en ola arrastraba sus redes, jamás había producido tanto al tío Pascualo como ahora que, vieja y con el costillaje quebrantado, la explotaba la viuda.

Pruebas eran de esto las sucesivas transformaciones que fué experimentando la original instalación. Los agujeros de los dos camarotes se cubrían con vistosas cortinas de sarga, y cuando éstas se levantaban, veíanse colchones nuevos y almohadas de blanca funda. Sobre el mostrador brillaba como un bloque de oro la reluciente cafetera. La barca, pintada de blanco, había perdido el fúnebre aspecto de tumba que recordaba la catástrofe, y junto a sus costados iban extendiéndose cercas de cañas, según aumentaba la prosperidad del establecimiento. Corrían con gracioso contoneo sobre la ardiente arena más de veinte gallinas, capitaneadas por un gallo matón y vocinglero que se las tenía tiesas con todos los perros vagabundos de la playa. Al través de los cañizos oíase el gruñido de un cerdo atacado del asma de la obesidad. Frente al mostrador, bajo el sombrajo, flameaban a todas horas dos fogones, donde las *paellas* de arroz burbujeaban su caldo substancioso o chirriaba el pescado, dorándose entre el vapor azulenco del aceite frito. Había allí prosperidad y abundancia. No era para hacerse ricos, pero se vivía bien. La Tona sonreía con satisfacción pensando que nada debía a nadie y viendo el techo de su barca empavesado de morcillas secas, sobreasadas lustrosas, tiras de negra mojama y algún jamón espolvoreado con pimiento rojo. Los tonelillos estaban llenos de líquido, las botellas, escalonadas, lucían el color variado de sus licores, y las sartenes de diversos tamaños, colgadas de la pared, parecían ansiosas de chillar sobre el fogón con su cavidad repleta de cosas ricas.

¡Y pensar que había pasado hambre en los primeros meses de su viudez! Por eso, harta y satisfecha, repetía ahora la misma afirmación: «Por más que digan. Dios no desampara a las buenas personas.»

La abundancia y la falta de cuidados la rejuvenecieron. Engordaba dentro de su barca, con cierto lustre de carnicera ahíta. Siempre a cubierto del sol y la

humedad, no tenía el color seco y tostado de las que esperan en la orilla de la playa. Además, se mostraba detrás de su mostrador luciendo sobre la voluminosa pechuga una colección interminable de pañuelos llamados de «tomate y huevo», por sus complicados arabescos rojos y amarillos tejidos en la sólida seda.

Hasta se permitía lujos decorativos. En el fondo de «su tienda», sobre las maderas dadas de blanco, alternaba con los toneles una colección de cromos baratos con rabiosos colorines que apagaban los de sus vistosos pañuelos. Los pescadores, mientras bebían bajo el sombrajo, miraban por encima del mostrador la *Cacería del león, La muerte del justo y la del pecador, La escala de la vida*, media docena de santos, entre los cuales no faltaban San Antonio y el comerciante flaco y el comerciante gordo representando al que fía y al que vende al contado, con la vulgar leyenda: «*Hoy no se fía aquí, mañana sí.*»

Había para estar satisfecha viendo cómo se criaba la familia sin grandes privaciones. La tienda siempre adelante, y poco a poco se iba llenando de duros ahorrados una media vieja que ella guardaba en su camarote, entre el piso de tablas y el grueso colchón.

Algunas veces no podía contenerse, y deseosa de apreciar en conjunto su fortuna, salía hasta la orilla de la playa. Desde allí contemplaba con ojos enternecidos el cercado de las gallinas, la cocina al aire libre, la anchurosa pocilga donde roncaba el sonrosado cerdo, y la barca asomando entre la aglomeración de cercas y cañares sus dos blancas puntas, como una embarcación que, arrastrada por un huracán, hubiese ido a caer en el corral de una granja.

No por esto se hallaba libre de incomodidades. Dormía poco, levantábase al amanecer, y algunas veces, a media noche, aporreaban la puerta de su barca y había que levantarse para servir. Eran pescadores recién llegados a la playa, que descargaban su pesca y debían hacerse a la mar antes del alba.

Estas francachelas nocturnas eran las más productivas y las que mayor cuidado inspiraba a la tabernera. Conocía bien a esta gente, que después de pasar una semana sobre las olas, quería en las pocas horas de holganza gozar de un golpe todos los placeres de la tierra.

Abalanzábanse al vino como mosquitos. Los viejos se quedaban dormitando sobre la mesa con la pipa apagada entre los secos labios; pero los jóvenes, mocetones fornidos, excitados por la vida trabajosa y casta del mar, miraban a la *siñá* Tona de un modo tal, que ella torcía el gesto con enfado y se preparaba a rechazar los brutales avances de estos tritones de camiseta rayada.

Nunca había valido gran cosa; pero su naciente obesidad, los ojazos negros,

que parecían aclarar su rostro moreno y lustroso, y más que todo la ligereza de ropas con que en verano servía a los nocturnos parroquianos, hacíanla apetecible para los muchachos rudos que, al poner la proa hacia Valencia, pensaban con regocijo en que iban a ver a la siñá Tona.

Pero ella era una hembra brava y experta para defenderse. Jamás se rendía; las proposiciones audaces las contestaba con gestos de desprecio, los pellizcos con bofetones, y los abrazos por sorpresa con soberbias patadas, que más de una vez hicieron rodar por la arena a un mocetón erguido y fuerte como el mástil de su barca,

Ella no aceptaba líos, como muchas otras, ni permitía que le faltasen al respeto. Además, era madre, los dos chicos dormían a poca distancia, separados de ella por un tabique de tablas, al través del cual oía sus poderosos ronquidos, y sólo estaba para pensar en mantener a su familia.

El porvenir de los dos hijos comenzaba a preocuparla. Se habían criado en la playa como dos gaviotas, anidando en las horas de sol bajo la panza de las barcas en seco o correteando por la orilla en busca de conchas y caracoles, hundiendo sus piernecitas de color de chocolate en las gruesas capas de algas.

El mayor, Pascualet, era un retrato vivo de su padre. Grueso, panzudo, carilleno, tenía cierto aire de seminarista bien alimentado, y los pescadores le llamaron el Retor, apodo que había de conservar toda su vida.

Tenía ocho años más que su hermano Antonio, un muchacho enjuto, nervioso y dominante, cuyos ojos eran iguales a los de Tona.

Pascualet fue como una madre para su hermano. Mientras la siñá Tona atendía a la taberna en los primeros tiempos, que fueron los más penosos, el bondadoso muchacho cargaba con el hermanito, como una niñera cuidadosa. Si jugaba con los pilletes de la playa, era sin abandonar al arrapiezo, rabioso y pataleante, que le martirizaba la espalda y le pelaba el cogote con sus pellizcos.

Por la noche, en el camarote estrecho de la barca-taberna, le correspondía siempre a Tonet el mejor sitio. Su cachazudo hermano se apelotonaba en un rincón para dejar espacio a aquel diablejo que, a pesar de su debilidad, le trataba como un déspota.

Los dos muchachos, arrullados por el sordo oleaje, que en los días de marea llegaba hasta la misma taberna, y oyendo cómo el viento del invierno silbaba al querer introducirse por entre los tablones, dormíanse estrechamente abrazados bajo la misma colcha. Algunas noches despertábanse con el ruido de los pescadores que celebraban su fiesta de tierra. Oían las palabrotas que su madre

profería en momentos de indignación, el sonoro choque de alguna bofetada, y más de una vez el tabique de su camarote tembló con el sordo golpe de un cuerpo falto de equilibrio. Pero volvían a dormirse, con la paz de una ignorancia inocente, libre de sospechas y alarmas.

La siñá Tona tenía injustas debilidades tratándose de sus hijos. Al principio de su viudez, cuando por las noches los veía dormir en el angosto camarote, con las cabecitas juntas, rozando tal vez la misma madera en la que se había aplastado el cráneo de su padre, sentía honda emoción y lloraba como si fuera a perderlos, como ya había perdido a su Pascual. Pero cuando llegó la abundancia y el tiempo fue borrando el recuerdo de la catástrofe, la siñá Tona comenzó a mostrar su predilección por Tonet, criatura de gracia felina, que trataba a todos con sequedad e imperio, pero que tenía para su madre cariños de gatito travieso.

La viuda entusiasmábase por este vagabundo de la playa, que a los siete años pasaba casi todo el día fuera de la barcaza, correteando con la granujería y volviendo al anochecer con las ropas rotas y agua y arena en los bolsillos. Mientras tanto, el mayor, relevado ya de cuidar a su hermano, pasaba el día en la taberna limpiando vasos, sirviendo a los parroquianos, dando de comer a las gallinas y al cerdo, vigilando con grave atención las sartenes que chirriaban en los fogones.

Cuando su madre, soñolienta tras el mostrador en las horas de sol, se fijaba en Pascualet, experimentaba siempre una sorpresa violenta. Creía ver a su marido tal como ella le conoció en la infancia, siendo grumete de barca pescadora. Era su mismo rostro carrilludo y sonriente, su cuerpo cuadrado y fornido, sus piernas robustas y cortas, y aquel aire de sencillez honrada, de laboriosidad cachazuda, que lo acreditaba ante todos como «hombre de bien».

En lo moral era lo mismo. Muy bondadosote y tímido, pero una verdadera fiera cuando se trataba de ganar una peseta, y con un cariño loco por la mar, madre fecunda de los hombres valientes que saben pedirla el sustento.

A los trece años ya no podía seguir viviendo en la taberna. Dábalo a entender con palabras sueltas, con frases truncadas y algo incoherentes, que era lo único que podía salir de su dura mollera. Él no había nacido para servir en la taberna: era faena demasiado cómoda; eso para su hermano, que no mostraba gran afición al trabajo. Él era fuerte, le gustaba el mar, y quería ser pescador como su padre.

La siñá Tona se asustaba al oírle, y en su memoria resucitaba la horrible catástrofe del día de Cuaresma. Pero el chico era testarudo. Aquellas desgracias no pasaban todos los días, y ya que tenía vocación, debía seguir el oficio de su padre y de su abuelo, como muchas veces se lo había dicho el tío Borrasca, un

viejo patrón de barca, gran amigo del tío Pascualo.

Al fin la madre cedió cuando iba a comenzar la temporada de la pesca del *bou*, y Pascualet se enganchó con el tío Borrasca como grumete o «gato» de barca, teniendo por salario la comida y la propiedad de todos los *cabets*, o sea el pescado menudo que saliese en las redes: camarones, caballitos de mar, etc.

El aprendizaje empezó bien. Hasta entonces le habían vestido con la ropa vieja de su padre; pero la siñá Tona quiso que entrase con cierta dignidad en su nuevo oficio, y una tarde, cerrando la taberna, fueron al Grao, a un bazar del puerto, donde vendían ropas hechas para los marineros. Pascualet recordó durante muchos años la tal tienda, como un santuario del lujo. Los ojos se le fueron tras los chaquetones azules, los impermeables de hule amarillo, las enormes botas de aguas, prendas todas que sólo usan los patrones. Salió orgulloso de aquel lugar encantador con su hatillo de grumete, compuesto de dos camisas mallorquinas, tiesas, ásperas y burdas, como si fuesen de papel de lija; una faja de lana negra, un traje completo de bayeta de un amarillo rabioso, una barretina roja para calársela hasta el cuello en el mal tiempo y una gorra de seda negra para bajar a tierra. Al fin le vestían a su medida; ya no tendría que luchar con las chaquetas de su padre, que en los días de viento se hinchaban como velas, haciéndole correr por la playa más aprisa que su deseo. De zapatos no había que hablar. El no recordaba haber metido jamás en tal tormento sus agiles pies.

No se equivocaba el muchacho al decir que había nacido para el mar. En la barca del tío Borrasca se encontraba mucho mejor que en la otra encallada en la arena, junto a la cual gruñía el cerdo y cacareaban las gallinas. Trabajaba mucho, y además de su pitanza recibía algunos puntapiés del viejo patrón, cariñoso en tierra, pero incapaz de respeto, una vez sobre su barca, ni para su mismo padre. Trepaba por el mástil a poner el farol o arreglar una cuerda con la ligereza de un gato; ayudaba a tirar de las redes cuando llegaba el momento de chorrar; baldeaba la cubierta, alineaba en la cala los grandes cestos del pescado y soplaba el fogón, cuidando de que el guiso del caldero estuviese siempre en su punto para que no se quejara la gente de a bordo. Pero como compensación a estos trabajos, ¡cuántas satisfacciones! Al terminar el patrón y los suyos la comida—que él y el otro «gato» de la barca presenciaban inmóviles y respetuosos—dejaban las sobras a los chicos, y los dos se instalaban en la proa con el negro caldero entre las piernas y un pan debajo del brazo. Ellos sacaban la mejor parte, y cuando las cucharas tropezaban con el fondo, entonces empezaba la rebañadura mendrugo en mano, hasta que el metal quedaba limpio y brillante

como si acabasen de fregarlo.

Después venía el huroneo en busca del vino que la tripulación había dejado olvidado en el fondo del porrón de lata; y los «gatos», si no había trabajo, tendíanse como unos príncipes en la proa, con la camisa fuera de los pantalones y la panza al aire, arrullados por el cabeceo de la barca y las cosquillas de la brisa. Tabaco no faltaba, y el tío Borrasca dábase a todos los demonios viendo con qué rapidez desaparecía de los bolsillos de su chaquetón unas veces la «alguilla» de Argel y otras la picadura de la Habana, según la calidad del último alijo de contrabando lanzado en la playa del Cabañal.

Aquella vida era inmejorable para Pascualet, y cada vez que bajaba a tierra, su madre le veía más robusto, más recocido por el sol y tan bondadosote como siempre, a pesar de su continuo rece con los gatos de barca, pilletes capaces de las mayores malicias y que al hablar echaban a las narices ajenas el humo de una pipa casi tan grande como ellos.

Las rápidas apariciones en la taberna eran lo único que hacía a la siñá Tona acordarse de su hijo mayor.

Mostrábase preocupada la tabernera. Pasaba los días enteros en su barcaza, sola, como si no tuviese hijos. El Retor estaba en el mar ganándose su parte de *cabets*[2], para después, en los días de fiestas, llegar muy ufano a entregar a su madre tres o cuatro pesetas, que eran el jornal de la semana; y el otro, el pequeño, aquel Tonet de piel de diablo, había salido un bohemio incorregible, que sólo regresaba a su casa acosado por el hambre.

Juntábase con la pillería de la playa, un tropel de chicuelos que no sabían más de sus padres que los perros vagabundos que les acompañaban en sus correteos por la arena. Nadaba como un pez, y en verano zambullíase en el puerto, mostrando con impudor tranquilo su cuerpo enjuto y rojizo para coger con la boca piezas de dos cuartos que le arrojaban los paseantes. Presentábase por la noche en la taberna con el pantalón roto y la cara arañada. Su madre le había sorprendido varias veces amorrandose con delicia al tonelillo del aguardiente, y una tarde tuvo que ponerse el mantón e ir a la Capitanía del Puerto para pedir con lágrimas y lamentos que le soltasen, prometiendo que ella le quitaría el feo vicio de arañar en el interior de las cajas de azúcar depositadas en el muelle.

«Una alhaja el tal Tonet. ¡Dios mío! ¿A quién se parecía? Era una vergüenza que de padres tan honrados saliese un muchacho así; un pillete que, teniendo en su casa comida abundante, pasaba el tiempo cerca de los vapores que vienen de Escocia, aguardando un descuido de los descargadores para echar a correr con un

bacalao debajo del brazo. Un hijo así iba a ser su castigo. Doce años a la espalda, y sin afición al trabajo ni el menor respeto a su madre, a pesar de los rabos de escoba que ella le había roto en las costillas.»

Y la siñá Tona hacía confidente de sus desdichas a Martínez, un carabinero joven que estaba de servicio en aquella parte de la playa, y permanecía durante las horas del calor sentado bajo el sombrajo de la taberna, con su fusil entre las rodillas, mirando vagamente el límite del mar y escuchando las eternas lamentaciones de la tabernera.

El tal Martínez era andaluz, de Huelva; un muchacho guapo y esbelto, que llevaba con marcialidad el uniforme viejo de diario y se atusaba al hablar el rubio bigote con una expresión «distinguida».

La siñá Tona le admiraba. Las personas que son «finas» no lo pueden ocultar; a la legua se las conoce. Además, ¡qué gracia en el lenguaje! ¡qué términos tan escogidos usaba! Bien se conocía que era hombre leído… Como que había estudiado muchos años en el Seminario de su provincia, y si ahora se veía así, era porque, no queriendo ser cura y ansioso de ver mundo, había reñido con su familia, sentando plaza, para venir al fin a ingresar en el cuerpo de carabineros.

La tabernera oíale embelesada contar su historia con aquel pesado ceceo de andaluz sin gracia; y cuando tenía que hablarle, empleaba en justa reciprocidad un castellano grotesco e ininteligible, que hubiese hecho reir en el mismo Cabañal.

—Mire osté, siñor Martines: mi chico me tiene loca con todas esas burras que hase. Lo que yo li digo: «¿Te hase falta algo, condenat? Pues entonses, ¿por qué te ajuntas con esa pillería pollosa?» Osté, siñor Martines, que tiene tanta labia, hagali miedo. Dígali que se lo llevara a Valensia para meterlo en la carsel si no es buen chico.

Y el *siñor Martines* prometía hacerle miedo al travieso pillete, y hasta le sermoneaba con la cara muy fosca, logrando que Tonet, al menos por un rato, permaneciese encogido y como aterrado por el uniforme de aquel hombre y el terrible fusil que no se separaba nunca de sus manos.

Estos pequeños servicios introducían a Martínez en la vida de familia, haciéndole intimar cada vez más con la siñá Tona. Allí le guisaban la comida, allí pasaba casi todo el día, y más de una vez la tabernera se prestó gustosa a zurcirle la ropa blanca y a pegarle botones en prendas interiores.

¡Pobre siñor Martines! ¿Qué sería de un joven tan fino sin una persona como

ella? Iría roto y abandonado como un perdido, y esto, francamente, no podía consentirlo una persona de buen corazón.

En las tardes del verano, cuando el sol caía de lleno sobre la desierta playa, sacando reflejos de incendio, ocurría siempre la misma escena bajo el sombrajo de cañas. Martínez, sentado en un taburete de esparto cerca del mostrador, leía a su autor favorito, Pérez Escrich, en tomos abultados y mugrientos, con las puntas roídas, que habían corrido toda la costa, pasando de unos carabineros a otros.

La siñá Tona no se equivocaba. De aquellos librotes, que la inspiraban el supersticioso respeto del que no sabe leer, era de donde sacaba Martínez sus palabritas sonoras y rebuscadas, toda aquella filosofía moral provocadora de su admiración.

Y desde el otro lado del mostrador, cosiendo a tientas, sin saber lo que hacía, contemplaba fijamente a Martínez, dedicando media hora a su fino y rubio bigote y un espacio no menor de tiempo a apreciar cómo tenía la nariz o con qué exquisito gusto se abría la raya, aplanando sobre sus sienes el dorado cabello.

Algunas veces, al volver la página, levantaba Martínez la cabeza, y sorprendiendo los negros ojazos de Tona fijos en él, ruborizábase y seguía leyendo.

La tabernera se reprendía después por tales contemplaciones. Pero ¿qué era aquello?… Nunca se le había ocurrido, viviendo su Pascual, mirarle detenidamente para apreciar cómo tenía las facciones. Y ahora permanecía ella como una boba horas y más horas, comprometiéndose con una contemplación de la que no podía librarse. ¿Qué diría la gente al saberlo?… Indudablemente le tenía ley a este hombre… ¡Claro!… ¡Era tan fino y tan guapo!… ¡Hablaba tan bien!…

Pero era un disparate todo aquello. Ella ya iba para los cuarenta; no se acordaba con exactitud, pero debía estar en los treinta y siete o cosa así; y él no pasaba de los veinticuatro… Pero ¡qué demonio! aunque le llevase algunos años, ella no estaba mal. Encontrábase bien conservada, y si no, que lo dijese la gentuza de las barcas que tanto la importunaba. Además aquel pensamiento no sería ningún disparate, ya que la gente se adelantaba suponiéndolo. Y lo mismo los carabineros amigos de Martínez que las pescaderas que iban a comprar a la playa, daban a entender sus maliciosas suposiciones con indirectas demasiado directas.

Al fin ocurrió lo que todos esperaban. La siñá Tona, para aturdirse, argüía contra sus escrúpulos que sus hijos necesitaban un padre, y nadie mejor que

Martínez. Y la valerosa amazona que aporreaba a los rudos pescadores a la menor audacia, se entregó voluntariamente, teniendo que vencer la cortedad de aquel muchachote tímido. De ella partió la iniciativa, y Martínez se dejó arrastrar con su indiferencia de hombre superior preocupado por cosas más altas y que permite en los asuntos terrenales ser manejado como un autómata.

El suceso se hizo público. La misma siñá Tona no se enojaba de ello; antes bien, deseaba hacer saber a todos que la casa tenía amo. Cuando la hacía ir al Cabañal alguna ocupación, dejaba la taberna al cuidado de Martínez, y éste, como en tiempos pasados, seguía sentado bajo el sombrajo, mirando al mar con el fusil entre las rodillas.

Hasta los dos chicos parecían enterados de la novedad. El Reten', al bajar a tierra, miraba a hurtadillas a su madre con cierto asombro y mostrábase tímido y vergonzoso en presencia del mocetón rubio y uniformado, al que encontraba siempre en la taberna. Pero el otro muchacho, Tonet, delataba en su sonrisa maliciosa que todo aquel suceso había sido objeto de maliciosos comentarios en las reuniones de los pillos de la playa, y en vez de asustarse, como antes, con los sermones del carabinero, le contestaba con muecas y se alejaba dando saltos y haciendo cabriolas sobre la arena, como en señal de desprecio.

Aquella temporada fue para Tona una primavera juvenil en plena madurez de su vida. Parecíale ahora su matrimonio con Pascual una monótona servidumbre. Amaba con vehemencia al carabinero, con la explosión cariñosa de una mujer que va hacia el ocaso; y cegada por esta pasión, hacía alarde de ella, sin importarle lo que murmurase la gente. ¡Que dijesen lo que quisieran! Otras hacían peor que ella, y la que hablase sería por envidia al ver que se llevaba un buen mozo.

Martínez, siempre con su aspecto de «soñador», dejábase mimar y acariciar como un hombre que todo lo merece. Gozaba de gran prestigio entre sus compañeros y superiores al poder disponer del cajón de la taberna y hasta de aquella media repleta de duros que tantas veces se le clavaba en el costado al tenderse en el colchón del camarote.

Por evitarse tal vez esta molestia, se dio prisa a vaciarla, sin que la siñá Tona protestase. ¿No había de ser su marido? Pues suyo era también aquel dinero. Mientras la taberna marchase bien, ella no debía quejarse.

Pero cuatro o cinco meses después llegó un día en que la Tona se puso seria.

Martínez, ¡ay! siñor Martines, baje usted de la nebulosa altura en que vive su pensamiento. Dígnese escuchar a la Tona. ¿No la oye usted?… Es preciso

arreglar la situación; las cosas no pueden quedar así; hay que justificar lo que venga, y una mujer honrada, madre de dos hijos, no puede serlo de tres sin un hombre que saque la cara diciendo: «Esta es mi obra.»

Martínez contestó «¡bueno!» a todo, aunque torciendo el gesto dolorosamente, como si acabase de sufrir un tremendo batacazo cayendo de las alturas ideales en que se refugiaba como hombre no comprendido, para soñar en la probabilidad de ser general, jefe de Estado y otras muchas cosas, lo mismo que los personajes de sus novelas favoritas.

Pediría los papeles para el casamiento, pero tendrían que esperar, porque Huelva está lejos.

Tona esperó, siempre con el pensamiento puesto en Huelva, tierra remota que por su cuenta debía estar en los alrededores de Cuba o Filipinas.

Pero el tiempo pasaba y la cosa iba haciéndose urgente.

Martínez, siñor Martines, que sólo faltan dos meses, y a la Tona le es imposible ocultar por más tiempo lo que viene, y la gente se va enterando. ¡Qué dirán los chicos al verse con un nuevo hermano!… Pero Martínez protestaba. No era suya la culpa. Bien veía ella las muchas cartas que escribía para activar el envío de los papeles.

Al fin, un día, el carabinero declaró que iba a emprender el viaje a su tierra y traerse los malditos documentos, para lo cual tenía ya el permiso de sus jefes.

Muy bien; aquella resolución le gustaba a la siñá Tona. Y para ayuda del viaje le entregó toda la plata que tenía en el cajón del mostrador, lo peinó por última vez, lloró un poco, y ¡hasta muy pronto! ¡Buen viaje!

La pobre Tona ya no vio más al siñor Martines. Entre los carabineros que vigilaban la playa no faltó una buena alma que tuvo el gusto de decir la verdad.

No había tal viaje a Huelva. Las cartas que escribía Martínez iban a Madrid pidiendo que lo trasladasen a un punto lejano, pues los aires de Valencia le probaban mal. Y efectivamente, lo habían trasladado a la Comandancia de la Coruña: al otro lado de España.

La siñá Tona creyó volverse loca. ¡Ladrón, más que ladrón! ¡Miren el mosquita muerta!… ¡Fíese usted de las personas de mucha labia!

¡Pagarle así a ella… a ella, que le hubiese dado hasta el último céntimo, y que le peinaba bajo el tinglado en las horas de siesta tan amorosamente como si fuese su madre!

Pero toda la desesperación de la pobre mujer no impidió que saliese a luz lo que tan urgente hacía el matrimonio. A los pocos meses, la siñá Tona despachaba

copas tras el mostrador enseñando su pecho voluminoso de vaca rolliza, y agarrada a su obscuro pezón una niña blanca, enteca, de ojos azules y cabeza rubia y voluminosa que parecía una bola de oro



PASARON los años sin que sufriese grandes alteraciones en su monótona vida la familia que se albergaba en la barca convertida en taberna.

El Retor era todo un marinero, fornido, cachazudo, bravo en el peligro. De «gato» había ascendido a ser el tripulante de más confianza en la barca del tío Borrasca, y cada mes solía entregar a su madre cuatro ó cinco duros de ahorros para que los guardase.

Tonet no hacía carrera. Entre él y su madre se había entablado una lucha: Tona buscándole oficios, y él abandonándolos a los pocos días. Fue una semana aprendiz de zapatero; navegó poco más de dos meses con el tío Borrasca en calidad de «gato», pero el patrón se cansó de pegarle, sin conseguir que le obedeciese. Después intentó hacerse tonelero, que era el más seguro de los oficios, pero el maestro le echó a la calle; y por fin, a los diez y siete años, se metió en una colla del puerto, cuadrilla de descargadores de buques, en la que trabajaba hasta dos veces por semana, y esto de mala voluntad.

Pero su vagancia y sus malas costumbres encontraban excusa a los ojos de la siñá Tona cuando ésta le contemplaba en los días de fiesta—que eran los más para aquel bigardo—, con la gorra de seda de hinchado plato sobre su rostro moreno, en el que comenzaba a apuntar el bigote, la chaqueta de lienzo azul ajustada al esbelto tronco y la faja de seda obscura ceñida sobre la camiseta de franela a cuadros negros y verdes.

Daba gloria ser madre de un mozo así. Iba a ser otro pillo como aquel Martínez de infausta memoria, pero más *salao*, más audaz y travieso; y de ello daban fe las chicas del Cabañal, que se lo disputaban por novio.

Tona regocijábase al saber el aprecio en que tenían a su hijo, y estaba

enterada de todas sus aventuras. ¡Lástima que «le tirase» tanto el maldito aguardiente! Era todo un hombre; no como el cachazudo de su hermano, que no se alteraba aunque le pasase un carro por encima.

Una tarde de domingo, en la taberna de Las buenas costumbres, título terriblemente irónico, se tiró los vasos a la cabeza con los de una colla de cargadores que trabajaban más barato, y al entrar los carabineros a poner paz, le pillaron faca en mano persiguiendo por entre las mesas a los contrarios.

Más de una semana lo tuvieron encerrado en el calabozo de la Casa Capitular. Las lágrimas de la siñá Tona y las influencias del tío Mariano, que era muñidor en las elecciones, consiguieron sacarle a flote; pero tanto le corrigió el arresto, que en la misma noche de su libertad sacó otra vez la dichosa faca contra dos marineros ingleses que, después de beber con él, intentaron boxearle.

Era el gallito del Cabañal. Faena poca; pero una verdadera fiera para resistir las noches de borrasca de taberna en taberna, no presentándose en la de su madre en semanas enteras.

Tenía su poquito de amores serios, con cierta intimidad que para muchos olía a matrimonio anticipado. Su madre no estaba conforme con tales relaciones. No quería una princesa para su Tonet, pero la hija de Paella el tartanero le parecía poca cosa. La tal Dolores era descarada como una mona; muy guapa, sí señor, pero capaz de comerse a la pobre suegra que tuviera que aguantarla.

Era natural que fuese así. Se había criado sin madre, al lado del tío Paella, un borrachón que daba traspiés al amanecer, cuando enganchaba la tartana, y a quien el vino tenía consumido, engordándole únicamente la nariz, siempre en creciente por las rojas hinchazones.

Era un mal hombre que gozaba la peor de las famas. Toda su parroquia la tenía en Valencia, en el barrio de Pescadores, habitado por «malas mujeres». Cuando llegaba barco inglés se ofrecía como un sinvergüenza a los marineros para llevarles a sitios de confianza, y en las noches de verano cargaba su tartana de chicuelas con blancos *matinées*, mejillas embadurnadas de rojo y flores en la cabeza, conduciéndolas con sus amigos a los merenderos de la playa, donde se corrían juergas hasta el amanecer, mientras él, alejado, sin abandonar el látigo ni el porrón de vino, se emborrachaba, mirando paternalmente a las que llamaba «mi ganado».

Y lo peor era que no se recataba ante su hija. Hablábala con los mismos términos que si fuera una de sus parroquianas; su vino locuaz sentía la necesidad de contarlo todo, y la pequeña Dolores, encogida, lejos de los agresivos pies de

su padre, con los ojos desmesuradamente abiertos y una expresión en ellos de curiosidad malsana, oía el brutal soliloquio del tío *Paella* relatándose a sí mismo todas las porquerías e infamias presenciadas durante el día.

Así fue criándose Dolores. ¡Vaya, que lo que aquella chica ignorase!… Por eso Tona no la podía admitir como nuera. Si no se había perdido ahora que empezaba a ser una mujer guapa, era porque algunas vecinas le aconsejaban bien; pero aun así, la muchacha también daba sus escándalos con Tonet, que entraba en casa de su novia como si fuese el amo. Comía con ella, aprovechándose de que el tartanero no regresaba hasta muy entrada la noche, y Dolores le repasaba la ropa y hasta hurgaba en los bolsillos del tío Paella para dar dinero al novio, lo que hacía lanzar al borracho un vómito interminable de injurias contra la falsa amistad, creyendo que en los momentos de alcohólica turbación le robaban las pesetas sus compinches de taberna.

Era un secuestro en regla el que hacía aquella chica con su novio, y Tonet, lentamente, una pieza hoy y otra mañana, iba trasladando toda su ropa desde la taberna de la playa a la casa del tartanero.

La siñá Tona se quedaba sola. El *Retor* estaba siempre en el mar «persiguiendo la peseta», como él decía, unas veces pescando y otras enganchándose como marinero en algún laúd de los que iban por sal a Torre vieja. Tonet corría tabernas o estaba metido en casa del tío Paella… Y ella aviejándose detrás del mostrador de su tiendecilla, sin otra compañía que aquella chicuela rubia, a la que quería de un modo raro, con intermitencias, pues era el viviente recuerdo del pillo de Martínez. ¡Ojala se lo haya llevado el demonio!…

Decididamente, Dios sólo protegía a temporadas a las personas buenas. Los tiempos presentes no eran ya los de la primera época de su viudez.

Otras barcas viejas varadas en la playa habían sido convertidas en tabernas. Los pescadores tenían dónde escoger, y además ella envejecía y la gente de mar no mostraba tantos deseos de beber requebrándola.

Resultado: que aunque la tabernilla conservaba sus antiguos parroquianos, sólo se sacaba de ella lo preciso para vivir, y Tona más de una vez contempló de lejos su blanca barcaza, considerando melancólicamente el fogón apagado, la cerca casi derribada, detrás de la cual ya no gruñía el cerdo esperando la matanza anual, y media docena de gallinas que picoteaban tristemente el suelo.

Pasó el tiempo para ella con lentitud, sumida en estúpida somnolencia, de la que la sacaban únicamente las diabluras de Tonet o la contemplación de un retrato del *siñor Martines*, que ella conservaba colgado en su camarote con

cierto refinamiento cruel, para recordarse a todas horas la debilidad pasada.

La pequeña Roseta, la chicuela caída en la barca por obra y gracia del pillo carabinero, apenas si merecía la atención de su madre. Criábase como una bestezuela bravía. Por la noche, Tona había de ir en su busca para encerrarla en la barca, después de darla una terrible zurra. Durante el día únicamente se presentaba cuando sentía hambre.

¡Todo sea por Dios! La tal chiquilla era una nueva cruz que había de arrastrar la pobre Tona.

Huraña y amiga de la soledad, tendíase en la arena mojada, cogiendo conchas y caracoles o amontonando algas. A veces pasaba horas enteras con los ojos azules fijos en el infinito, en una inmovilidad hipnótica, mientras la brisa salobre arremolinaba sus pelillos rubios, enroscados como culebras, o hacía ondear el viejo refajo, que dejaba al descubierto unas piernecitas entecas, de blancura deslumbrante, en cuyas extremidades el ardor del sol había suplido la falta de medias tostando la piel.

Allí se estaba horas y más horas, con el vientre hundido en la arena mojada, que cedía bajo su peso, acariciado el rostro por la delgadísima capa de agua que avanzaba y retrocedía sobre el suelo reluciente con ondulaciones caprichosas.

Era una bohemia incorregible. Lo que decía Tona: «De tal palo, tal astilla.» También el granuja de su padre se pasaba las horas muertas embobado ante el horizonte, como si soñase despierto, y sin servir para otra cosa.

Si ella tuviese que vivir de lo que trabajase su hija, moriría de hambre. ¡Criatura más desmañada y perezosa!… En la taberna rompía vasos y platos al intentar limpiarlos; quemábase el pescado en la sartén si ella cuidaba el fogón, y al fin su madre tenía que dejarla corretear por la playa o que fuese a la costura del Cabañal. A temporadas dominábala un deseo loco de aprender, y se escapaba, exponiéndose a una paliza, para ir en busca de la maestra. Otras veces huía de la escuela, cuando su madre se mostraba conforme en que siguiese sus estudios.

En verano únicamente ayudaba a la pobre Tona. El lucro uníase a su afán de correteo sin objeto, y cargada con un cántaro casi tan grande como ella, iba vaso en mano por la playa de los baños o pasaba audazmente entre los lujosos carruajes que rodaban por el muelle, mirando a todas partes con sus ojazos soñadores, agitando su maraña de rubios pelos y gritando con voz débil: «¡Al aigua fresqueta!», sacada de la fuente del Gas.

Unas veces vendiendo agua fresca y otras llevando un cesto de caña lleno de

galletas, que iba ofreciendo con tono melancólico: «*¡Salaes y dolses!*», conseguía Roseta entregar a su madre unos dos reales, lo que aclaraba un poco el gesto fosco de Tona, pues los malos negocios iban haciéndola egoísta.

Y así creció Roseta: siempre en huraño aislamiento, acogiendo con serenidad amenazante las palizas de su madre; odiando a Tonet, que nunca se había fijado en su persona; sonriendo algunas veces al Retor, que cuando bajaba a tierra solía tirarle amistosamente de los retorcidos pelos, y despreciando a la pillería de la playa, de la cual huía siempre con un airecillo de reina orgullosa.

Tona acabó por no ocuparse de la chiquilla, a pesar de ser su única compañera en aquella vivienda, que al llegar las tardes del invierno parecía estar en pleno desierto. Tonet y la hija del tartanero eran su continua preocupación.

Aquella «perdida» habíase propuesto robarle toda su familia. Ya no se contentaba con Tonet, y éste llevaba a casa de Dolores a su hermano el Retor, el cual, al saltar a tierra, pasaba como una exhalación por la tabernilla de la playa, yendo a descansar en casa del tartanero, donde era para los novios un testigo poco molesto.

En realidad, lo que incomodaba a Tona—más que la influencia ejercida por Dolores sobre sus hijos—era que veía desvanecerse un plan que acariciaba hacía mucho tiempo.

Tenía pensado el matrimonio de Tonet con la hija de una antigua amiga.

Como guapa, no podía compararse con la endemoniada hija del tartanero; pero la siñá Tona se hacía lenguas de su bondad—la condición de los seres insignificantes—y se callaba lo de más importancia, o sea que Rosario, la muchacha en quien había puesto los ojos, era huérfana. Sus padres habían tenido en el Cabañal una tiendecita, de la que se surtía la tabernera, y ahora, después de su muerte, le quedaba a la hija casi una fortuna; algo así como tres mil o cuatro mil duros.

¡Y cómo quería a Tonet la pobrecita! Al encontrarlo en las calles del Cabañal, le saludaba con una de sus sonrisas de cordera mansa, y pasaba las tardes en la playa gozándose en hablar con la siñá Tona, tan sólo porque era la madre del gallito bravo que traía revuelta a toda la población.

Pero del muchacho no podía esperarse cosa buena. Ni la misma Dolores, con tener sobre él tan absoluto poderío, lograba domarlo cuando le soplaba la racha de las locuras. A lo mejor desaparecía semanas enteras, sabiéndose después, por referencias, que había estado en la ciudad, durmiendo de día en alguna casa del barrio de Pescadores, emborrachándose de noche, aporreando a sus embrutecidas

compañeras de hospedaje y gastándose en orgías de pirata hambriento lo que ganaba en alguna timba de calderilla.

En una de esas escapatorias fue cuando cometió el gran disparate que costó a su madre un mes de llantos e innumerables alaridos. Tonet, con otros amigotes, sentó plaza en la marina de guerra. Estaban hastiados de la vida del Cabañal; les resultaba desabrido el vino de las tabernas.

Y llegó el día en que el endiablado muchacho, vistiendo un uniforme azul, con la blanca gorra ladeada y el saco de ropa al hombro, se despidió de Dolores y de su madre para ir a Cartagena, donde estaba el buque a que iba destinado.

¡Anda con Dios! Mucho le quería la siñá Tona, pero al fin podría descansar. Por la única que lo sintió fue por la pobre Rosario, que, siempre calladita y humilde, iba a coser en la playa junto a Roseta y preguntaba con emocionada timidez a la siñá Tona si había recibido carta del marinero.

Así pasó el tiempo, siguiendo ellas desde la barcaza de la playa todos los viajes y estaciones de la Villa de Madrid, fragata en la que iba Tonet como marinero de primera.

¡Qué emoción cuando caía sobre el mostrador de húmedos tablones el sobre estrecho, pegado unas veces con roja oblea y otras con miga de pan, y ostentando su complicada dirección en letras gruesas: *Para la siñora Tona la del cafetín, junto a la Casa dels bous*!

Un perfume raro, exótico, que hablaba a los sentidos de vegetaciones desconocidas, mares tempestuosos, costas envueltas en celajes dorados y cielos de fuego, parecía salir de las groseras envolturas de papel; y las tres mujeres, leyendo y releyendo las cuatro carillas, soñaban con países desconocidos, viendo imaginariamente los negros de la Habana, los chinos de Filipinas, las modernas ciudades del Sur de América.

¡Qué chico aquel! ¡Cuanto tendría que contar cuando volviese!… Tal vez había sido un bien que se enganchase en la marina de guerra; así sentaría la cabeza. Y la siñá Tona, poseída de nuevo por aquella preferencia que la hacía idolatrar a su hijo menor, pensaba con cierto despecho en que su Tonet, el gallito bravo, estaba sometido a la rígida disciplina de a bordo, mientras el otro, el Retor, que ella tenía por un infeliz, marchaba viento en popa y era casi un prohombre en el gremio de la pesca.

Iba siempre a partir con el dueño de su barca. Tenía sus secretos con el tío Mariano, aquel personaje al que recurría Tona en todos sus apuros. En fin, que ganaba dinero, y la madre se daba a todos los diablos viendo que no traía un

cuarto a casa y apenas si por ceremonia iba a sentarse un rato bajo el toldo de la tabernilla.

En otra parte le guardaban los ahorros; ¿y dónde había de ser? en casa de Dolores, de la gran maldecida, que sin duda les había dado a sus hijos «polvos seguidores», pues corrían a ella como perros sumisos.

Allí estaba metido el Retor, como si en casa del tartanero se le perdiese algo al gran babieca. ¿No sabía que Dolores era para el otro? ¿No veía las cartas de Tonet y las contestaciones que ella dictaba a algún vecino? Pero el muy tonto, sin hacer caso de las burlas de su madre, allí se quedaba, usurpando poco a poco el puesto de su hermano, y sin que pareciera darse cuenta de sus avances. Dolores tenía con él las mismas atenciones que con Tonet. Le cuidaba la ropa y le guardaba los ahorros, cosa esta última que no le ocurría nunca con el otro despilfarrador.

Un día murió el *tío Paella*. Lo trajeron a casa destrozado por las ruedas de su tartana. La borrachera le había hecho caer de su asiento, y murió como hombre consecuente, agarrado al látigo, que no abandonaba ni para dormir, sudando aguardiente por todos los poros y con la tartana llena de aquellas parroquianas pintarrajeadas, a las que él llamaba «mi ganado».

A Dolores no le quedaba otro arrimo que su *tía Picores* la pescadera, protectora poco envidiable, pues hacía el bien a bofetadas.

Y entonces, a los dos años de estar ausente Tonet, fue cuando circuló la gran noticia: «Dolores y el Retor se casaban.» ¡Gran Dios! ¡Qué ruido produjo la noticia en el Cabañal! La gente decía que era ella la que se había declarado al novio, añadiendo al oído otros detalles que hacían reir.

A Tona había que oírla. Aquella siñora de la herradura se había empeñado en meterse en la familia, e iba a conseguirlo. Bien sabía lo que hacía la muy tunanta. Un marido bobalicón que se matase trabajando era lo conveniente para ella. ¡Ah, ladrona! ¡Cómo había sabido coger al único de la familia que ganaba dinero!…

Pero la reflexión egoísta hizo callar poco después a la siñá Tona. Mejor era que se casasen. Esto simplificaba la situación y favorecía sus planes. Tonet se casaría con Rosario. Y aunque a regañadientes, se dignó asistir a la boda y llamar filia mehua al hermoso culebrón que tan fácilmente dejaba unos para tomar otros.

A todos preocupaba lo que diría Tonet al saber la noticia. ¡Bonito genio tenía el marinero! Y la sorpresa fue general al saberse que había contestado dándolo

todo por bien hecho. Sin duda, la ausencia y los viajes le habían cambiado, hasta el punto de parecerle muy natural que Dolores se casase, ya que le faltaba «arrimo». Además—como él decía—, para que cayese en poder de otro, mejor era que se casara con su hermano, que era un buen muchacho.

Y tan razonable como en sus cartas se mostró el marinero cuando, con la licencia en el bolsillo y el saco del equipaje a cuestas, se presentó en el Cabañal, asombrando a todos con su gallardo porte y el rumbo con que gastaba el puñado de pesetas que le habían entregado como alcances del servicio.

Saludó a Dolores como una buena hermana. ¡Qué demonio! De lo pasado no había que acordarse. Él también había hecho de las suyas en sus viajes. Y no se preocupó gran cosa de ella ni del Retor, atento a gozar el aura de popularidad que le proporcionaba su regreso.

Noches enteras pasaba la gente al fresco, sentada en sillas bajas o en el suelo, frente a la puerta de la antigua casa de Paella, donde vivía ahora el Retor, oyendo con arrobamiento las descripciones de extraños países hechas por el marinero, y en las que intercalaba graciosas mentiras para mayor asombro de los papanatas admirados de su facundia.

Comparado con los pescadores rudos y embrutecidos por el trabajo, o con sus antiguos compañeros en la descarga de los buques, Tonet aparecía ante las muchachas del Cabañal como un aristócrata, con su palidez morena, el bigotillo erizado, las manos limpias y la cabeza aceitosa y bien peinada, con una raya en medio y dos pun- titas de pelo asomando bajo la gorra de seda.

La siñá Tona estaba satisfecha de su hijo. Reconocía que era tan pillo como antes, pero sabía vivir mejor, y bien se notaba que le había aprovechado la dura existencia del barco. Era el mismo; pero la disciplina militar había pulido su exterior de burdas asperezas. Si bebía, no se emborrachaba; seguía echándola de guapo, aunque sin llegar a pendenciero, y no buscaba ya realizar sus caprichos de aturdido, sino satisfacer sus egoísmos de vividor.

Por esto acogió benévolamente todas las proposiciones de su madre. ¿Casarse con Rosario? Conforme: era una buena chica. Además, tenía un capitalito que podía crecer mucho en manos de una persona inteligente, y esto era lo que él deseaba.

Un hombre, después de servir en la marina real, no podía dignamente descargar sacos en el muelle. Todo, antes que eso.

Y con gran alegría de la siñá Tona, se casó con Rosario. ¡Qué hermosa pareja! Ella, pequeñita, tímida, sumisa, creyendo en él a ojos cerrados. Tonet,

soberbio en su fortuna, tieso, como si bajo la camisa de franela llevase una coraza hecha con los miles de duros de su mujer, dispensando protección a todos y dandose la vida de un prohombre del Cabañal. Estaba en el café tarde noche, fumando su pipa, y luciendo altas botas impermeables en días de lluvia.

Dolores le veía sin mostrar la menor emoción. Únicamente sus ojos de soberana brillaban con puntos de oro, chispas delatoras del ardor de misteriosos deseos.

Pasó un año de felicidad para el matrimonio. El dinero amasado ochavo sobre ochavo en la mísera tiendecita donde nació Rosario escapábase locamente por entre los dedos de Tonet. Pero llegó el momento de «verle el fondo al saco», como decía la tabernera de la playa al reprender las prodigalidades de su hijo.

Comenzaron los apuros, y con ellos la discordia, el llanto y hasta las palizas en casa de Tonet. Ella agarró la cesta de vendedora de pescado, como lo hacían todas sus vecinas. De su fama de rica descendió a la vida embrutecedora y fatigosa de pescadera de las más pobres. Levantábase poco después de media noche; esperaba en la playa con los pies en los charcos y el cuerpo mal cubierto por el viejo mantón, que ondeaba muchas veces bajo un viento de tempestad. Iba a pie a Valencia, abrumada por el peso de las banastas, y volvía por la tarde a su casa desfallecida de hambre y cansancio. Pero se tenía por feliz si lograba mantener al señor en su antiguo boato, evitándole toda humillación que pudiera luego traducirse en maldiciones y alborotos.

Para que Tonet pasase la noche en el café, rodeado de maquinistas de vapor y patrones de barca, ahogaba muchas mañanas en la Pescadería su hambre rabiosa, excitada ante los humeantes chocolates y las chuletas entrepanadas que veía sobre las mesas de sus compañeras.

Lo importante era que nada faltase a su ídolo, pronto siempre a enfadarse y a maldecir la perra suerte de su casamiento. A la pobre mujercita, cada vez más flaca y derrotada, le parecían insignificantes sus miserias, siempre que al señor no le faltase la peseta para el café y el juego del dominó, la comida abundante y las camisetas de franela bien vistosas. Algo caro le costaba; ella envejecía antes de los treinta años, pero podía lucir como exclusiva propiedad el mejor mozo del Cabañal.

El infortunio les aproximaba al Retor, al otro matrimonio, que subía y subía por el camino de la prosperidad, mientras ellos rodaban cabeza abajo.

Los hermanos deben ayudarse en los malos trances, nada más natural; y por esto Rosario, aunque a regañadientes, iba a casa de Dolores y consentía que

Tonet reanudase una amistad íntima con su cuñada. Esto era un tormento para ella, pero debía soportarlo. El Retor mantenía muchas semanas al matrimonio cuando no había pescado para vender o el vago de gentil aspecto no conseguía ganar algún duro interviniendo en los pequeños negocios propios de los puertos de mar.

Pero llegó el momento en que las dos mujeres, que se odiaban, se cansaron de fingir.

Después de cuatro años de matrimonio, Dolores resultó encinta. El Retor sonreía como un bendito al dar a todo el mundo la fausta noticia, y las vecinas se alegraban también, pero de un modo maligno. Era pura sospecha, pero se comentaba la coincidencia de aquel embarazo tardío con la época en que Tonet mostró mayor apego a la casa de su hermano, pasando en ella más tiempo que en el café.

Las dos cuñadas riñeron con toda la franqueza salvaje de sus caracteres. Entre ellas se marcó una profunda división, y en adelante sólo Tonet visitó la casa del Retor, lo que indignaba a Rosario, haciendo que las riñas conyugales terminasen siempre con bárbaras palizas.

De este modo fue transcurriendo el tiempo; Rosario afirmando que el chiquillo de Dolores tenía la misma cara de Tonet; éste siempre a remolque de su hermano mayor, que sentía por él la debilidad de otros tiempos, y a pesar de su espíritu económico se dejaba saquear por aquel vago. La hermosa hija del tío Paella burlábase de su cuñada la «tísica», la «pava», gozándose en insultar su pobreza, su vida trabajosa, y haciendo alarde del poderío que tenía sobre Tonet, el cual, como en otros tiempos, iba tras de ella, dominado y sumiso como un perro.

Un halito de perpetua batalla, de burlona insolencia, parecía ir desde la antigua casa del tío Paella, restaurada y embellecida, a la barraca miserable de techo carcomido donde Rosario se había refugiado, empujada por la miseria. Las buenas vecinas, con la más santa de las intenciones, se encargaban de circular las insolencias e insultos llevando y trayendo recados.

Cuando Rosario, pálida de indignación y con los ojos llorosos, necesitaba desahogo y consuelo, iba a la playa, a la barcaza-taberna, que adquiría un color sombrío y parecía envejecer como su dueña. Allí la escuchaban silenciosamente, moviendo su cabeza con expresión de desconsuelo, la siñá Tona y Roseta, las cuales, a pesar de su íntimo parentesco, vivían en huraña hostilidad, no coincidiendo más que en su odio y su desprecio a los hombres. La barca que les servía de madriguera era como un observatorio, desde el cual contemplaban lo

que iba ocurriendo entre las dos familias.

«¡Los hombres! ¡Vaya una gentuza!» La siñá Tona lo afirmaba, mirando de soslayo el retrato del carabinero, que parecía presidir la taberna. Todos eran unos granujas, que no valían ni el cordel para ahorcarlos. Y Roseta, con sus ojazos verdemar, límpidos y serenos, de virgen que todo lo sabe y no puede sentir asombro, murmuraba con una expresión soñadora:

—Y el que no es granuja, es con el Retor: un bestia.

Capítulo IV

AUNQUE el día era de invierno, picaba tanto el sol, que el Retor y Tonet estaban en la playa agazapados a la sombra de un laúd viejo encallado en la arena. Tiempo les quedaba de tostarse cuando saliesen al mar.

Los dos hablaban lentamente, como adormecidos por el brillo y el calor de la playa. ¡Vaya un día hermoso! Parecía imposible que estuviesen en vísperas de Semana Santa, época de los aguaceros y los repentinos temporales.

El cielo, inundado de luz, era de un azul blanquecino. Como copos de espuma caídos al azar, bogaban por él algunos jirones de vapor, y de la arena ardiente surgía un vaho que envolvía los objetos lejanos, haciendo temblar sus contornos.

La playa estaba en reposo. La Casa deis bous, donde rumiaban en sus establos los enormes bueyes para el arrastre de las barcas, alzaba su cuadrada mole, con tejado rojizo y azules cuadrantes en sus paredes, sobre las filas de barcas puestas en seco. Estas formaban en la orilla a modo de una ciudad nómada con calles y encrucijadas; algo semejante a un campamento griego de la edad heroica, donde las birremes puestas en seco servían de baluartes.

Los mástiles latinos, inclinados graciosamente hacia la proa con sus puntas gruesas y romas, parecían un bosque de lanzas. Entrecruzaban se las embreadas cuerdas, como lianas trepadoras de esta selva de palos. Bajo las velas caídas en las cubiertas rebullía toda una población anfibia, al aire las rojizas piernas, la gorra calada hasta las orejas, repasando las redes o atizando el fogón, en el que burbujeaba el suculento caldo de pescado. Sobre la arena descansaban las ventrudas quillas pintadas de blanco o azul, como panzas de monstruos marinos tendidos voluptuosamente bajo las caricias del sol.

Reinaba en esta población improvisada, tal vez deshecha a la noche para esparcirse por la inmensidad de la faja azul que cerraba el horizonte, el orden y la simetría de una ciudad moderna tirada a cordel.

En primera fila—junto a las olas que se adelgazaban como láminas de cristal sobre los arabescos de arena—estaban las barcas menos grandes, las que pescan al *volantí*. Estos pequeños y airosos esquifes parecían la vistosa pollada de las grandes barcas alineadas detrás, todas parejas del bóu, con idéntica altura e iguales colores.

En la última fila estaban los veteranos de la playa, los barcos viejos, con el vientre abierto, mostrando por sus negros rasguños las carcomidas costillas, con el mismo aire de tristeza de los caballos de plaza de toros; como si pensasen en la ingratitud humana, que abandona a la vejez.

Ondeaban izadas en los mástiles las redes rojizas puestas a secar, las camisetas de franela, los calzones de bayeta amarilla. Por encima de este vistoso empavesado pasaban las gaviotas trazando círculos, como si estuvieran borrachas de sol, hasta que al fin se dejaban caer en el mar azul, agitado por leves estremecimientos é hirviente con burbujas luminosas bajo el calor del mediodía.

El Retor hablaba del tiempo, paseando sus ojos de buey manso sobre el mar y la costa. Siguió con la vista las puntiagudas velas que corrían por la línea verdosa del horizonte como alas de palomas, y después miró la costa, que se encorvaba formando golfo, con su orla de masas verdes y blancos caseríos. Todo le era familiar en este paisaje: las colinas del Puig, enormes tumefacciones de una playa baja que invade el mar en sus ratos de cólera; el castillo de Sagunto enroscando sus ondeados baluartes sobre una larga montaña de color de caramelo, y desde allí, tierra adentro y cerrando el horizonte, la dente- liada cordillera, oleaje de rojo granito que con sus crestas inmóviles parece lamer el cielo.

Ya había llegado con fijeza el buen tiempo. El Retor lo afirmaba, y sabido era en el Cabañal que en estas cuestiones había heredado el acierto de su patrón el tío Borrasca. Aún quedaban para la próxima semana algunas tormentas, pero serían poca cosa. Se debían dar gracias a Dios porque el mal tiempo había terminado pronto y los hombres honrados podrían ganarse sin miedo el pan.

Hablaba con lentitud, mascando una negra tagarnina de contrabando y sumiéndose en el majestuoso silencio de la playa. Algunas veces, sobre el lento susurro del agua tranquila destacábase la voz lejana de una muchacha, como si saliese de las entrañas de la tierra, entonando una canción de monótona cadencia.

Se desarrollaba lentamente el «*¡oh… oh, isa!*» de unos cuantos mocetones que tiraban de un pesado mástil al compás de la soñolienta exclamación; gritaban como pojaros desde las cubiertas de las barcas las mujeres desgreñadas, llamando a comer a los «gatos», que estaban en los establos contemplando los bueyes; sonaban los pesados mazos de los calafates con incesante regularidad, y todos estos ruidos eran absorbidos por la calma majestuosa del ambiente impregnado de luz. Sonidos y objetos eran envueltos por la playa en una vaguedad fantástica.

Tonet miraba a su hermano con expresión interrogante, esperando que su calma cachazuda acabase de formular todo el plan.

Por fin habló el Retor. En una palabra: que estaba ya cansado de ganar el dinero lentamente, y quería dar un golpe, como los daban otros. En el mar estaba el pan para todos; sólo que unos lo cogen negro y a costa de muchos sudores, mientras otros lo pillan del más sabroso si tienen pecho para exponerse. ¿Le entendía Tonet?…

Y sin esperar contestación, púsose de pie y fue hasta la proa de la vieja barca para convencerse de que no le escuchaba alguien al otro lado.

Nadie. La playa estaba desierta. No se veía una sola persona en toda la extensión de arena donde en verano son plantadas los barraquetes para los bañistas de Valencia. Mas allá estaba el puerto erizado de mástiles embanderados, vergas entrecruzadas, chimeneas rojas y negras, grúas que parecían horcas. Avanzaba mar adentro la escollera de Levante, como un muro ciclópeo de rojos bloques aglomerados al azar por una trepidación del suelo. Amontonábase en el fondo los edificios del Grao, las grandes casas donde están los almacenes, los consignatarios, los agentes de embarque, la gente de dinero, la aristocracia del puerto. Después, como una larga cola de tejados, la vista encontraba tendidos en línea recta el Cabañal, el Cañamelar, el Cap de Transa, masa prolongada de construcciones de mil colores, que decrecía según se alejaba del puerto. Al principio eran fincas con muchos pisos y esbeltas torrecillas, y en el extremo opuesto, lindante con la vega, barracas blancas con la caperuza de paja torcida por los vendavales.

No temiendo espionajes, el Retor volvió a sentarse al lado de su hermano.

Su mujer le había metido este proyecto en la cabeza, y él, después de pensarlo mucho, lo creía aceptable. Se trataba de un viaje a la costa d’afora, a Argel; como quien dice a la pared de enfrente de aquella casa azul y mudable que tantas veces cruzaban como pescadores. Nada de pescado, que no se deja coger siempre que el hombre quiere: buenos fardos de contrabando; la barca

llena hasta los topes de «alguilla» y «Flor de Mayo»… ¡Rediel! ese era el verdadero negocio; mil veces lo había hecho su pobre padre. ¿Qué le parecía?

Y el honradote Retor, incapaz de desobedecer a lo que le previniese el alguacil del pueblo o el cabo de mar, reía como un bendito al imaginarse aquel alijo de tabaco que hacía tiempo le danzaba en la cabeza. Le parecía ver ya sobre la arena los fardos de lona embreada. Como buen hijo de la costa, admirador de las hazañas de sus mayores, consideraba el contrabando la profesión más natural y honrada para un hombre aburrido de la pesca.

A Tonet le parecía bien el negocio. Ya llevaba hechos él dos viajes de tal clase, enganchándose como simple marinero. Ahora que era escaso el trabajo en el muelle y el tío Mariano no acababa de sacarle aquel empleo tan codiciado en las obras del puerto, no tenía inconveniente en seguir a su hermano.

Este redondeaba su plan. Tenía lo más importante: barca propia, la Cariosa. Y como Tonet lanzase una exclamación de asombro, el Retor entró en detalles. Ya sabía él que la tal barca estaba casi despanzurrada, con los costillares mal unidos y la cubierta combada hacia abajo; una ruina que, al saltar sobre las olas, sonaba como una guitarra vieja. El vendedor no le había engañado: treinta duros dio por ella; compró la leña y nada más. Pero aún sobraba para hombres que conocían el mar y eran capaces de atravesarlo en un zapato.

Además—y guiñaba un ojo con grotesca malicia—, con una barca así tenían la ventaja de perder muy poco si el guardacostas les echaba la zarpa.

Y con este argumento de una sencillez sublime, convencíase el Retor de la conveniencia de tal temeridad, sin ocurrírsele ni remotamente que exponía su vida.

Con su hermano y dos hombres de confianza quedaba formada la tripulación. Sólo necesitaban hablar al tío Mariano, que tenía buenos conocimientos en Argel de la época en que hacía «el negocio».

Y como hombre decidido que teme arrepentirse si espera, quiso ir inmediatamente en busca de aquel personaje poderoso, que les honraba siendo su tío.

A tales horas debía estar fumando su pipa en el café de Carabina, y allá fueron los dos hermanos.

Al pasar por cerca de la Casa deis bous miraron la barcaza-taberna, cada vez más negra y abandonada, y saludaron con un «¡Adiós, mare!» el rostro lustroso y de colgantes carrillos que, encuadrado por un pañuelo blanco semejante a toca monjil, asomaba por la boca de cueva abierta sobre el mostrador.

Algunas ovejas sucias y flacas rumiaban la hierbecilla de las marismas inmediatas a la población. Cantaban las ranas en los charcos, confundiendo su monótono rac-rac con la susurrante calma de la playa. Sobre las redes color de vino, festoneadas de corcho y tendidas en la arena, picoteaban los gallos, despidiendo reflejos metálicos de sus plumas irisadas por el sol.

A la orilla de la acequia del Gas, las mujeres, puestas de rodillas y moviendo sus inquietas posaderas, lavaban la ropa o fregaban los platos en un agua infecta que discurría sobre fango negruzco cargado de mortales emanaciones. Los calafates agitábanse mazo en mano en torno de un esqueleto de madera nueva, que parecía de lejos la osamenta de un monstruo prehistórico. Los cordeleros, arrolladas al busto las madejas de cáñamo, andaban de espaldas por la ribera de la acequia, formando entre sus agiles dedos un hilo que se prolongaba sujeto al torno incansable.

Llegaron al Cabañal, al barrio llamado de las Barracas, donde se albergaba la gente pobre sometida por su miseria a la servidumbre del mar.

Las calles aparecían tan rectas y regulares como desiguales eran los edificios. Las aceras de ladrillos rojos se escalonaban a capricho, según la altura de las puertas. A ambos lados del arroyo fangoso, negruzco, con profundas carrileras y charcos de la lluvia de semanas antes, una fila de olivos enanos golpeaba con sus empolvadas ramas a los transeúntes y veía unidos sus nudosos troncos por cuerdas en las que se secaban las ropas, ondeando como banderas bajo la fresca brisa del mar.

Las barracas blancas surgían entre casas modernas de pisos altos. Todas ellas estaban pintadas al barniz, lo mismo que barcos nuevos, con la fachada de dos colores, como si sus dueños no pudieran sustraerse en tierra al recuerdo de la línea de dotación. Sobre algunas puertas había adornos de talla semejantes a los mascarones de proa. En toda la edificación se notaba el recuerdo de la antigua vida marítima de los propietarios; una amalgama de colores y perfiles que daba a las casas el aspecto de buques en seco.

Ante algunas puertas, y subiendo hasta la altura del alero, estaban plantados fuertes mástiles con garrucha, como signo de que allí vivía algún dueño de pareja del bou. En lo alto del mástil se secaban los artefactos de pesca más delicados, ondeando con la majestad de un pabellón consular. El Retor miraba estos palitroques con cierta envidia. ¿Cuándo querría el Santo Cristo del Grao que él le pudiese plantar a su Dolores un palo así frente a la puerta?…

Pasaron la acequia del Gas, entrando en el Cabañal, donde veranea la gente de Valencia. Las alquerías bajas, de panzudas rejas verdes, estaban cerradas y

silenciosas. Las anchas aceras repercutían los pasos con la sonoridad de una población abandonada. Copudos plátanos languidecían en la soledad, como si echasen de menos las alegres noches del estío con sus risas, sus correteos y su incesante sonar de alegres pianos. Sólo se veía de vez en cuando algún vecino del pueblo que, con la gorra puntiaguda, las manos en los bolsillos y la pipa en la boca, marchaba perezosamente hacia los cafés, únicos lugares que conservaban animación y vida en el invierno.

El de Carabina estaba lleno. Bajo el toldo de la puerta veíase una aglomeración de chaquetas azules, rostros bronceados y gorras de seda negra. Chocaban con sordo tableteo las fichas de dominó, y a pesar del aire libre, percibíase un fuerte olor de ginebra y tabaco picante.

Bien conocía Tonet este sitio, donde había triunfado como hombre generoso en la primera época de su matrimonio. Allí estaba el tío Mariano, solo en su mesa, aguardando sin duda la llegada del alcalde y otros de su clase. Mientras fumaba su pipa, escuchaba con desdeñosa superioridad al *tío Góri*, viejo carpintero de ribera que durante veinte años iba al café todas las tardes a deletrear el periódico desde el título a la plana de anuncios, comentando especialmente la sesiones de las Cortes ante unos cuantos pescadores que en días de holganza le oían hasta el anochecer.

—«Se abre… la sisión. El siñor Sagasta pide la palabra.»

Y se interrumpía para decir al que estaba más cerca:

—¡Ojo! ¡Este Sagasta es un pillo!

Y sin más aclaraciones, afirmándose las gafas volvía a deletrear por debajo de su canoso y chamuscado bigote:

—«Siñores: Contestando a lo que ayer dijo…»

Pero antes de llegar a quién era el que «dijo», dejaba el periódico para mirar con superioridad a su embobado auditorio, afirmando con energía:

—¡Este es un embustero!

El Retor, que había pasado tardes enteras admirando la sabiduría de aquel hombre, no se fijó ahora en él, atento únicamente para su tío. Este se dignó quitarse la pipa de los labios para saludarles con un *hola, chiquets*!, permitiéndoles sentarse en las sillas que reservaba a sus ilustres amigos.

Tonet volvió la espalda para mirar a los jugadores de la mesa inmediata, que manejaban con entusiasmo los pedazos de hueso con puntos negros. Luego sondeó con sus ojos el interior del café, lleno de humo, buscando detrás del mostrador, bajo los cromos marítimos, a la hija de Carabina, aliciente principal

del establecimiento.

El señor Mariano (a) el Callao—aunque todos se guardaban de darle en su presencia tal apodo—estaba ya cerca de los sesenta, a pesar de lo cual se mantenía fuerte y bien plantado. Tenía la tez cobriza, las córneas de color de tabaco, el mostacho gris, erizado como el de un gato, y en toda su persona el aire de petulancia del necio que ha hecho cuatro cuartos.

Llamábanle el Callao porque hablaba cada día una docena de veces de aquella jornada gloriosa, a la que había asistido siendo joven como marinero de primera a bordo de la Numancia. Mentaba a cada paso al almirante Méndez Núñez, llamándole simplemente don Casto, como si hubiese sido gran amigote del héroe, y los oyentes se entusiasmaban cuando se dignaba relatar lo ocurrido en el Pacífico, imitando el estrépito de las andanadas del glorioso navío: ¡Bum! ¡Brurrrum!

Fuera de esto, era un pájaro de cuenta. Había hecho el contrabando en la época feliz que todos eran ciegos, desde la Comandancia al último carabinero de la costa, y todavía, si se presentaba ocasión, entraba a la parte en algún alijo. Su principal industria era realizar obras de caridad, prestando a los pescadores y a sus mujeres al veinte por ciento mensual, lo que le valía la adhesión forzosa de un rebaño miserable que, después de sufrir tal despojo, hacía cuanto él le mandaba en las luchas políticas del pueblo.

Sus sobrinos le veían con admiración tratarse de tú con todos los alcaldes, y hasta algunas veces, vestido con su mejor ropa, ir a Valencia en comisión de prohombres para hablar con el gobernador.

Avaro y cruel, sabía dar a tiempo una peseta, y era admirado o temido por todos los pescadores. Sus sobrinos, que no le debían otra cosa que la vaga esperanza de heredar algo de él cuando muriese, teníanlo por el hombre más respetable y bondadoso de toda la población. Muy contadas veces habían entrado en su hermosa casa de la calle de la Reina, donde vivía sin otra sociedad que la de una criada madura, de buenas carnes, que le tuteaba y se permitía, al decir de la gente, una intimidad tan peligrosa como era saber dónde guardaba encerrado su «gato» el señor Mariano.

Escuchó éste a su sobrino con los ojos entornados y el entrecejo unido. «¡Hombre… hombre!» No era malo el negocio. Así le gustaba a él la gente, trabajadora y atrevida.

Y aprovechando la ocasión para halagar su propia vanidad de ignorante enriquecido, empezó a hablar de su juventud, cuando acababa de volver del

servicio del rey sin un cuarto. Queriendo librarse de ser pescador como sus abuelos, habíase lanzado camino de Gibraltar y de Argel para favorecer al comercio y que las gentes no fumasen la porquería que venden en los estancos.

Gracias a sus agallas y a Dios, que no le abandonaba nunca, tenía con qué pasar bien su vejez. Pero aquellos tiempos eran otros, la gente iba recta a su negocio; mientras que ahora los guardacostas estaban mandados por oficialetes recién salidos de la escuadra de instrucción, con muchos humos y un palmo de orejas para escuchar las delaciones de los «moscas», y no había quien tendiese la mano para recibir una docena de onzas a cambio de ser ciego por una hora.

El mes anterior habían apresado cerca del cabo de Oropesa tres barcas que venían de Marsella con cargamento de telas. Era preciso ir con mucho cuidado; la gente estaba pervertida… abundaban los músicos de oreja… Pero ¿estaba el Retor decidido? Adelante, pues; no sería su tío quien le quitase la idea; tanto más cuanto que le gustaba ver cómo los de la familia se cansaban de ser unos piojosos y deseaban hacer carrera. Mejor le hubiese ido a su padre, el pobre Pascual, siguiendo en el negocio y no volviendo a pescar. ¿Qué necesitaba el Retor para este negocio? Podía hablar sin cuidado. Tenía en él a un padre dispuesto a ayudarlo. Si fuese negocio de pesca, ni un céntimo: le repugnaba este excomulgado oficio, en el que los hombres se matan para malcomer; pero siendo para lo otro, todo lo que quisiera. No podía remediarlo: «le tiraba» la afición al fardo prohibido.

Y como el Retor expusiera tímidamente sus pretensiones, balbuceando, como si creyese pedir demasiado, el tío le interrumpió.

Ya que tenía barca disponible, lo demás corría de su cuenta. Escribiría a sus amigos del entrecot de Argel, le darían un buen cargamento poniéndolo a su cuenta, y si era listo y llegaba a echarlo a tierra, le ayudaría a venderlo.

—Grasies, tío—murmuraba el Retor, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Qué bo es vosté…!

No; él no era bueno, pero para algo estaba en la familia. Además, se acordaba mucho del pobre tío Pascual. ¡Lástima de hombre! ¡Un marinero de tantas agallas!… ¡Ah! y a propósito. De las ganancias del alijo le daría el treinta por ciento, y lo demás para él. La familia es… la familia, y los negocios… son los negocios. Y el Retor, todavía conmovido, aprobó esta elocuencia convincente con sendas cabezadas.

Quedaron en silencio. Tonet seguía de espaldas, mirando a los jugadores, indiferente para aquella conversación que sostenían los dos hombres con la vista

fija y sin menear apenas los labios.

¿Cuándo iba a ser el viaje? ¿En seguida? Lo preguntaba el tío para escribir a los del enrepót.

Pero el Retor no podía partir hasta el sabado de Gloria. Bien deseaba él que fuese antes, pero la obligación es lo primero, y el viernes tenía que salir con su hermano en la procesión del Encuentro, al frente de la colla de los judíos. No así se abandona un puesto que venía ocupando la familia hacía no sé cuántos años, con gran envidia de muchas gentes. El traje de sayón era de su padre.

Y el tío Mariano, a quien se tenía en el pueblo por incrédulo, porque jamos daba a ganar al cura una peseta, movió la cabeza gravemente. Hacía bien su sobrino: para todo hay tiempo.

El Retor y su hermano se pusieron de pie al ver aproximarse a los amigos del tío. Quedaban en que él les ayudaría. Ya se avistaría de nuevo con su sobrino para ultimar el asunto. ¿Quería tomar algo?… ¿No habían comido aún?

—Bueno; pues a diñar y hasta la vista, chiquets.

Los dos hermanos se alejaron con paso lento por la desierta acera, volviendo al barrio de las Barracas.

—¿*Qué t ha dit el tío*?—preguntó Tonet con indiferencia.

Pero al ver que su hermano movía la cabeza afirmativamente, se alegró. ¿De modo que el viaje era cosa hecha? ¡Muy bien! A ver si su hermano se hacía rico y a él le alcanzaba algo.

El bondadoso Retor se conmovió ante los buenos deseos de su hermano. Alegre por la conferencia con el tío, sentía además deseos de abrazar a Tonet.

Aquel diablo de muchacho era de un excelente corazón. Había que reconocer que le quería mucho a él, y también a su Dolores y a Pascualet.

Lástima que sus dos mujeres se llevasen tan mal, llegando a dar en la Pescadería aquel escándalo, del cual sólo vagas noticias habían llegado hasta él.

Capítulo V

TRONABA en las calles del Cabañal, a pesar de que el día había amanecido sereno.

La gente echábase de la cama, aturdida por este ruido sordo e incesante, igual al tableteo de lejanos truenos. Las vecinas, desgreñadas, con los ojos turbios y ligeros de ropas, salían a las puertas para ver con la azulenca luz del alba cómo pasaban los fieros judíos, autores de tanto estrépito, golpeando los parches de sus destemplados y fúnebres atabales.

Los más grotescos figurones asomaban en las esquinas, como si, barajándose el almanaque. Carnaval hubiese caído en Viernes Santo.

La juventud del pueblo echábase a la calle disfrazada con los extraños trajes de una mascarada tradicional, que no otra cosa resultaba la procesión del Encuentro.

Pasaban a lo lejos, como pelotón de negras cucarachas, los encapuchados, las vestas, con la aguda y enorme caperuza de astrólogo o juez inquisitorial, el antifaz de paño arrollado sobre la frente, una larga varilla de ébano en la mano, y arrollada sobre el brazo la larga cola del fúnebre ropón. Algunos, como suprema coquetería, lleva- van enaguas de blancura deslumbrante, rizadas y encañonadas, y asomando por bajo de ellas los recogidos pantalones y las botas con elásticos, dentro de las cuales el pie enorme, acostumbrado a ensancharse con libertad sobre la arena, sufría indecibles angustias.

Venían después los judíos, fieros mamarrachos que parecían arrancados de un escenario humilde donde se representasen dramas de la Edad Media con ropería pobre y convencional. Era su indumentaria la que el vulgo conoce con el nombre vago y acomodaticio de «traje de guerrero»; tonelete cuajado de

lentejuelas, bordados y franjas, como la túnica de un piel roja; casco rematado por un escandaloso penacho de rabos de gallo, y los miembros ceñidos por un tejido grueso de algodón que modestamente imitaba la malla de acero. Como un colmo de la caricatura y el despropósito, entre las fúnebres vestas y los imponentes judíos pasaban los «granaderos de la Virgen», buenos mozos con enormes mitras semejantes a las gorras de los soldados de Federico el Grande y un uniforme negro adornado con galones de plata que parecían despegados de algún ataúd.

Era caso de reir ante tan extrañas cataduras; pero ¡a ver quién era el guapo que se atrevía a ello, arrostrando el fervor profesional de aquellos rostros atezados y graves!… Además, no puede uno reírse impunemente de los cuerpos armados; y judíos y granaderos, para la custodia de Jesús crucificado o de su santa madre, llevaban desenvainadas todas las armas blancas conocidas desde la edad primitiva hasta el presente: empezando por el enorme sable de caballería, para terminar en el espadín de músico mayor.

Corrían tras ellos los muchachos, embobados por los vistosos uniformes. Madres, hermanas y amigas admirábanles desde las puertas, lanzando un ***¡Reina y siñora, qué guapos van!*** Y esta mascarada piadosa servía para recordar a la humanidad olvidadiza y pecaminosa que antes de una hora Jesús y su madre iban a encontrarse en mitad de la calle de San Antonio, casi a la puerta de la taberna del tío Chulla.

Según avanzaba el día y la luz lívida del amanecer tomaba los tintes rosados y calientes de la mañana, aumentaba en las calles el ronquido estrepitoso de los tambores, el chillido de las cornetas y las marciales marchas de las músicas, como si un ejército invadiese el Cabañal.

Las *collas* se habían reunido, y en filas de a cuatro marchaban sus guerreros, tiesos, solemnes y admirados como vencedores. Iban a la casa de su respectivo capitán para recoger la bandera que ondeaba en el tejado, fúnebres estandartes de terciopelo negro ostentando bordados los horripilantes atributos de la Pasión.

El Retor era por herencia capitán de los judíos, y siendo todavía de noche saltó de su cama para embutirse en el hermoso traje guardado en un arcón durante el resto del año y apreciado por toda la familia como el tesoro de la casa.

¡Válgale Dios, y qué angustias pasaba el pobre Retor, cada año más rechoncho y fornido, para introducirse en la apretada malla de algodón!

Su mujer, en ropas menores, al aire la exuberante pechuga, lo zarandeaba, tirando de un lado, apretando por otro, para ajustar dentro del mallón las cortas

piernas y el vientre de su Retor, mientras Pascualet, sentado en la cama, miraba con asombro a su padre, como si no le reconociera con aquel casco de indio bravo erizado de plumajes y el terrible sable de caballería, que al menor movimiento chocaba contra los muebles y rincones, produciendo un estrépito de mil diablos.

Por fin terminó el penoso tocado. Algo mal estaba, pero ya era hora de terminar. Las ropas interiores, arrolladas por la opresión de la malla, se habían apelotonado, y las piernas del judío parecían plagadas de tumores. Apretábale el vientre el maldito calzón, hasta hacerle palidecer; la celada, por exceso de engrase, le caía sobre el rostro, lastimándole la nariz; pero ¡la dignidad ante todo! Y tirando del sablote é imitando con voz sonora el redoble del tambor, púsose a dar majestuosas zancadas por la habitación, como si su hijo fuese un príncipe a quien hacía guardia.

Dolores lo miró con sus ojos verdes y misteriosos ir de un lado a otro como un oso enjaulado. Tentabanla a la risa las piernas tortuosas; pero no: mejor estaba vestido así que cuando volvía a casa por la noche con su traje alquitranado y un aire de bestia abrumada por el cansancio.

Ya llegaban: oíase a lo lejos la música de los judíos que venían por su estandarte.

Dolores se vistió apresuradamente, mientras el capitán salía a la frontera de sus dominios a recibir a su ejército.

Sonaban acompasados los tambores ante la puerta, y el vistoso escuadrón agitó los pies, el tronco y la cabeza con rítmico contoneo, sin moverse del sitio, mientras Tonet y dos guerreros más, con imperturbable gravedad, subían al balcón para recoger el estandarte.

Dolores vio a su cuñado en la escalera, y fue en ella instantáneo, fulminante, el deseo de comparación. Parecía todo un militar, un general… algo que se separaba de la rudeza grotesca de los otros. No; Tonet no tenía las piernas tortuosas y tumefactas, sino esbeltas, ajustadas, elegantes, como aquellos señores tan simpáticos llamados don Juan Tenorio, el rey don Pedro o Enrique Lagardere, que tanto la habían conmovido recitando quintillas o dando estocadas sobre el escenario del Teatro de la Marina.

Ya iban todas las collas camino de la iglesia, con la música al frente, ondeante la negra bandera y ofreciendo desde lejos el aspecto de un tropel de brillantes insectos arrastrándose con incesante contoneo.

Empezó la ceremonia del encuentro. Marchaban por distintas calles dos

procesiones: en la una la Virgen, dolorosa y afligida, escoltada por su guardia de sepulcrales granaderos; en la otra Jesús, desmelenado y sudoroso, con la túnica morada hueca y cargada de oro, abrumado bajo el peso de la cruz, caído sobre unos peñascos de corcho pintado que cubrían la peana, sudando sangre por todos los poros. Y en torno de él, para que no escapase, los inhumanos judíos, que, para mayor «carácter», ponían un gesto feroz, y las vestas, con el capuchón calado y la cola arrastrando sobre los charcos, tan tétricas, tan sombrías, que los chicuelos rompían a llorar, refugiándose en los zagalejos de sus madres.

Los sordos parches seguían tronando, las trompetas lanzaban sonidos desgarradores, lamentos prolongados de ternerillo en el matadero; y en medio de esta chusma armada y feroz, iban pasando niñas talladitas con los carrillos cargados de colorete, vestidas de odaliscas de

Ópera cómica, con un cantarillo bajo el brazo para demostrar que eran la bíblica Samaritana, llevando en las orejas y la garganta el brillante aderezo tomado a préstamo por sus madres y completamente descubiertas las robustas pantorrillas con polonesas y medias rayadas.

Pero estos pequeños detalles no abrían paso a la impiedad.

—¡Siñor!… ¡Ay, Siñor, Deu meu!—murmuraban con acento plañidero las viejas pescaderas contemplando al ensangrentado Jesús en poder de la pillería excomulgada.

Entre los espectadores veíanse caras pálidas y ojerosas, bocas sonrientes, gente alegre que, después de una noche tormentosa, había venido de Valencia para reir un poco. Y cuando se burlaban demasiado fuerte de los grotescos figurones, no faltaba algún soldado de Pilatos que agitaba el espadón amenazante, rugiendo con indignación:

—¡Morrals!… ¡Morrals! ¿Veniu a burlarse?

¡A burlarse de una fiesta tan antigua como el mismo Cabañal!… ¡Señor! De Valencia habían de ser, para atreverse a tanto.

La gente se agolpaba en el lugar del encuentro: una encrucijada de la calle de San Antonio, frente a los azulejos que marcaban con extrañas figuras las estaciones del Calvario. Allí se empujaban, para colocarse en primera fila, las inquietas pescaderas, rudas, agresivas, envueltas en sus mantones de cuadros y con el pañuelo sobre los ojos.

Rosario estaba en un grupo de viejas, haciendo esfuerzos con rodillas y codos para mantenerse en primera fila sobre la acera y cómodamente ver la procesión.

La pobre hablaba de su Tonet con entusiasmo. ¿Le habían visto?… Judío tan bien portado no se encontraba en todo el Cabañal. Y a la infeliz, al hablar con tanto entusiasmo de su marido, todavía le escocían las bofetadas con que el brutal Tonet había acompañado al amanecer la empresa de su acicalamiento.

Sintió sobre su pecho el rudo encontrón de un cuerpo macizo y poderoso que se colocaba ante ella, empujándola para adquirir más lugar. Miró, y ¡habrá mayor atrevimiento!… Era Dolores, su cuñada, con Pascualet de una mano, que se ahogaba en esta aglomeración. La buena moza tenía el aire regio de siempre y avanzaba desdeñoso el labio inferior al mirar a las demás. ¡Ah, gran «arrastrada»!… ¡Y cómo la respetaban y mimaban todos a pesar de su orgullo!

Las dos cuñadas, con gran desesperación de la *tía Picores*, continuaban mirándose hostilmente. Su reconciliación en la horchatería del Mercado sólo había sido una tregua, y como memoria de tantas promesas de amistad, se saludaban fríamente, pero con una expresión en los ojos que hacía presentir nuevas explosiones

Rosario, aturdida por el ímpetu del cuerpo robusto que la había empujado, se limitó a contestar a la mirada de Dolores con un gesto de desprecio. «¡La muy desvergonzada! ¡Venir con tanto aire a echar a las gentes del sitio en que estaban! ¡Qué humos!… ¡Dejad paso a la reina! Bien se sabía quién era cada una. Las personas sin educación se dan a conocer al momento.»

Y la mujercilla débil y pálida iba coloreándose, como si la embriagasen sus propias palabras. Reían sus amigas, guiñando los ojos para animarla, y empezó a ladearse sobre su carnoso cuello la soberbia cabeza de Dolores con la expresión de una leona que oye zumbar un moscardón a sus espaldas. Pero en esto el cortejo religioso desembocó en la calle por una travesía inmediata, y una ondulación de curiosidad agitó a la muchedumbre.

Avanzaban en opuesta dirección las dos procesiones, moderando su paso, deteniéndose, calculando la distancia para llegar con exacta precisión al lugar del encuentro.

La morada túnica de Jesús centelleaba bajo los primeros rayos del sol por encima del bosque de plumajes, cascos y espadones en alto, que erizaba la luz matinal de deslumbrantes reflejos. Por otro lado avanzaba la Virgen, contoneándose al compás del paso de sus portadores, vestida de terciopelo negro y cubierto con una gasa fúnebre, al través de la cual brillaban sobre su rostro de cera las lágrimas. Para ellas llevaba sin duda en las inmóviles manos un pañuelo rizado y encañonado.

Ella era la que atraía la atención de las mujeres. Muchas lloraban. «*¡Ay, reina y soberana!*» Aquel encuentro partía el alma. ¡Ver una madre a su hijo en tal estado! Era lo mismo—aunque la comparación resultase mala—que si ellas encontraran a sus chicos, tan buenos y honradotes, camino del presidio.

Y las pescaderas continuaban gimoteando ante la madre dolorosa, lo que no les impedía fijarse en si llevaba algún adorno más que el año anterior.

Llegó el instante del encuentro. Cesaron los tambores sus destemplados redobles; apagaron las trompetas sus lamentables alaridos; callaron las fúnebres músicas; quedáronse las dos imágenes inmóviles, frente a frente, y sonó una voz quejumbrosa cantando con monótono ritmo varias cancioncillas en las que se describía lo conmovedor del encuentro.

La gente oía embobada al *tío Grancha*, un viejo *velluter* [3] que todos los años venía de Valencia a cantar por entusiasmo piadoso en esta fiesta. ¡Qué voz! Sus quejidos partían el corazón; y cuando los bebedores de la inmediata taberna de Chulla reían demasiado fuerte, estallaba una protesta general en la silenciosa muchedumbre y los devotos clamaban indignados:

—jCalléu… recordóns!

Subieron y bajaron las imágenes, lo que equivalía para la gente a dolorosos y desesperados saludos que se dirigían la madre y el hijo; y mientras se verificaban estas ceremonias y cantaba sus coplas el tío Grancha, Dolores no quitaba los ojos de un judío esbelto y arrogante, que contrastaba con su capitán patizambo.

Podía estar de espaldas a Rosario, pero ésta la veía, o más bien, adivinaba dónde iban sus ojos. «Pero ¿han visto ustedes? Ni que se lo quisiera comer. ¡Qué desvergüenza! Y eso en presencia de su marido. ¡Qué sería cuando Tonet iba a su casa con excusa de jugar con el sobrino y la encontraba sola!»

Mientras las dos procesiones se unían, volviendo juntas a la iglesia, la celosa e inquieta mujercilla siguió rugiendo a media voz amenazas e insultos sobre aquellas espaldas rollizas, soberbio pedestal de una hermosa nuca erizada de pelos rubios.

Dolores se volvió dando una soberbia rabotada. «¿Pero era a ella a quien decía tantas cosas? ¿Cuándo iba a dejarla en paz? ¿No podría mirar donde le diese la gana?»

Y los puntitos de oro, con su brillo diabólico, parecían desprenderse de la pupila de hermoso verdemar.

«Sí; para ella iban todas sus palabras, para ella, perra rabiosa, que se comía los hombres con los ojos.»

Dolores rió con desprecio. «¡Gracias! Podía guardarse el suyo. Vaya una prenda. Ella tenía su hombre y no podía acabárselo. Eso era para otras, que estaban medio locas. «Piensa el ladrón que todos», etc… Ella únicamente se dedicaba a romperles los morros a las insultadoras.»

—¡Mare! ¡mare! —gritaba Pascualet, lloriqueante, agarrándose a las faldas de la soberbia moza.

Pero Dolores, palideciendo bajo su piel morena, se arqueaba ya para acometer, mientras las amigas de Rosario agarraban a ésta por los flacos y nerviosos brazos.

—¿Qué es asó? ¿Sempre lo matéix? [4] —bramó un vozarrón cascado.

Y la enorme mole de la tía Picores se interpuso entre ambas combatientes. Ella lo arreglaría todo. Sabía cómo era preciso manejar a aquellas locas.

—Tú, Dolores… a casa. Y tú, mala *llengua, que no t'oixca*.

Y a fuerza de empujones y amenazas, las hizo obedecer.

«¡Señor, qué gente! Hasta en Semana Santa, en el viernes, y durante la procesión del Encuentro, armaban escandalo las condenadas. ¡Señor mil veces! ¡Qué chicas las de ahora!…»

Y viendo la fiera vieja que todavía se insultaban desde lejos, las amenazó con sus manos de bruja hinchada, logrando al fin que se dejasen llevar por sus amigas.

El escandalo trascendió al poco rato por todo el Cabañal.

En la barraca de Tonet hubo gran alboroto. Este, antes de despojarse de su traje de judío, dio una paliza a su mujer para que se curara de celos.

El Retor habló también del suceso, mientras Dolores le sacaba del tormento de la malla a fuerza de tirones, devolviendo a sus carnes martirizadas una saludable expansión.

Su cuñada estaba loca: lo declaraba con lástima. Y aunque su hermano era un calavera y le dominaba el maldito aguardiente, no podía menos de compadecerlo viéndolo unido a una mujer intratable como un puerco espín.

Pero la familia es la familia. Porque Rosario fuese como era, no iba él a cerrarle las puertas a su hermano Tonet, y menos ahora, que si a él le ayudaba la suerte, tendría ocasión de hacerlo todo un hombre. Dolores, pálida aún por la reciente emoción, aprobaba sus palabras con movimientos de cabeza.

En fin, que tratándose poco o nada con aquella loca, todo quedaría arreglado.

Y ahora, ¡al negocio!…

Al día siguiente, cuando las campanas empezaban a voltear el toque de

Gloria, cuando sonaban cohetes y tiros en las calles y los muchachos aporreaban las puertas con garrotes, la Garbosa, aquella ruina del mar, aparejada como barca pescadora, extendía su gran vela latina, blanca, sólida y nueva, y se alejaba de la playa del Cabañal. Contoneábase pesadamente sobre las olas, como una belleza arruinada que oculta su vetustez, marchando en busca de su última conquista.

Capítulo VI

MUY entrada la noche, navegaba la Garbosa en aguas del cabo de San Antonio.

Coleaban en torno de la barca como peces de fuego los encendidos reflejos del faro, rotos y arrollados por la incesante movilidad de las aguas.

Destacábase el cabo con su gigantesca cortadura recta, trabajada y bruñida por las tempestades, y detrás, tierra adentro, erguíase en ascensión interminable el sombrío Mongó, como un borrón sobre la inmensidad azul.

El faro brillaba sobre la obscura masa como el inflamado ojo de un cíclope acechando a los navegantes.

Era flojo el viento de la costa, y la Garbosa había invertido todo el día en atravesar el golfo. Ahora encontraba ante su proa el mar libre: estaban en la entrada del verdadero camino de Argel.

El Retor, sentado en la popa junto a la caña del timón, miraba la obscura masa del cabo para orientarse, examinando al mismo tiempo un viejo compas de su tío, sobre cuyo empañado vidrio proyectábase la luz del único farolillo del barco.

Tonet, sentado junto a él, ayudábale con su experiencia. De todos los de a bordo, era el único que había estado en Argel.

El camino era fácil, recto como una carretera. Al llegar al cabo, ¡caña al Sudeste! y no había más que dejar a la Garbosa que siguiese su camino si el viento era favorable.

El Retor se agarró con ambas manos a la caña del timón y empezó a virar la barca, exhalando quejidos como un enfermo que muda de postura. El manso

oleaje que la había mecido hasta entonces por un lado empezó a acometerla por la proa, obligándola a dar lentos cabeceos, en los que hervía la espuma, brillando en la obscuridad. El faro se vio ahora por la popa, confundiéndose su inquieta faja rojiza con el rebullir de la estela.

«Ahora, ¡a dormir!»

Tonet se tendió al pie del mástil, con un rollo de cuerdas por almohada y cubierto con un pedazo de lona. Su hermano guardaría el timón hasta media noche, y luego le relevaría él hasta la madrugada.

Al poco rato era el Retor el único que permanecía despierto a bordo de la Garbosa. A pesar del rumor del oleaje, oía los ronquidos de la tripulación, dormida casi a sus pies.

El, que vivía siempre en el mar libre de cuidados y arrojaba las redes hasta en mal tiempo, no pudo evitar cierta inquietud al hallarse solo. Los temores de la propiedad empezaban a dominarle. El negocio por cuenta propia le infundía miedo. ¿Cómo saldría de esta aventura? ¿Resistirla la Garbosa si se les echaba encima el mal tiempo?… ¿Le pillarían al volver cargado hacia España?…

Con una atención de padre que cuenta las toses y pulsaciones del hijo enfermo, atendía a los crujidos dolorosos de la vieja Garbosa, como si los quejidos se los arrancase a él una torturante enfermedad. Luego miraba la vela, gigantesca sabana cóncava que, vista desde abajo, parecía tocar con su punta la bóveda del cielo, por cuyos innumerables agujeros escapábase parpadeante el resplandor de lo infinito.

Transcurrió la noche con tranquilidad, y el día amaneció entre nubecillas rojas, con el mismo calor que si hubiese llegado el verano.

Palpitaba la vela con aleteos de ave, hinchada apenas por las tibias ráfagas que cosquilleaban la superficie del mar, bruñida, inmóvil, azulada, como un espejo veneciano.

Habían perdido de vista la tierra. A babor, esfumados en el horizonte como vapores del amanecer, marcábanse vagamente dos manchas de color de rosa. Tonet las señaló a sus compañeros. Aquello era Ibiza.

La *Garbosa* avanzaba lentamente por la inmensidad circular, vasto anfiteatro de tranquilas aguas, en cuyos límites, como puntos indecisos, marcábanse las nubecillas de humo de algunas embarcaciones de vapor.

Tan lenta era la marcha de la barca, que apenas si su proa agitaba las aguas. La vela pendía muchas veces inmóvil del mástil, barriendo la cubierta con su orla.

Desde la cubierta de la Garbosa alcanzaba la vista las hondas profundidades del agua tranquila. Las nubes y la misma barca reflejábase en el fondo azulado con misterioso espejismo. Coleaban nerviosas y rápidas las bandas de pescados, brillantes como pedazos de estaño; jugueteaban como chicuelos traviesos los enormes delfines, sacando a flor de agua su grotesca jeta y el negro lomo matizado de polvo brillante; aleteaban los peces voladores, mariposas del mar, hundiéndose en el misterio de las aguas después de algunos instantes de vida atmosférica; y todos los seres extraños, de figuras fantásticas, de colores indefinibles, pintarrajeados unos como tigres, negros y fúnebres otros, gigantescos y fornidos, diminutos y nerviosos, de enormes bocas y cuerpo reducido o de pequeña cabeza é hinchado vientre, bullían y se agitaban en torno do la vieja barca, como si ésta fuese uno de aquellos esquifes mitológicos a los que daban escolta las divinidades del mar.

Tonet y los dos marineros aprovechaban la calma para echar sedales. El «gato» de la barca vigilaba a proa el fogón, donde burbujeaba la olla del mediodía, y el Retor, paseando por la estrecha popa y mirando al horizonte, se daba a todos los demonios ante la calma. La Garbosa, aunque no estaba inmóvil, parecía clavada siempre en el mismo sitio.

A lo lejos veíase un pailebote con las velas caídas, apresado por la calma, con la proa al Este, tal vez en busca de Malta o de Suez. Pasaban por la línea del horizonte con marcha veloz grandes vapores de ancha chimenea, hundidos por una excesiva carga hasta la línea de flotación: «trigueros» que venían del mar Negro e iban hacia el Estrecho, llevando en sus entrañas el oro vegetal de la Rusia del Sur.

El sol llegaba a su mayor altura. Brillaban las aguas, burbujeando bajo un resplandor de incendio; caldeábase la atmósfera como si hubiese llegado ya el verano, y en la cubierta de la Garbosa ardían las viejas tablas, crepitando con ruido de leña vieja.

La comida estaba a punto, y patrón y marineros sentáronse al pie del mástil, a la sombra de la vela, hundiendo todos su cuchara en el mismo plato.

Estaban despechugados, sudorosos, anonada- dos por la calma bochornosa. Rodaba sin cesar el porrón de mano en mano para refrescar las secas fauces, y algunos miraban con envidia las aves de mar que revoloteaban a ras del agua, como si temiesen cruzar la atmósfera caliginosa.

Al terminar la comida, los marineros entornaron los ojos y se movieron perezosamente, como si estuvieran borrachos, más de sol que de vino.

Iban a dormir en la «zorra» de aquel carro viejo, y uno tras otro se deslizaron en la cala de la barca, tumbándose sobre las maderas, que rezumaban y se quejaban al menor vaivén.

Pasó la tarde y la noche sin ningún incidente. Al amanecer refrescó el viento, y la Garbosa, como un caballo viejo de buena casta que siente la espuela, empezó a encabritarse, cabeceando sobre las olas.

Al mediodía marcáronse en el límite del mar algunas manchas de humo, y poco después, todos los tripulantes de la Garbosa vieron salir pausadamente por detrás de la verde faja del horizonte mástiles iguales a campanarios, con plataformas enormes; torres de fortaleza; castillos flotantes pintados de blanco: toda una ciudad cargada de miles de hombres que avanzaba envuelta en humo, trazando caprichosas evoluciones, formando una sola pieza ó disgregándose hasta ocupar todo el horizonte: rebaño de leviatanes que conmovía las aguas, agitándolas con sus ocultas aletas.

Era la escuadra francesa del Mediterráneo que navegaba haciendo evoluciones. Ya se aproximaban a Argel. Todos la contemplaron con asombro y temor. ¡Recostó, y qué cosas tan grandes hacen los hombres! El más pequeño de tales barcos, un cañonero blanco que empavesado de banderas y bolas negras iba por entre los grandes navíos haciendo señales como un cabo que vigila una formación, no necesitaba más que rozar la barca para convertirla en sémola. Y no se diga nada de las vigas negras y redondas que asomaban por las aberturas de las torres. ¿Adónde irían a parar ellos si a los tales animalotes se les ocurría estornudar?…

Los contrabandistas contemplaban la escuadra con la inquietud y el respeto del raterillo que viese desfilar un tercio de la Guardia civil.

Se alejaron los acorazados, borrándose al poco rato en el horizonte, sin dejar más rastro que algunas nubecillas flotantes, absorbidas por el inmenso azul.

A media tarde empezó a marcarse vagamente una sombra que parecía el lomo arqueado de un cetáceo. Ya tenían la tierra a la vista. Tonet recordaba aquello; era el centinela avanzado de la costa, el cabo de la Mala Dona. A babor estaba Argel.

La brisa refrescaba cada vez más; la vela, hinchada, describía una atrevida curva sobre el inclinado mástil; la proa se hundía y se levantaba saludando gentilmente el hervor del agua partida, que la cubría de espumarajos, y toda la Cariosa, crujiente y trepidante, avanzaba veloz, como esas bestias débiles que hacen un esfuerzo al presentir la cuadra y el descanso.

Caía la tarde, y en los flancos de la Mala Dona, esfumados por la distancia, se iban marcando nuevas tierras, montañas bajas con manchas blancas de caseríos. La barca navegaba cada vez más veloz, como si la atrajese la tierra, y ésta se iba alejando, como esos países de los cuentos de hadas que huyen según el viandante acelera su marcha.

Inclinábase la Garbosa al Sudeste, y al cerrar la noche dejó a estribor el cabo. Luego siguió de cerca la costa, saltando un pequeño oleaje que la hacía danzar alegremente.

Sobre el cielo de azul turquí destacábase la dentellada crestería de la costa. Venía de tierra un aliento cálido, semejante al de una habitación misteriosa cargada de extraño perfume. Surgía de la tierra la luna al principio de su creciente: una verdadera luna oriental, delgada, de cuernos encorvados, como la que figura en el estandarte del Profeta y corona la cúpula de los minaretes. Aquello era verdaderamente África.

Percibíase desde la Garbosa el choque del oleaje en los acantilados, las lucecillas de los pueblos ribereños, los gritos de los moros del campo. A lo lejos, en el término de la montañosa línea, donde el mar parecía precipitarse tierra adentro en caprichosas revueltas, brillaban algunos puntos rojos de vivo fulgor.

Allí estaba Argel. Aún navegaron tres horas más. Las luces se multiplicaban, como si por todas partes brotasen del suelo rosarios de luciérnagas. Clasificábanse diversamente por su brillo y su intensidad. Las había a centenares, en línea serpenteada, como si bordeasen un camino de la costa. Al fin, tras una orzada para doblar un pequeño promontorio, apareció la ciudad con todo su resplandor de puerto levantino.

A excepción de Tonet, todos en la barca se quedaron embobados contemplando el espectáculo. «¡Recristo! ¡Debía hacerse el viaje sólo por ver aquello! Podían ir al infierno el Grao y su puerto.»

Estaban en una gran bahía de aguas obscuras é inmóviles, en cuyo fondo abríase el puerto, con faroles verdes y rojos en su embocadura. Detrás vieron la ciudad, escalonándose colina arriba, blanca hasta en las sombras de la noche, moteada por millares de luces. ¡Vaya un derroche de gas! En las aguas del puerto culebreaban las líneas rojas, como si en el fondo se divirtiesen los peces disparando cohetes voladores. Brillaban las linternas rojas en el bosque de mástiles, unos escuetos, con la sobriedad de la marina mercante, otros con cofas y ametralladoras. Sobre los baluartes, en la ciudad baja, puramente europea, destacábanse con resplandor de incendio las fachadas de los cafés cantantes, las grandes tiendas, las avenidas atravesadas por negro hormigueo y veloces

carruajillos con toldos de lienzo blanco.

Llegaban hasta la barca, plegados y revueltos por la brisa de la noche, los ecos de las musiquillas de los cafés, el toque de retreta de los cuarteles, el rumor del gentío en las calles, los gritos de los boteros árabes que atravesaban el puerto: toda la agitada respiración de una ciudad comercial y exótica que, después de cometer durante el día las mayores felonías por conquistar el franco, se entrega al placer al llegar la noche con sus apetitos excitados.

El Retor, repuesto de su sorpresa, pensaba en el negocio. Recordó las instrucciones de su tío; y mientras la tripulación recogía la vela para quedarse al pairo, él prendió fuego a un calabrote embreado y agitó la rojiza antorcha sobre su cabeza, ocultándola por tres veces tras una lona que sostenía el «gato» de la barca.

Esto lo repitió un sinnúmero de veces, mirando fijamente la parte más obscura de la costa. Tonet y los otros tripulantes seguían con curiosidad estas señales. Al fin vióse brillar en tierra una luz roja. Los del entrecot contestaban; no tardaría en llegar el cargamento.

El Retor explicó a los suyos las ventajas de este sistema. No convenía cargar dentro del puerto. El tío Mariano sabía por experiencia que allí había muchos «moscas» prontos a telegrafiar a España el nombre y la matrícula de la barca para ganarse una parte de la presa. Lo mejor era recibir la carga fuera del puerto, en la sombra de la noche; luego, al amanecer, hacerse a la vela, antes de que nadie se enterase, llegar a la costa de Valencia sin avisos de ningún género, y ¡adivina quién te dio!

El bondadoso pescador reía de su propia malicia, aunque admirando interiormente al experto tío, que le había dado tan buenos consejos.

Mientras el patrón esperaba la llegada de la carga mirando el punto de la sombría costa donde había brillado la luz, Tonet y los marineros, sentados en la proa con las piernas colgando sobre el mar, contemplaban codiciosos la iluminada ciudad.

Bien se acordaba el marido de Rosario de los días pasados allí, y relataba a sus embobados compañeros las alegres correrías por Argel. Les designaba las fachadas con grandes rótulos de gas, por cuyas ventanas ardientes escapábase una música chillona y confuso rumor de avispero. Eran los cafés cantantes. ¡Camaradas, cuanto puede divertirse en ellos un hombre! Y el «gato» de la barca, estirando su desgarrada boca de oreja a oreja, brillándole los ojuelos viciosos, creía ver a las cantatrices casi desnudas y con enorme sombrero de

gasa, que graznaban sobre el tablado, moviendo a compas las caderas y el vientre.

Aquella calle recta tendida sobre el muelle, toda de arcos y con una luz en cada hueco, como la interminable nave de una iglesia, era el bulevar de la República. Allí estaban los grandes cafés, donde iban los señores oficiales a tomar la absenta, teniendo por vecinos de mesa ricos motores de enorme turbante y negociantes judíos de túnica de seda, sucia y vistosa. Detrás estaban otras calles, también con arcos y hermosas tiendas; la plaza del Caballo, con la mezquita principal: un gran caserón blanco que llaman la Gran Mezquita, donde entraban los moros descalzos y recién lavados a hacerle cortesías al zancarrón de Mahoma, mientras arriba, en lo último de una torrecilla que podía verse desde la barca, un tío con turbante pateaba y gritaba a ciertas horas como si estuviera loco. Por todas las calles iban madamas muy bien vestidas, que olían a gloria, andando como patitos y diciendo *mersi* a cada chicoleo; soldados con gorro de datilero y unos pantalonazos dentro de los cuales cabía su familia entera; gente de todos los países, lo mejorcito de cada casa, que se había ido allí huyendo del rey, y a cada dos puertas una cantina con sus mesas en la acera, donde servían la absenta a vasos.

Tonet lo había visto todo, describiéndolo a los suyos con manoteos y guiños, subrayando muchas veces las palabras con ademanes que hacían prorrumpir al grumete en escandalosas carcajadas.

¿Y la ciudad alta, donde vivían los moros? ¡Redéu! Aquello sí que era notable. ¿Se acordaban de un callejón junto al mercado del Grao, en el que se tocan con ambos codos las paredes? Pues era una carretera, comparado con las gargantas de lobo que cruzan la parte alta de Argel, siempre cuesta arriba, cubiertas por los aleros y con un arroyo de inmundicia bajando por los escalones del empedrado.

Había que tomar fuerza en todos los cafetines del tránsito para subir estas calles y taparse las narices ante las tiendas, miserables tabucos en cuyo umbral fuman en cuclillas los morazos, diciéndose Dios sabe qué cosas en su jerga de perros.

Allí se podía vivir como un hombre, y con poco se sacaba la panza de mal año. El que tuviese buen estómago y no le importara ver comer el alcuzcuz con las manos después de acariciarse con ellas los dedos de los pies, podía zamparse por unos céntimos un plato bien colmado del tal manjar, un par de huevos .pintados de rojo, como los de Pascua, y tomar café en una tacita como un cascarón, tendido sobre la tarima de cualquier cafetín moruno, y hasta

adormecerse arrulado por los sones de una flauta y dos panderos.

Había también sus cosas buenas. Moritas caritativas, del dominio común, llamaban desde sus puertas con la cara pintarrajeada, las uñas teñidas de azul y el pecho moteado por extravagantes dibujos; negrotas de los establecimientos de baños sonreían como perros, ofreciendo frotaros con sus manazas; y otras, ¡Rediel!… otras que eran las señoras, llevaban la cara tapada de tal modo, que sólo se las veía la nariz y un ojo, bamboleándose al andar sus anchos calzones y enseñando por debajo del manto la chaquetilla de oro, los brazos como un mostrador de platería, y sobre el abultado pecho infinitos rosarios de moneditas y medias lunas.

¡Y qué ojos, chiquillos! ¡qué curvas!… Aún se acordaba él de una negrota rica con la que tropezó en un callejón de allá arriba. Como él era así… no pudo remediarlo: la pellizcó por la espalda en los zaragüelles, que parecían hinchados de tanta carne y estaban duros como la piedra. La negra chilló lo mismo que una rata, cayeron sobre él tíos y más tíos, todos feos y con enormes trancas. Pero él y sus dos amigotes tiraron de sus facas marineras, y aquello se acabó cuando subieron los zuavos y se los llevaron al *violon*, de donde los sacó el cónsul luego de dos días de encierro.

Los marineros le escuchaban ansiosos, admirando su superioridad, y reían comentando el lance de la negra. Tonet murmuraba, mirándose los pies con una expresión de hombre cansado:

—¡Ay!… Entonses tenía yo més humor.

El patrón dio un grito desde la popa. Alguien venía de tierra. Una luz roja se iba agrandando por momentos. Oíase un sordo chapoteo, como si nadase un perrazo con dirección a la barca.

Era el vaporcito del *entrepot*. Saltó a la cubierta de la Garbosa un buen mozo con bigote rubio y gorra azul, y en el idioma híbrido de los puertos africanos, mezcla de italiano, francés, griego y catalán, dio cuenta al Retor de su comisión.

Habían recibido a tiempo el aviso de *mosiú* Mariano, de Valencia. Les esperaban desde la noche anterior; habían visto la señal, y allí estaba el cargamento para transbordarlo cuanto antes, pues aunque las autoridades francesas hacían la vista gorda, convenía en tales negocios despachar pronto.

—¡A la faena!—gritó el Retor a su gente—. ¡*Cárrega* a bordo!

Y desde el vaporcito, cuya chimenea apenas si asomaba un palmo sobre el montón de la carga, empezaron a pasar a la barca los gruesos fardos envueltos en lona embreada é impregnados de picante olor.

Las dos embarcaciones estaban amarradas una a otra, y el transbordo de la carga se hizo con facilidad. La abierta escotilla engullíase los fardos, y la Garbosa, según avanzaba la operación, iba hundiéndose, lanzando un sordo quejido, como una bestia paciente que se lamenta de su excesiva carga.

El mocetón rubio del vaporcito examinaba con un asombro creciente la barca. ¿Pero era posible que aquel ataúd resistiese tanto? Y el Retor contestaba, golpeándose el pecho para darse a sí mismo una convicción que empezaba a faltarle: «Toda; ni un fardo menos. Y su cuenta, si le ayudaba Dios y el Santo Cristo del Grao, era tirar aquellos bultos de allí a dos noches en la playa del Cabañal.»

La cala estaba atestada y los fardos se apilaron sobre la vieja cubierta, colocándose en la borda palitroques y cuerdas para contenerlos y que no cayesen al mar.

—*Buona sorte, patrón* —chupurreó el rubio, quitándose su gorrilla y estrechando con fuerza la mano del Retor.

Se alejó el vaporcito; la Garbosa extendió su vela, y empezó a correrse hacia la izquierda la ciudad, con su iluminación cada vez menos brillante.

Al Retor se le encogió el corazón viendo marchar su barca. ¡Ay! ¡que Dios se acordase de ellos y no les enviara un poco de mal tiempo! Aun con buena mar, la barca navegaba milagrosamente, hundida casi hasta la borda, cabeceando torpemente y elevandose con tal lentitud sobre las olas, que éstas, a pesar de ser flojas, le entraban por la proa como si estuviera corriendo un temporal.

Tonet, ajeno a los cuidados que inspira la propiedad, se reía de la barca, que, según él, parecía un torpedero navegando con la cubierta a flor de agua.

Cuando amaneció, el cabo de la 3íala Dona veíase por la popa como una vaga silueta, y al poco rato la barca estaba en alta mar.

La carga, hecha con tanta rapidez frente a Argel y en la sombra de la noche, la recordaba el Retor como si fuese un sueño, ahora que se veía de nuevo en medio del Mediterráneo, sin tierras a la vista. Mas para evitar toda duda, allí estaban los fardos, durmiendo sobre ellos la tripulación, fatigada por la faena de la carga, y como testimonio decisivo la pobre Garbosa, que navegaba torpemente como una tortuga.

Lo único que tranquilizaba al Retor era el tiempo. Viento favorable y mar bella. Aun así, le vendría justo a la barca el llegar a Valencia. Ahora comprendía el patrón su temeridad al acometer el negocio con tal zapato. Y a pesar de que no conocía verdaderamente el miedo, pensó algunas veces en su padre, aquel

valiente que se burlaba del mar como de un amigo manso, lo que no impidió que lo recogiesen en la playa deshecho y corrompido, como un salivazo de las olas.

La barca navegó sin novedad hasta el amanecer del día siguiente. El cielo estaba encapotado. Un largo estremecimiento agitaba la superficie del agua. El cabo de San Antonio se mostró envuelto en brumas, así como el Mongó, cuya cumbre aparecía suspendida en el espacio, con la base cortada por dos fajas de nubes.

La Garbosa, inclinada sobre babor de un modo alarmante y con la ventruda vela rozando casi las aguas, avanzaba rápidamente.

El cariz alarmante del tiempo inquietaba al patrón, que debía aguantar hasta la noche para hacer su alijo.

De pronto púsose de pie y abandonó la caña del timón. Se había fijado en una vela que se destacaba sobre el fondo gris del cabo… ¡Futro! No se equivocaba; bien conocía esta embarcación. Era una escampavía de Valencia que estaba al acecho costeando frente al cabo. Algún «mosca» había hecho de las suyas en el Cabañal, diciendo que la Garbosa había salido a algo más que a pescar.

Tonet también adivinó la clase de la embarcación, y miraba a su hermano con inquietud.

Aún era tiempo: ¡a tomar mar! Y la Garbosa, inclinando un poco su proa, se alejó del cabo, huyendo hacia el Nordeste. El viento la favorecía en esta maniobra, y navegaba con gran rapidez, hundiendo muchas veces bajo las olas su abrumado casco.

La escampavía al poco rato imitaba la maniobra, dándola caza. Aquella barca era mejor y más ligera, pero la distancia entre las dos resultaba considerable, y el Retor pensaba huir, huir siempre, aunque fuese a dar en el mismísimo puerto de Marsella, si antes no se tragaban las aguas a la guitarra vieja con todo su cargamento.

La cosa duró hasta mediodía, cuando estaban indudablemente a la altura de Valencia. Pero allí la escampavía cesó su persecución, dirigiéndose a tierra.

El Retor adivinó la razón de esta maniobra. El tiempo no era seguro, y la escampavía prefería esperarle costeando, con el convencimiento de que más pronto o más tarde iría la *Garbosa* hacia tierra para echar sus fardos.

Ya que le concedían tal respiro, ¡muchas gracias! Ahora a buscar un refugio, hijos míos, que el tiempo no estaba para mantenerse en alta mar en un zapato como la Garbosa. ¡A las Columbre- tas, refugio de los hombres honrados que

tienen que huir en el mar por ser protectores del comercio!

A las nueve de la noche, cuando las aguas se hinchaban con sordas y lívidas tumefacciones, haciendo danzar locamente a la cansada Garbosa, ésta, guiada por la roja luz del faro, entró en la Columbreta mayor, crater apagado y roído por las olas, herradura de altas rocas que en uno de sus extremos sustenta la torre con las habitaciones de los fareros, y en cuyo seno ábrese una pequeña bahía de agua tranquila, siempre que no sople el Levante.

La isla es un murallón encorvado, sin un solo palmo de tierra llana; una alta faja de rocas carbonizadas y yermas, suelo maldito esterilizado por el ambiente salitroso, en el que no crece ni un mal arbusto y donde ruedan las piedras, empujadas por los alacranes, junto a los esqueletos de los pescados que las olas arrojan a prodigiosa altura en días de tempestad. Más allá, esparcidas por el inmenso mar hasta considerable distancia, están las Colúmbrelas menores: la Foradada, surgiendo de las olas como el arco de un templo submarino, y las restantes, mogotes rectos, colosales é inabordables, como los dedos de un coloso prehistórico sepultado en las misteriosas profundidades.

La Garbosa quedó anclada en la bahía. Nadie bajó a verla. Los fareros estaban acostumbrados a estas misteriosas visitas de gentes que se refugiaban en el solitario archipiélago con el deseo de que no se fijasen en ellas.

Los de la barca podían ver en el avanzado promontorio las luces de las habitaciones del faro. El viento les traía algunas veces gritos humanos, pero hacían tanto caso de ellos como de los miles de gaviotas que, refugiadas en los peñascos, gemían lastimeramente, como niños a quienes estuvieran matando. Fuera de la isla, al otro lado de la barrera escarpada, mugía el mar alborotado, y su oleaje, amortiguándose a lo largo del promontorio, entraba en la obscura bahía con larga ondulación.

Al amanecer, Pascual saltó a tierra, y por una tortuosa sucesión de peldaños cortados en la roca llegó a lo más alto de la isla, mirando la vasta extensión comprendida entre ésta y la costa, invisible por la cerrazón del tiempo.

No se veía una vela; pero el Retor estaba intranquilo, temiendo que sus perseguidores vinieran a buscarle en este lugar tan conocido como refugio de contrabandistas.

La inquietud del patrón iba en aumento. Presentía que más o menos pronto la escampavía vendría a buscarle en las Columbretas; pero a pesar de su audacia, temía hacerse a la mar con su barca vieja. La vida era lo de menos; pero ¿y el cargamento, en que iba toda su fortuna?…

El egoísmo de la propiedad aceleró su determinación. ¡A la mar, aunque el tabaco se lo fumasen los tiburones! Todo era preferible a que aquellos ladrones guardacostas se hiciesen dueños de lo que no era suyo.

Y después que la tripulación engulló su olla, aparejó la Garbosa y salió de la isla tan misteriosamente como había entrado, sin saludar a nadie, seguida por las miradas de las familias de los fareros, agrupadas en la plazoleta frente a la torre.

«¡Vaya un tiempo!» Golpe va y golpe viene, la Garbosa tan pronto se encabritaba casi vertical remontando una ola, como se arrojaba popa en alto por las profundas y sombrías hendiduras, en cuyo fondo agitaban los remolinos sus centros giratorios, ojos traidores del abismo. Nubes de agua pulverizada alzábanse de las bordas a cada choque, rociando toda la cubierta. Los espumarajos resbalaban sobre el hule de los fardos, y la tripulación, agachada y atenta para no ser arrastrada por las acometidas del mar, chorreaba de cabeza a pies.

Hasta Tonet estaba pálido y apretaba los dientes. En otra barca… bueno; pero en aquélla era una locura haber abandonado la isla.

Mas el Retor no atendía razones. ¡Diablo de panzudo, y cómo se crecía en el peligro! Su ancha cara de cura sonreía a los golpes de mar más furiosos. Estaba rojo, apoplético, como si acabase de levantarse de la mesa de la taberna después de un alboroque. Sus manazas no abandonaban la pesada caña, ni su corpachón parecía conmoverse con los terribles vaivenes que estremecían la barca de proa a popa, haciéndola lanzar quejidos de agonía.

Reía el maldito, con la carcajada bonachona que tantas burlas le valía allá en el Cabañal.

«Aquello no era nada, ¡recordóns! No había que asustarse. Y si la *zaparrastrosa* se cansaba de navegar y daba la voltereta, ¡qué hacerle! En el mar debe verse a los hombres, y no haciendo el majo en las tabernas… ¡Atención con la que viene!… ¡Brrrum! Ya, pasó… Si llegaba la mala, un credo al Cristo del Grao y a cerrar los ojos. De todos modos, el infierno esta en este mundo, y allá arriba ni se come ni se trabaja. Además, aunque se llegue a viejo, nadie escapa; y para morir, vale más que se lo coman a uno los marrajos y tiburones, gente brava, que no ser chupado por los gusanos como el estiércol. ¡Atención, que viene otra!…»

Y el Retor hablaba a sus compañeros, soltando todo el caudal filosófico adquirido en su aprendizaje con el tío Borrasca. Pero el único que le escuchaba era el «gato», muchachuelo pálido y verdosillo por la emoción, que permanecía

agarrado al mástil, mirando a todas partes, como si no quisiera perder nada del espectáculo.

Cerró la noche. La Garbosa navegaba a media vela, dando espantosas cabezadas y sin luz alguna, como barco a quien preocupa más pasar inadvertido que evitar un choque.

Una hora después vio el patrón una luz cercana saltando sobre las olas. Era una barca navegando en opuesta dirección.

El Retor no pudo distinguirla exactamente en la obscuridad, pero su instinto le hizo reconocer a la escampavía, que, cansada de costear, y en un arranque de audacia, iba a las Columbretas afrontando el mal tiempo, para pillar a los contrabandistas en su refugio. Por si era así, se dio el gusto de soltar el timón y con sus manazas hizo dos ó tres acciones indecentes, en señal de alegre desprecio. «¡Tomad, para el viaje!»

A la una de la madrugada vieron los de a bordo el faro de la iglesia del Rosario.

Tenían enfrente el Cabañal. La noche era a propósito para un alijo. ¿Pero les esperarían?…

El Retor, según se aproximaban a tierra, perdía su serenidad. Demasiado conocía él aquella costa. Permanecer allí aguantando, era ir antes de dos horas, arrastrado por el mar y el viento, a estrellarse contra la escollera de Levante o a encallar frente a Nazaret. Retroceder mar adentro, resultaba imposible. Hacía rato que, por ciertos crujidos de la barca, adivinaba el agua en su cala abarrotada de fardos. Si seguía algunas horas más navegando, los golpes de mar la harían astillas.

Había que ir a tierra, aunque esto fuese buscar el peligro. Y la *Garbosa* marchó recta, empujada más por las olas que por el viento, hacia la obscura playa.

Un punto luminoso brilló por tres veces, y el patrón y Tonet lanzaron un grito de felicidad.

Allí estaba el tío; les aguardaba. Aquella era la señal. Había encendido tres fósforos, como lo hacen los contrabandistas, agazapado tras una manta tendida a sus espaldas, para ser visto únicamente desde el mar.

La Garbosa tendió toda su vela locamente. Volaba, sacando tan pronto la quilla al viento como hundiéndola en las olas. Marchaba lo mismo que un caballo desbocado, cayendo para encabritarse a continuación. Crecían espantosamente los mugidos del mar, hasta que, al fin, desde lo alto de una ola

espumosa, vieron los tripulantes la playa con un rebullir de negras siluetas, y sonó un golpe seco, terrible. La barca se detuvo, lanzando un estallido como si reventase. El viento rompió la vela y el agua invadió con terrible fuerza la cubierta, derribando hombres y arrebatando fardos.

Acababan de encallar a pocos metros de tierra.

Un enjambre de sombras silenciosas lanzóse al asalto de la barca. Estos fantasmas, sin decir palabra a los aturdidos marineros, se fueron apoderando de los fardos, pasándoselos de mano en mano a lo largo de una cadena de brazos tendida hasta la playa.

—¡Tío, tío!—gritó el Retor lanzándose al agua, que no le pasó del pecho.

—Presente—contestó una voz desde la playa—. Mutis y a la faena.

Era un espectáculo extraño, una pesadilla.

El mar mugiendo en la densa lobreguez, los cañares de la playa doblándose, a impulsos del vendaval, como cabelleras de gigantes enterrados, las olas avanzando cual si quisieran tragarse la tierra, y una legión de sombríos demonios agitándose, mudos e incansables, sacando fardos de la barca, que se deshacía por instantes, pescándolos en las espumosas aguas para enviarlos como pelotas a la playa, donde desaparecían cual si se los tragase el suelo. Algunas veces, al calmar por momentos el vendaval, oíase un chirriar de carros que se alejaban.

El Retor vio cómo su tío Mariano iba de una parte a otra, con enormes botas de agua, la voz enérgica e imperiosa y un revólver en la mano.

No había cuidado. Los carabineros del puesto más próximo estaban «untados» y vigilaban para avisar si llegaba su jefe. A los que no había que perder de vista era a los individuos de aquella tropa silenciosa que hacía la descarga; gente lista de manos, pronta a aprovecharse del barullo, y que repetía aquello de «quien roba a un ladrón», etc. No; de él no se reirían, ¡redéu! Al primero que escondiese un fardo, le pegaba un tiro.

La descarga fue rápida, como un acto de ensueño. Cuando el Retor empezó a reponerse de la impresión sufrida al encallar y le dolieron menos sus magulladuras, se alejaba ya el último carro. Los cargadores desaparecieron sin decir palabra en distintas direcciones, como si se los tragase la arena.

Ni un solo fardo se había extraviado. Hasta los del fondo de la cala habían sido extraídos de entre las rotas costillas de la barca hundida en la arena.

Tonet y los demás tripulantes se alejaban también, cargados con la vela y lo poco que quedaba en la embarcación de aprovechable. Al «gato» lo pescaron cuando estaba a punto de ahogarse, por haber caído de la barca en el momento

de encallar.

El Retor, al verse solo con su tío, lo abrazó. ¡Ay, tío Mariano! Al fin lo podía decir: había pasado muy malos ratos; pero gracias a Dios, todo estaba terminado. Ya arreglarían cuentas. Se había portado como un hombre, ¿verdad? Ahora se iba a dormir con su Dolores, que bien ganado lo tenía.

Y marchó con su tío hacia el lejano Cabañal, sin echar una última mirada a la infeliz Garbosa, que se quedaba allí pataleando, prisionera de la arena, recibiendo en su pecho los puñetazos del mar, sintiendo a cada empujón que se le desencuadernaba el cuerpo y salía flotando un pedazo de sus entrañas; muriendo sin gloria, tras una larga vida de labor, como el caballo viejo abandonado en medio del camino, cuyo blanco esqueleto atrae el revoloteo de los buitres.

Capítulo VII

EL producto de la aventura fueron unos doce mil reales, que el tío Mariano entregó al Retor pocos días después.

Algo más ganó el marido de Dolores: el aprecio de su tío, que le consideraba ahora hombre de pro y estaba satisfecho de haber sacado su parte sin grave riesgo, y también el elogio de la gente de la playa, enterada de su arriesgado viaje. La salida de las Columbretas resultaba un ardid gracioso. La escampavía había ido allá, a riesgo de anegarse, para no encontrar nada.

El Retor parecía aturdido por su buena fortuna. El producto del alijo, más los ahorros amasados peseta sobre peseta, que estaban escondidos donde él y Dolores sabían, formaban una bonita suma, con la que un hombre honrado podía meterse en «algo».

Y este «algo», ya se sabía, estaba en el mar, pues él no tenía el carácter de su tío para explotar, en tierra y descansado, la miseria de la pobre gente.

En el contrabando no debía pensar. Era bueno para una vez; como el juego, que siempre ayuda al principiante. No había que tentar al diablo. Para un hombre como él, lo mejor era la pesca, pero con medios propios, sin dejarse robar por los amos, que se quedan en casa, sacando la mejor parte.

Como consecuencia de estos razonamientos que rumiaba por la noche agitándose entre las sabanas y molestando a su Dolores, a la que no dejaba nunca de consultar, decidió invertir su capital en una barca; pero no una barca cualquiera, sino la mejor, si era posible, de todas cuantas se daban a la vela frente a la Casa deis bous.

Ya era hora, ¡Rediel! No le verían más como marinero ni patrón alquilado. Sería amo de barca, y como distintivo de su rango plantaría a la puerta de su casa

el mástil más alto que encontrase, para secar en la punta sus redes.

«Señores, sépanlo todos: el Retor va a hacer una barca, y Dolores la guapa, si va a la Pescadería ahora que es rica, venderá el pescado propio.» Y las vecinas del barrio, comentadoras de tales noticias, al pasar por la acequia del Gas acercábase a los tinglados de los calafates para contemplar con cierta envidia al Retor. Este, mascullando su cigarro, pasaba el día entero vigilando a los carpinteros que aserraban y cortaban maderas amarillas, frescas y jugosas, unas rectas y fuertes, otras encorvadas y finas, para la nueva embarcación.

La faena se hacía con calma. Nada de precipitaciones ni de errores; no había prisa. Lo único que deseaba Pascualo es que su barca fuese la mejor del Cabañal.

Y mientras él se dedicaba en cuerpo y alma a la construcción de la barca, su hermano Tonet pasaba una de sus mejores temporadas con la parte que le había correspondido en el alijo, y que el bueno del Retor procuró hacer lo mayor posible.

En la vieja barraca donde se albergaban él y Rosario, con todo su miserable acompañamiento de rencillas, brutalidades y palizas, no se notó la menor abundancia después de la afortunada aventura. La infeliz mujer seguía cargándose al amanecer sus cestos de pescado para ir a Valencia, y muchas veces a Torrente ó Bétera, siempre a pie, para mayor economía. Y cuando el tiempo no era favorable para la venta, pasábase los días en su agujero, sin más acompañamiento que el fastidio y la miseria. Pero su Tonet parecía más buen mozo que nunca, con trajes nuevos, un puñado de duros en el bolsillo y metido siempre en el café, si es que no iba a Valencia con sus amigotes a arriesgar unas cuantas pesetas en las timbas de «cuartos» o a alborotar en el barrio de Pescadores. A pesar de esto, cuando veía a su tío Mariano, por no perder el derecho a ser importuno, le recordaba aquel empleíllo en las obras del puerto que perseguía en su época de penuria.

Bañábase complacido en esta abundancia momentánea, que le volvía a los felices tiempos de su casamiento, y con su eterna imprevisión, con su ligereza cínica que le hacía adorable para algunas mujeres, no pensaba en que tendría fin lo que su hermano le había dado; pequeña cantidad cuyo término iban prolongando los obsequios de los amigos y las alternativas del juego.

A altas horas de la noche llegaba a su barraca para acostarse, ceñudo y jurando entre dientes, dispuesto a contestar con bofetadas la menor protesta de Rosario. Esta pasaba sin verle dos o tres días muchas veces, pero no así en casa de su hermano, adonde iba con frecuencia. Si el Retor estaba fuera, se quedaba en la cocina al lado de Dolores, oyendo con la cabeza baja y ademan sumiso las

acusaciones de su cuñada por su mala conducta.

Cuando en una de estas reprimendas entraba el Retor, celebraba mucho el buen sentido de su mujer. Dolores le decía todo aquello porque le quería bien, porque era una mujer honrada y no podía consentir que su cuñado fuese un loco y diera tanto que hablar. Y el panzudo bonachón, ante estas reprensiones de su Dolores—una gran mujer, una verdadera madre para aquel hermano extraviado—, llegaba a enternecerse… ¡Ira de Dios!

Según se acababa el dinero de Tonet, metíase éste cada vez más en la casa de su hermano. Bien aprovechaba los consejos maternales de su cuñada. Y para que la gente no tuviese motivo de murmuración, acompañaba algunos días a su hermano al tinglado de los calafates, siguiendo la formación del enorme esqueleto de madera que iba cubriendo sus flancos y marcaba sus gallardos perfiles bajo los mazos, sierras y hachas que lo golpeaban incesantemente.

Así fue llegando el estío.

El trozo de playa entre la acequia del Gas y el puerto, olvidado en el resto del año, presentaba la animación de un campamento. El calor empujaba a toda la ciudad a este arenal, del que surgía una verdadera ciudad de «quita y pon». Las barraquetas de los bañistas, con sus muros de lienzo pintado y sus techumbres de cañas, formaban correcta fila ante el oleaje, empavesadas con banderas de todos los colores, rotuladas con extravagantes títulos, y ostentando además, en el vértice, monigotes, miriñaques, barcos, muestras grotescas que distinguían a cada establecimiento para evitar errores. Detrás, en previsión del apetito que despierta el aire del mar, esparcíanse los merenderos, unos con aspecto pretencioso, escalinatas y terrazas, todo frágil, como decoración de teatro, supliendo lo endeble de su construcción y lo misterioso de su cocina con pomposos títulos: *Restaurant de París, Fonda del Buen Gusto*. Entre estos pedantes de la gastronomía veraniega, surgían los bodegones del país, con sombrajos de esteras, mesas cojas teniendo un porrón de vino en su centro y el fogón al aire libre. Eran establecimientos que ostentaban con aire fiero sus rótulos de regocijada ortografía: *El Nap, Salvaor y Neleta*, y ofrecían como plato del día, desde San Juan a Septiembre, los caracoles en salsa.

Por entre esta población improvisada, que se desvanecía como humo con las primeras borrascas del otoño, pasaban los tranvías y ferrocarriles pitando antes de aplastar a las personas; corrían las tartanas, desplegando como banderas sus rojas cortinillas. Hormigueaba la gente hasta bien entrada la noche con un zumbido de avispero, en el que se confundían los gritos de las «galleteras», el lamento de los organillos, el puntear de las guitarras, el repiqueteo de las

castañuelas y el agrio gangueo de los acordeones, a cuyo son bailaban los galanes de tufos en las orejas y blusa blanca. Esta gente apreciable, después de tomar un baño interno, y no de agua, volvía a Valencia dispuesta a andar a navajazos o a dar dos bofetadas al primer guardia municipal que encontrase.

Los hombres de mar miraban desde el otro lado de la acequia la alegre invasión, sin mezclarse en ella. ¡Que se divirtiese mucho la gente de la ciudad! Aquella temporada era como una vaca gruesa que ordeñaba el Cabañal para el resto del año.

A principios de agosto llegó por fin el día en que la barca del Retor pudo darse por terminada. ¡Vaya una joya! Su patrón hablaba de ella como un abuelo que pondera el desarrollo de su nieto. Madera de la mejor que había podido encontrarse; el mástil recto, terso, sin una grieta; el casco panzudito, para que resistiera bien las marejadas, pero con una proa tan fina, que era «talmente» una navaja de afeitar; pintado de negro, charolado y brillante como un zapato de señor, y el vientre blanco, deslumbrante, ni más ni menos que una anguila: lo que era.

Sólo faltaban el cordaje, las redes y otros artefactos; pero para eso estaban trabajando los mejores hilanderos de la playa, y antes del 15 la barca quedaría completa y podría presentarse tan hermosa como una novia que va a casarse, vestida de nuevo de cabeza a pies.

Esto lo decía el Retor una noche, sentado en el corro que se formaba a la puerta de su casa.

Había convidado a cenar a su madre y a su hermana Roseta. Dolores estaba al lado de él, y un poco más allá, con el taburete de cuerda apoyado en el tronco de un olivo y mirando la luna a través de su empolvado ramaje con una expresión de trovador de cromo, punteaba Tonet su guitarra.

Sobre la acera, a pocos pasos, chirriaba la enorme sartén cargada de pescado sobre un picudo fogón de tierra. Correteaban los chicuelos de la vecindad por el fangoso arroyo persiguiendo a los perros, y en todas las puertas formábanse corrillos buscando la escasa brisa que llegaba del mar. ¡Redéu! ¡Cómo estarían asándose en Valencia!

La siñá Tona estaba muy vieja. Acababa de «dar el salto», como ella decía. De la obesidad bien conservada había pasado bruscamente a la vejez. Bajo la luz cruda y azulada de la luna veíase su cabeza escasa de pelos. Los pocos que conservaba, tirantes y blancuzcos, formaban como un enrejado sutil sobre la sonrosada calvicie. El rostro, arrugado, tenía las mejillas flácidas y colgantes; y

sus ojos negros, de los que tanto se había hablado en la playa, asomaban ahora, tristes y mates, por entre las abotagadas carnosidades que pretendían sepultarlos. Esta decadencia era ocasionada por los disgustos. ¡Lo que los hombres la habían hecho rabiar! Y aludiendo con esto a su hijo Tonet, pensaba sin duda en el carabinero.

Además, los tiempos empeoraban. La taberna de la playa sólo producía una miseria; y la chica, su Roseta, había tenido que meterse en la Fábrica de Tabacos, y todas las mañanas, con la cesta al brazo, emprendía el camino de Valencia, formando en las bandas de muchachas graciosas y procaces que, con airoso taconeo y faldas revoloteantes, iban a estornudar encerradas en el ambiente cargado de rapé de la antigua Aduana.

¡Y qué buena moza se había hecho la tal Roseta! Bien puesto tenía el nombre; su madre la contemplaba muchas veces a hurtadillas, recordando en ella la gallardía del siñor Martines.

Ahora mismo, mientras lamentaba que su hija tuviera que ir a la fábrica en las mañanas de invierno, mirábala al pie del olivo con su rubia cabellera alborotada, sus ojos enigmáticos y aquella tez blanca, que resistía al sol y a la brisa del mar. Parecía jaspeada por las sombras del ramaje, al través del cual pasaba la luna, trazando arabescos de luz y sombra sobre el rostro de la muchacha.

Roseta paseaba de Dolores a Tonet sus ojazos fijos y melancólicos de virgen que todo lo sabe. Al oír cómo Pascual elogiaba a su hermano, cada vez más apartado de la vida alegre y más aficionado a meterse en aquella casa para gozar de la calma y las buenas palabras que no encontraba en la suya, la hermanastra sonrió sarcásticamente.

¡Oh, los hombres! Lo que ella y su madre decían: el que no era un pillo como Tonet, era un bestia como Pascualo. Por eso los aborrecía, y causaba la admiración de todo el Cabañal rechazando a los que la proponían noviazgos. No quería nada con los hombres. Y retoñaban en su memoria todas las maldiciones que había oído a su madre en momentos de desesperación, cuando los apostrofaba a solas en su barcaza.

El corro permanecía silencioso. Chirriaba el pescado en la sartén, punteaba Tonet vagos arpegios en su guitarra, y los chiquillos plantados en mitad del arroyo miraban a la luna con el mismo asombro que si la viesen por primera vez, cantando una monótona y vieja canción, con sus vocecitas que sonaban como campanillas de plata:

La lluna, la pruma,
vestida de dol…

¡A ver si callaban! Lo mandaba Tonet, a quien le dolía la cabeza. Pero ¡que si quieres!…

sa mare la crida,
son pare no vól. [5]

Y los perros vagabundos se unían a este himno infantil y extravagante en honor a Diana, enviándola sus más fieros ladridos.

El Retor habló de su barca. Nada faltaba para el día 15; hasta el cura estaba apalabrado para ir a media tarde a echarla su bendición. Pero algo faltaba, ¡futro!… ¡y no haberlo pensado! Faltaba el nombre. ¿Cómo iba a llamarse la barca?…

Tan inesperado problema conmovió el corro, y hasta Tonet dejó en el suelo la guitarra, quedando en actitud pensativa.

Ya tenía él un nombre. Sus aficiones belicosas, sus recuerdos de marino del rey se lo habían sugerido. Se llamaría Escupehierro. ¡Eh! ¿qué tal?

Por el Retor no había inconveniente. El pacífico panzudo gallardeábase con fiereza al pensar que su barca podía llamarse Escupehierro, y la veía ya surcando el mar con la arrogancia enfática de un falucho portugués.

Pero las mujeres protestaron. ¡Vaya un nombre! ¡Cómo se reirían en el Cabañal! ¿Y qué hierro iba a escupir una barca pescadora? Lo mejor era la proposición de la siñá Tona: que se llamase Ligera, como la otra en que pereció el tío Pascualo y había servido de refugio a toda la familia.

Protesta general. Un título así, forzosamente había de tener mala sombra. La suerte de la otra lo demostraba.

El de Dolores era mejor: La rosa del mar… ¡Qué bonito! ¡Qué gusto tenía para todo su mujer! Pero el Retor recordó en seguida que había otra con el mismo título. ¡Era lástima!…

Y Roseta, que había callado, haciendo un mohín de disgusto a cada título, soltó el suyo. Debía llamarse *Flor de Mayo*. Aquella misma noche lo había pensado ella en la barcaza de la playa mirando una etiqueta de las que adornan los paquetes de tabaco de la marca «*Flor de Mayo*» venidos de Gibraltar. La seducía este título formando una aureola de colores sobre la marca de fábrica, que era una señorita vestida como una bailarina, con rosas como tomates sobre el faldellín blanco, y en la mano un manojo de flores que parecían rábanos.

El Retor se entusiasmó. Sí, ¡Recristo! este título estaba puesto en razón. La

barca se llamaría *Flor de Mayo*, como el tabaco que fabrican en Gibraltar. Era de justicia; la barca iba a ser pagada principalmente con el dinero de un alijo, y éste se componía en su mayor parte de aquellos paquetes con la alegre señorita de la falda con flores. Tenía razón su hermana: Flor de Mayo, nada más que *Flor de Mayo*.

A todos les gustaba el título; lo encontraban dulce y hermoso. Sus rudas imaginaciones se agitaron con un estremecimiento de poesía. Lo encontraban misterioso y atractivo, sin sospechar que el mismo nombre era el de la histórica barca que, llevando hacia las costas americanas el perseguido éxodo de los puritanos ingleses, presenció la gestación de la mayor República del mundo.

El Retor se mostraba radiante. ¡Qué talento tenía Roseta! «¡A cenar, caballeros!… y a los postres se brindaría por Flor de Mayo.»

Y Pascualet, al ver que la sartén del pescado se entraba en la casa con toda la familia, abandonó el orfeón de gente menuda, con lo que tuvo fin el monótono concierto de «*la lluna, la pruna*».

Gracias a la facilidad de transmisión de noticias que existe en los pueblos pequeños, pronto supo todo el Cabañal que la nueva barca se llamaba Flor de Mayo; y cuando en la víspera de la bendición la arrastraron hasta la orilla, frente a la Casa dels bous, llevaba ya en la borda de popa, por la parte interior, pintado con hermoso azul, su dulce título.

Al día siguiente por la tarde, el barrio de las Barracas pareció estar en domingo. Fiestas como aquella se veían pocas. Era padrino de la barca nada menos que el señor Mariano el Callao, ricachón de puño prieto, pero que en la ocasión presente, para dar gusto a su sobrino, estaba dispuesto a derrochar un dineral. En la playa iban a rodar los confites y a circular las copas como una bendición de Dios.

El Retor sabía hacer bien las cosas. Había ido a la iglesia para escoltar hasta la playa con los hombres de su tripulación a don Santiago el cura. El párroco lo acogió con una sonrisa de las que se guardan para los buenos parroquianos. ¡Qué! ¿ya era la hora?… Podían llamar al sacristán para que preparase el calderillo y el hisopo. Él se arreglaba en un momento; cuestión de calarse el roquete y nada más.

Pascual protestó indignado. ¿Qué era aquello de roquete? Capa, y la mejor que tuviese. El bautizo de su barca no era cualquier cosa. Además, él estaba allí para pagar lo que fuese necesario.

Don Santiago sonrió. Bueno; la capa era demasiado para esta ceremonia,

pero lo haría por él, que era buen cristiano y sabía quedar bien con las personas.

Salieron de la casa rectoral; el sacristán delante, con el hisopo y el sagrado cuenco, y detrás, escoltado por el patrón y sus marineros, don Santiago, llevando en una mano el libro de oraciones y levantándose con la otra, para no rozar el barro, la capa vieja y suntuosa, de una blancura mate, con los pesados bordados de oro de un tinte verdoso, mostrando por entre la deshilachada trama el relleno de su realce.

Acudían a bandadas los chiquillos a restregar la mocosa nariz en aquella mano santa, que a cada instante se veía obligada a soltar la capa. Las mujeres saludaban sonrientes al *pare capellá*, hombre campechano, tolerante, con sus puntos de malicioso, sabiendo amoldarse a las costumbres de «su rebaño», y que muchas veces veíase detenido en mitad de la calle por alguna pescadera pidiéndole que bendijese las cestas y la balanza para que los municipales de Valencia no la pillasen con las pesas cortas.

Al salir a la playa la comitiva, empezaron a voltear las campanas de la iglesia, confundiendo su parloteo juguetón con los murmullos de las olas. La gente corría por la playa para llegar a tiempo y ver toda la ceremonia. Allá lejos, en un espacio libre de barcas, rodeada de negro y bullidor enjambre humano, alzábase sobre la arena la gallarda Flor de Mayo. El sol doraba sus flancos; sobre el espacio azul destacábase el mástil esbelto y graciosamente inclinado, en cuyo tope se movía el distintivo de toda barca nueva: un ramillete de gramíneas y flores de trapo, que habían de quedar allí hasta que el viento fuese arrebatándolas.

El Retor y sus hombres abrieron paso al cura entre el gentío que se apelotonaba en torno a la barca. Frente a la popa estaban los padrinos: la siñá Tona con mantilla y falda nueva y el señor Mariano con sombrero y bastón, hecho un personaje, ni más ni menos que cuando iba a Valencia para hablar con el gobernador.

Toda la familia ofrecía un aspecto suntuoso que alegraba la vista: Dolores con traje de color rosa, un rico pañuelo de seda en el cuello y los dedos cargados de sortijas; Tonet pavoneándose en la cubierta, con chaqueta nueva, gorra flamante caída sobre una oreja y atusándose el bigotillo, muy satisfecho de verse en la altura expuesto a la admiración de las buenas mozas. Abajo, al lado de Roseta, estaba Rosario, que en gracia a la solemnidad había hecho las paces con Dolores y se presentaba con su mejor ropa. El Retor, según propia confesión, «iba hecho un inglés», con traje de rica lana azul traído de Glasgow por el maquinista de un vapor, y ostentando sobre el chaleco—prenda usada por

primera vez en su vida—una cadena de *doublé* que hacía pensar por su tamaño en los cables de la barca.

Sudaba con este hermoso traje de invierno; daba codazos y se esforzaba por que no empujase la muchedumbre al capellán y a los padrinos. «¡A ver, señores… un poco de silencio! Un bautizo no es cosa de risa. Después sería el jaleo.»

Y para dar ejemplo a la masa irrespetuosa, puso un gesto compungido y se quitó la gorra, mientras el capellán, no menos sudoroso bajo su pesada capa, hojeaba el libro de oraciones buscando la de *Propitiare Domini supplicationihus nostris et benedic navem islam*, etc.

Los padrinos, graves y con la mirada en el suelo, estaban a ambos lados del cura; el sacristán espiaba a éste, pronto a contestar *amén* a todo, y la multitud, calmada ya, permanecía suspensa, con la cabeza descubierta, esperando algo extraordinario.

Don Santiago conocía bien a su público. Leyó la sencilla oración con gran calma, deletreando las palabras, abriendo solemnes pausas en el silencio general, y el Retor, a quien la emoción convertía en un pobre mentecato, movía la cabeza a cada frase, como si estuviera empapándose de lo que el cura decía en latín a su Flor de Mayo.

Lo único que pudo pillar fue lo de Arcam Noé ambulantem in diluvio y se infló de orgullo al adivinar confusamente que su barca era comparada con la embarcación más famosa de la cristiandad, y con esto quedaba él mano a mano con el alegre patriarca, el primer marinero que hubo en el mundo.

La siñá Tona se llevaba el pañuelo a sus ojos, apretándolos para impedir la salida de las lágrimas.

Terminada la oración, el cura empuñó el hisopo.

—Asperges…

Y envió a la popa de la barca un polvo de agua que resbaló en menudas gotas por las pintadas tablas. Después, siempre seguido por el *amén* del sacristán y precedido por el patrón, que le abría paso, dio la vuelta en torno a la barca, repitiendo hisopazos y latines.

El Retor no podía creer que la ceremonia hubiese terminado. Faltaba bendecir lo de arriba, la cubierta, el fondo de la cala. «¡Vamos, don Santiago, un esfuerzo! Él era hombre que sabía quedar bien.» Y el cura, sonriendo ante la actitud suplicante del patrón, se aproximó a la escalerilla aplicada al vientre de la barca y empezó a ascender por ella con su incómoda capa, que, bañada por el sol

de la tarde, parecía de lejos el caparazón brillante de un insecto trepador.

Terminó la bendición. Se retiró el cura, sin otro acompañamiento que su monago, y arremolinóse la multitud en torno de la barca como si fuese a tomarla por asalto.

Toda la pillería del Cabañal estaba allí, ronca, desgreñada, increpando a los padrinos con su chillona canturía:

Armeles, confits…

El señor Mariano sonreía omnipotente desde la cubierta. Iban a ver lo que es bueno. Una onza de oro se había gastado para quedar bien con su sobrino. Y se agachó, metiendo las manos en los cestos que tenía ante sus pies. «¡Allá va!» Y el primer metrallazo de confites, duros como balas, cayó sobre la vociferante chusma, que se revolcaba en la arena disputándose las almendras y los canelados, al aire las sucias faldillas o mostrando por los rotos pantalones sus carnes rojizas y costrosas de pillos de playa.

Tonet destapaba tarros de ginebra, llamando a los amigotes con aire protector, como si fuese él quien pagase. La caña blanca medíase a jarros, y todos acudían a beber: los carabineros, fusil al brazo; los viejos patrones; los marineros de las otras barcas, que llegaban descalzos, vestidos de bayeta amarilla, como payasos; los grumetillos, ostentando pretenciosamente atravesado en su faja un cuchillo casi tan grande como ellos.

La cubierta de Flor de Mayo resonaba con alegre taconeo, como el entarimado de un salón de baile; un vaho de taberna esparcíase en torno al mástil. Dolores, atraída por el regocijo de los de arriba, se encaramó por la escalera, increpando a cada peldaño a los grumetillos que se habían agazapado en la arena con la malsana intención de ver las medias encarnadas de la soberbia hembra.

La mujer del Retor respiró triunfante al verse arriba, entre tanto hombre, rodeada de un ambiente de voraz admiración, pisando fuerte unas tablas que eran suyas y muy suyas, contemplada desde abajo por centenares de mujeres, y especialmente por su cuñada Rosario, que debía estar muriéndose de envidia.

Pascual no abandonaba a su madre. En aquel día solemne para él y tantas veces ansiado, sentía como un recrudecimiento de cariño filial, v se olvidaba de su mujer y hasta de su Pascualet, que se atracaba de confites en la barca, para no pensar más que en la siñá Tona.

—¡Amo de barca!… ¡Amo de barca!

Y abrazaba a la vieja, besándola los ojos abotagados, que lloraban también.

Algo resucitó en la memoria de Tona. Esta fiesta en honor de una barca evocaba el pasado; y por encima de la loca aventura con el carabinero y los largos años de viudez y aborrecimiento a los hombres, vio al tío Pascual joven y vigoroso, tal como ella lo había conocido al casarse, y esto la hizo llorar desconsolada, como si acabase de perderlo en aquel instante por segunda vez.

—*¡Fill meu! ¡fill meu!* —gimió abrazando al Retor, en quien veía una asombrosa resurrección de su padre.

Él era la honra de la familia; él la hacía recobrar su perdida importancia a fuerza de trabajo. Si ella lloraba, era por remordimientos. Se acusaba ahora de no haberle querido todo lo que merecía. Se desbordaba su cariño con la prisa de amarle mucho, y temía… ¡sí señor! temía que su Pascualet, su pobre Retar, tuviese igual suerte que su padre. Y al manifestar sus temores con voz entrecortada por el llanto, miraba a lo lejos la vieja tabernilla, la barcaza que guardaba en sus entrañas la espantosa tragedia de un mártir del trabajo.

El contraste entre la barca nueva, gallarda, deslumbrante, y aquel ataúd, que, falto de parroquianos, iba haciéndose cada vez más tétrico y negruzco, era doloroso para Tona. Creyó ver ya a la *Flor de Mayo* rota y tumbada, como vio un día la otra, llevando en su seno a su pobre marido.

No; ella no podía estar alegre. Le hacía daño la algazara de la gente. Era burlarse del mar, de aquel hipócrita que ahora susurraba marrulleramente como un gato traidor, pero se vengaría luego, cuando Flor de Mayo se confiase a él.

Sentía miedo por su hijo, al que amaba de pronto, como si acabase de encontrarlo después de larga ausencia. Nada significaba que fuese un gran marinero; también lo era su padre y se burlaba de las olas. ¡Ay! Se lo decía el corazón. El mar se la tenía jurada a la familia, y se tragaría la nueva barca, como había destrozado a la otra.

«No, ¡recristo! eso no.» El Retor protestaba indignado. «¡Vaya una conversación oportuna en un día tan alegre! Todo eran escrúpulos de vieja; remordimientos que la acometían por no haberse acordado en tantos años de su primer hombre. Lo que debía hacer era encenderle un cirio bien gordo al alma del pobre marinero, por si estaba «en pena». ¡Afuera tristezas! A él que no le hablasen mal del mar. Era un buen amigo que se enfada algunas veces, pero se deja explotar por los hombres honrados y alimenta a la pobreza. ¡A ver, una copa, Tonet!… Que siga la broma. Hay que bautizar bien a Flor de Mayo.»

Bebió, mientras su madre seguía gimoteando con la mirada fija en la trágica barcaza que había servido de cuna a sus hijos. El Retor púsose serio.

«¿Pero no iba a callar? ¡En un día como éste acordarse de que el mar tiene malas bromas!.. ¿Y qué? Si no quería verle en peligro, haberlo criado para obispo. Lo importante es ser honrado, trabajar, y venga lo que venga. Ellos nacían allí; no veían más sustento que el mar; se agarraban a sus pechos para siempre, y había que conformarse con lo que les diese: el agrio de la tempestad o la dulzura de las grandes pescas. Alguien tenía que exponerse para que la gente comiese pescado. A él le tocaba este trabajo, y mar adentro se iría, como lo estaba haciendo desde chico. ¡Rediel, agüela!… ¡calle ya!… ¡Que viva Flor de Mayo!… ¡Otra copa, caballeros! Un día es un día. Él pagaba, y le daríán disgusto los que estaban allí si no los recogían a media noche roncando sobre la arena, como si «talmente» fuesen unos cerdos.»

Capítulo VIII

REGRESABA PASCUAL a su casa, después de pasar la tarde en Valencia, y al llegar a la Glorieta detúvose frente al palacio de la Aduana.

Eran las seis. El sol daba un tinte anaranjado a la crestería del enorme caserón, suavizando la sombra verdinegra que las lluvias depositaban en los respiraderos de sus buhardillas. La estatua de Carlos III, en lo más alto del edificio, bañábase en un ambiente azul y diáfano, y por los balcones enrejados escapábase un rumor de colmena laboriosa, gritos, canciones ahogadas y el ruido metálico de las tijeras, cogidas y abandonadas a cada instante.

Por el ancho portalón empezaba a salir el revoltoso rebaño de las operarlas de los primeros talleres: una invasión de faldas de indiana, brazos arremangados y robustos, con una cesta como apéndice, y menudos é incesantes pasos de gorrión. Se llamaban a gritos, formando grupos ante la puerta, en un espacio limitado por algunos aguaduchos, donde se paseaban los soldados de la guardia.

El Retor quedó parado en la acera de la Glorieta, entre los vendedores de periódicos. Le atraía la algazara de las cigarreras. Con sus blancos pañuelos avanzados sobre la frente, tenían un aspecto de comunidad rebelde, de monjas impúdicas. Muchas de ellas, con sus ojos negros medían a los hombres de pies a cabeza, cual si pretendiesen desnudarlos con sus miradas.

El Retor vio a Roseta que, apartándose de un grupo, iba hacia él. Sus compañeras esperaban a otras de diferente taller, que tardarían aún algunos minutos en salir. ¿Volvía él a casa? Bueno; harían el camino junto: a ella no le gustaba aguardar.

Y emprendieron la marcha por el camino del Grao; él pesado, como hombre de barca, haciendo esfuerzos por conservarse siempre en la misma línea que

aquel diablo de muchacha que sólo sabía andar aprisa, con garboso contoneo, haciendo ondear su faldamenta como una bandera de regatas.

Su hermano quiso ayudarla llevando su cesta. Muchas gracias; estaba tan acostumbrada a sentirla en su brazo, que sin ella no sabía moverse.

El patrón, antes de llegar al puente del Mar, hablaba ya de su embarcación, de aquella Flor de Mayo por la cual hasta se olvidaba de Dolores y su Pascualet.

Al día siguiente empezaba la pesca del boú y salían todas las barcas. Ahora se vería de lo que era capaz la suya. ¡Ninguna más buena!… El día anterior la habían arrastrado los bueyes al agua, y ahora estaba en el puerto, confundida con las demás. Pero ¡qué diferencia! Llamaba la atención, lo mismo que una señorita de la ciudad metida entre las zarrapastrosas de la playa.

Había estado en Valencia para comprar lo que faltaba en su equipo, y apostaba un duro a que todos los ricachos del Cabañal, los amos, que se comían lo mejor de la pesca sin exponer la piel, no presentaban una barca tan maja como la suya.

Pero como todo tiene un término, a pesar de los entusiasmos del Retor, quedó agotado el capítulo de las excelencias de la nueva embarcación, y al llegar frente al horno de Figuetes callaba ya, oyendo a Roseta, que se lamentaba de las perrerías de las maestras de la fábrica.

Abusaban de una, dando motivo para que a la salida del taller se las agarrara del moño. Y menos mal que ella y su madre podían pasar con poca cosa; pero ¡ay, otras infelices! otras que habían de trabajar como negras para mantener a un marido vago y a las polladas de chiquillos con unas bocas que nunca tragaban bastante pan…

Parecía imposible que con tanta miseria aún tuviesen algunas mujeres ganas de broma… Y siempre grave, con ademanes pudorosos, la virgen rubia é inabordable, criada entre la pillería de la playa, contó a su hermano una historia escabrosa, empleando los términos más crudos, como mujer que lo sabe todo; tal era la pulcritud de su acento, que las palabras más duras parecían resbalar por sus labios rojos sin dejar rastro alguno. Tratábase de una compañera de taller, una mala piel que ahora no podía trabajar por tener un brazo roto. Era a consecuencia de una paliza del marido, que la había pillado con uno de sus muchos amigos. ¡Qué escándalo! ¡Y aquella «púa» tenía cuatro hijos!…

El Retor sonrió con ferocidad. «¡Un brazo roto! ¡Redéu! No estaba mal, pero le parecía poco. ¡Duro con las malas hembras! Debía ser una pena insufrible vivir con una mujer así. ¡Cuántas gracias tenían que dar a Dios los que, como él,

gozaban la suerte de tener mujer honrada y casa tranquila!…»

«Sí; él era dichoso, y podía dar muchas gracias.» Y Roseta, al decir esto, le envolvió en una mirada de compasiva ironía. Sus palabras tenían una vibración sardónica demasiado sutil para ser apreciada por el Retor.

Éste pareció transfigurarse, indignado por la mala conducta de una mujer a quien no conocía y por el infortunio de un varón cuyo nombre ignoraba. Le enfurecían tales perrerías. Eso de que un hombre se consuma en el trabajo para dar pan a la mujer y a los hijos, y cuando vuelve a su casa se la encuentre abrazada al querindango, francamente, es para hacer una barbaridad, yendo a presidio por toda la vida. Y lo que había dicho él muchas veces: «¿Quién tiene la culpa, señores? Pues las mujeres, las maldecidas mujeres, que están en el mundo para que los hombres se pierdan y nada más…» Pero arrepentido de sus afirmaciones, se apresuraba a rectificarlas, haciendo una excepción en favor de su Dolores y de Roseta.

De poco le sirvió esta aclaración, pues su hermana, viendo iniciado el tema favorito de ella y su madre, habló con gran apasionamiento, vibrando irritada su dulce voz. «¡Los hombres! ¡Vaya una gente! Ellos eran los culpables de todo. Lo que decía su madre y ella: el que no era pillo, resultaba imbécil. Ellos, solamente ellos tenían la culpa de que las mujeres fuesen como eran. De solteras iban a tentarlas. Ella podía asegurarlo, pues de ser tonta y creer a ciertos hombres, estaría a estas horas Dios sabe cómo. De casadas, si se hacían malas, también era por culpa de los hombres. Unos, por pillos, las pervertían, arrastrándolas a imitar su mala conducta; otros, por tontos, eran ciegos y no aplicaban a tiempo el remedio. No tenía más que mirar a Tonet. ¿No le sobraba razón a Rosario para hacerse una perdida, aunque sólo fuese por vengarse de las perrerías de su marido?… Y no quería presentar ejemplos de hombres tontos. En el Cabañal se conocían muchos maridos que tenían la culpa de que sus mujeres fuesen como eran.»

Irreflexivamente miró de tal modo al Retor al hablar así, que éste, a pesar de su rudeza, lanzó a su hermana una ojeada interrogante. Pero tranquilizado en seguida por su inmensa confianza, protestó dulcemente de lo que decía su hermana. «¡Bah! Era más lo que hablaba la gente que lo cierto. En el pueblo abundaban las malas lenguas. Trataban los asuntos de familia con la mayor ligereza; hacían tema de risa la fidelidad de la mujer y la dignidad del marido; lanzaban los chistes más atroces sobre la tranquilidad de las familias; pero todo junto no pasaba de ser una broma, dicha sin intención de hacer daño. Falta de religión, como aseguraba don Santiago el cura.

»É1 mismo, si fuera a hacer caso de los murmuradores, no podría vivir en paz. ¿No se habían atrevido a hacer suposiciones malignas sobre su Dolores? ¡Y con quién, señores!… ¿Con quién creerás tú?… Había para asombrarse: con Tonet, con su hermano. ¡Vamos, que era para reírse! ¡Creer que a él, con una mujer tan buena, le adornaban la casa, y que el encargado de tal afrenta era Tonet, que miraba a Dolores con el mismo respeto que a una madre!»

Y el Retor, algo molestado por tales murmuraciones, rió sin embargo al recordarlas, con la misma expresión de desprecio y fe de un devoto a quien negasen los milagros de la Virgen de su lugar.

Roseta le miró fijamente, retardando su paso. Lo examinaba con sus ojazos profundos, como si dudase de la espontaneidad de su risa… Pero no había duda: era una risa natural. Aquel bendito estaba a prueba de sospechas.

Tanta confianza acabó por irritarla, é instintivamente, sin darse cuenta del daño que podía causar, soltó lo que parecía escarabajearle en la lengua. «Lo dicho: todos los hombres eran unos pillos o unos brutos.» Y con la mirada pareció señalar a su hermano, incluyéndolo en la última categoría.

Al fin adivinó aquel hombre rudo. «¿Quién era el bruto? ¿él? ¿Sabía Roseta algo?… A ver: que hablase… ¡y clarito!»

Habían llegado a la mitad del camino, junto a la cruz, y se detuvieron por algunos instantes ante sus peldaños. El Retor' estaba pálido y se mordió uno de sus dedazos: dedos de marinero, romos, callosos y con las uñas roídas.

«A ver: habla claro.» Pero Roseta no hablaba. Veía en su hermano algo inquietante. Temía haber ido demasiado lejos. Su conciencia de buena muchacha protestaba, y se arrepentía ante la palidez y el duro gesto de aquel rostro siempre bondadoso. «No; ella no sabía nada: las murmuraciones del pueblo y nada más. Pero lo que debía hacer, para que la gente no hablase, era obligar a Tonet a que frecuentara su casa lo menos posible.»

El Retor la escuchó encorvado sobre la fuente cercana a la cruz, engullendo por entero el chorro de agua, como si sus emociones recientes hubiesen encendido una hoguera en su estómago.

Emprendió de nuevo la marcha, llevando la boca chorreante y enjugándosela con sus callosas manos. «No; él no procedería nunca feamente con su Tonet. ¿Qué culpa tenía el pobre chico de que la gente fuese tan desvergonzada? Cerrarle la puerta sería empujarlo a su perdición. Si su mala cabeza se iba sentando un poco, lo debía a los buenos consejos de Dolores, de aquella pobrecita a la que muchos odiaban por envidia, nada más que por envidia.»

Y rencoroso contra las enemigas de su Dolores, subrayó las palabras con un gesto como si incluyese a Roseta entre las envidiosas.

«¡Que hablaran hasta cansarse! Mientras él estuviese tranquilo, se reía de los demás. Tonet era para él un hijo. Se acordaba, como si fuese ayer, de cuando le servía de niñera y se acostaba con él en su camarote de la barcaza, haciéndose un ovillo para dejarle la mejor parte de la colchoneta. ¿Tan fácilmente pueden olvidarse estas cosas?…

»Se olvidan las buenas épocas; se borra fácilmente el recuerdo de los amigotes con los que se bebe y se ríe en la taberna; pero cuando se pasa hambre, ¡redéu! no se olvida por nada del mundo al compañero de miseria. ¡Pobre Tonet! Él se había propuesto sacar a flote a este perdido, digno de lástima, y no pararía hasta verle hecho un hombre de pro. ¿Qué se habían figurado?… Él era un animal, pero tenía un corazón que no le cabía dentro…» Y se golpeaba el recio pecho, haciéndolo sonar como un tambor.

Más de diez minutos marcharon los dos hermanos sin cambiar palabra: Roseta arrepentida de haber provocado aquella conversación; Pascual con la cabeza baja, pensativo, frunciendo algunas veces las cejas y cerrando los puños como si le acometiese un mal pensamiento.

Habían llegado al Grao y atravesaron sus calles con dirección al Cabañal.

El Retor habló al fin, sintiendo la necesidad de desahogar su pensamiento, de echar fuera ideas penosas, cuyo doloroso culebreo parecía reflejarse en las contracciones de su frente.

«En fin. Roseta, era bueno que todo lo dicho sólo fuese una broma de la gente. Porque si algún día resultase verdad, ¡Recristo! a él no le conocía nadie en el pueblo. Se tenía miedo a sí mismo en ciertos instantes. Era hombre de paz y huía las cuestiones; muchas veces cedía su derecho en la playa, porque era padre y no aspiraba a pasar por majo; pero que no le tocasen lo que era suyo y muy suyo: el dinero y su mujer. Aún se acordaba con horror de que al venir de Argel con «aquéllo», tuvo el pensamiento, si le alcanzaba la escampavía, de plantarse junto al mástil faca en mano, y allí matar, matar siempre, hasta que lo tumbasen sobre los fardos que eran su fortuna. Y en cuanto a Dolores, algunas veces, al contemplarla tan buena, tan guapa, con aquel aire de señora que tan bien le sentaba, había pensado—¿por qué no decirlo?—, había pensado en que alguien se la podía quitar, y entonces, ¡redéu! entonces sentía deseos de apretarle el gaznate y salir por las calles mordiendo como un perro rabioso. Sí; eso es lo que él era: un perro mansote, que si llegaba a rabiar, acabaría con el mundo o tendrían que matarlo… Que le dejasen quieto; que nadie turbase su felicidad,

adquirida y sostenida a fuerza de trabajos.»

Pascual manoteaba mirando fijamente a Roseta, como si ésta fuese la que podía robarle a su Dolores. Pero de pronto calló e hizo un gesto de disgusto, temiendo haber dicho demasiado en este momento de exaltación. Le molestaba ahora la presencia de su hermana. Ya podían separarse. Ella hacia la barcaza de la playa, y ¡recuerdos a la madre! Él iba a su casa.

Hasta bien entrada la noche le duró al Retor la impresión de este encuentro. Pero cuando fueron a verle para tomar órdenes los tripulantes de Flor de Mayo, todo lo había olvidado, ¡todo!

Allí estaba Tonet, en su presencia, y sin embargo no experimentó la más leve emoción. Consideraba esto como la prueba más palpable de que todo era falso. Su corazón continuaba mudo; luego nada había.

Todo lo olvidó, para hablar de la salida del día siguiente. La Flor de Mayo formaba pareja con otra barca alquilada por él. Que Dios le diese buena suerte, y no tardaría en construir una nueva embarcación como Flor de Mayo.

En su tripulación figuraba un marinero al que oía como un oráculo: el tío *Batiste*, el pescador más viejo de todo el Cabañal. Eran setenta años de vida de mar, encerrados en un armazón de pergamino curtido, y que salían por la negra boca oliendo a tabaco en forma de consejos prácticos y marítimas profecías. Lo había enganchado el patrón, no por lo que pudiera ayudar a la maniobra con sus débiles brazos, sino por el exacto conocimiento que tenía de la costa.

Desde el cabo de San Antonio hasta el de Canet, era el golfo de Valencia a modo de una gran plaza en la que no había bache o agujero que no conociese el tío Batiste. Si él pudiera cambiarse en un *esparrelló*, nadaría por abajo, sabiendo siempre dónde se encontraba. La superficie del mar, muda para otros, la leía con la mayor facilidad, adivinando su fondo.

Sentado sobre la cubierta de la barca, parecía sentir todas las ondulaciones del suelo submarino. Le bastaba una ojeada para saber si estaban sobre los profundos algares, sobre el *Fane* o sobre las colinas misteriosas llamadas los *Pedrusquets*, que evitan los pescadores por miedo a que se enrosquen en ellas las redes y se hagan trizas. Sabía pescar en los tortuosos callejones de mar profundo abiertos entre los *Muralls* de *Confit*, la Barreta de *Casaret* y la Roca de *Espioca*. Arrastraba las redes por estos laberintos sin tropezar con las traidoras puntas ni con los algares, que cargan la malla hasta romperla, no sacando nada de provecho. En las noches obscuras, cuando no se veía nada a cuatro metros de la barca y la luz de los faroles sorbíala sin rastro alguno la lobreguez de las aguas,

bastábale gustar con la lengua el fango de las redes para decir con certeza el sitio donde estaba. ¡Demonio de hombre! Parecía que sus setenta años se los había pasado abajo, en compañía de los salmonetes y los pulpos.

Aparte de esto, sabía muchas cosas no menos útiles; por ejemplo, que el que sale de pesca el día de las Almas corre el peligro de sacar algún muerto envuelto en sus redes, y el que ayuda todos los años el día de la fiesta a llevar en hombros la Santa Cruz del Grao no puede ahogarse nunca.

Por eso él se conservaba fuerte a pesar de sus setenta años, y eso que nunca se había separado del mar. A los diez años ya tenía callos en el sobaco, a fuerza de tirar como un toro de las cuerdas del *bolich*. Y no sólo había sido pescador: tenía su docena de viajes a la Habana, pero no como los chicos de ahora, que se creen hombres de mar porque hacen de camareros y mozos de cordel en cualquier trasatlántico grande como un pueblo, sino a bordo de faluchos de la matrícula, barcos más valientes que Barceló, que iban a Cuba con vino y traían azúcar, mandados por patrones respetables envueltos en su ranglan y con sombrero de copa, y antes se acababa el mundo que faltaba a bordo de ellos una lamparilla encendida ante la estampa del Cristo del Grao y nunca se dejaba de rezar el rosario a la puesta del sol.

Aquellos eran otros tiempos; la gente era mejor. Y el tío Batiste, moviendo las arrugas del rostro y su barbilla de chivo venerable, hablaba contra la impiedad y soberbia del presente, acompañando sus palabras con juramentos de castillo de proa y «me caso» en esto y en lo de más allá.

El Retor le escuchaba complacido. Encontraba en el viejo a su antiguo maestro el tío Borrasca, y además, oyéndole pensaba en su padre. Los otros tripulantes de la barca, Tonet, los dos marineros y el grumete, reíanse del viejo y le enfurecían asegurándole que ya no estaba para navegar y don Santiago el cura le reservaba el puesto de sacristán.

¡Chentóla! Ya verían quién era él cuando saliesen al mar. Esperaba llamarles cobardes en más de una ocasión.

Al día siguiente, todo el barrio de las Barracas se puso en movimiento. Por la noche saldrían al mar las barcas del *bóu*, llevando los hombres a la dura conquista del pan.

Todos los años se repetía esta emigración viril, pero a pesar de ello, las más de las mujeres mostrábanse impresionadas, pensando en los muchos meses de sobresalto e inquietud que habían de sufrir hasta la primavera.

Los patrones, atareados por los últimos preparativos, iban al puerto para

examinar sus embarcaciones. Hacían funcionar las garruchas, correr las maromas, subían y bajaban las velas, tocaban el fondo de la cala, inventariaban el repuesto de lona y cables, contaban las cestas y hacían repasar las redes. Después llevaban sus papeles a las oficinas del puerto para que aquellos señores tan orgullosos y malhumorados se dignasen despacharlos.

Cuando a mediodía volvió el Retor a su casa para comer, encontró en la cocina a la siñá Tona, que lloraba hablando con Dolores.

La vieja sostenía sobre sus rodillas un envoltorio, y apenas vio a su hijo, le increpó con ira.

«Parecía imposible que fuese padre. Le habían dicho que su nieto Pascualet se embarcaba en la *Flor de Mayo*, para hacer el aprendizaje de «gato». ¿Era posible esto? ¡Una criatura de ocho años, que aún debía estar en las faldas de su madre, o cuando más jugando en la tabernilla de su abuela, ir al mar como los hombres, a pasar fatigas y quién sabe si algo peor!…»

Ella se oponía. El chico no debía someterse a tal martirio; y puesto que la madre callaba y el padre era el inventor de tal barbaridad, ella, como abuela, consideraba necesario intervenir. Se llevaría al pequeño, para impedir semejante crimen. «¡Pascualet, tu abuela te llama!»

Pero el demonio del muchacho, enfundado en un traje nuevo de franela amarilla, descalzo, para mayor «carácter», con una faja que se le enroscaba hasta el pecho, gorra negra sobre la oreja y la blusa hinchada como un globo, pavoneábase imitando el aire desgarbado del tío Batiste y hacía muecas a su abuela, en venganza de la ofensa que le había inferido rogando por él.

No pensaba volver a la tabernilla de la playa; podía guardar la abuela sus meriendas; él era hombre, y quería ir al mar como segundo «gato» de la Flor de Mayo.

Sus padres reían las insolencias del muchacho. ¡Demonio de Pascualet! El Retor se lo hubiera comido a besos.

Lloraba la siñá Tona, como si le viera ya próximo a la muerte; pero el padre se indignó. «¿Quería callar? Cualquiera creería que mataban al chico., ¿Qué tenía aquello de extraordinario?

Pascualet iba al mar, como habían ido su padre y todos sus abuelos. ¿Deseaba la agüela que fuese un vago? Él le quería valiente y trabajador, sin miedo al agua, que es donde está la vida. Si cuando él muriese podía dejarle «un buen pasar», mejor que mejor. El chico no expondría su vida navegando; pero sabiendo lo que es una barca, nadie podría engañarle. Una desgracia a cualquiera

le ocurre; y porque su padre, el tío Pascual, había acabado como todos sabían, no debía imaginarse su madre que todos los pescadores deben morir ahogados. ¡Vamos… calle, calle y no haga reir!»

Pero la siñá Tona no podía callar. En aquella casa todos estaban endemoniados. El maldito mar los atraía, para acabar con la familia. Ella no podía vivir tranquila. ¡Si contase los espantosos sueños que tenía por la noche! Ya sufría mucho pensando en los peligros del hijo, y ahora, por si no tenía bastante, el nieto también.

El Retor, indiferente a los lamentos de su madre, se sentaba a la mesa ante la cazuela humeante. ¡Escrúpulos de vieja! ¡A comer, Pascualet!… Su padre quería hacerle el mejor marinero del Cabañal. Y para extremar sus bromas, quiso saber qué traía su madre en aquel envoltorio.

Volvió a llorar la siñá Tona. Era un obsequio bien triste. El miedo no la dejaba dormir. Había reunido la noche anterior todos sus ahorros, bien poca cosa, para hacer un regalo a su hijo: un chaleco salvavidas, comprado por mediación de una amiga al maquinista de un vapor inglés.

Y sacó a luz una coraza voluminosa de forradas escamas de corcho, que se plegaba con gran flexibilidad. El Retor' la contempló sonriendo. Bien estaba aquello; ¡lo que inventan los hombres! Algo había oído de tales chalecos, y se alegraba de poseer uno, por más que él nadaba como un atún y no necesitaba adornos.

Pero entusiasmado como un niño ante el regalo, abandonó la comida y se probó el chaleco, riéndose del grueso envoltorio, que le daba el aspecto de una foca, haciéndole respirar angustiosamente.

«Gracias; con aquello no era posible ahogarse, pero moriría de sofocación. Lo metería en la barca.» Y arrojó la coraza al suelo, apoderándose de ella Pascualet, el cual, con gran trabajo, se embutió en el salvavidas, asomando la cabeza y las extremidades como una tortuga dentro de su caparazón.

Al terminar la comida llegó Tonet. Traía una mano entrapajada. Era un golpe que había recibido poco después de levantarse. Y lo dijo de tal modo, que su hermano no quiso preguntar más ni le sorprendió la extraña mirada de Dolores. Alguna diablura de aquel loco; alguna riña en la taberna.

Con una mano inútil, de nada iba a servir en la barca. Debía quedarse en tierra, y ya lo tomaría su hermano a bordo dos días después; no pensaba tardar más en el regreso de esta primera salida, si la pesca era buena.

Mientras hablaba el Retor con gran tranquilidad, lamentándose de que su

hermano no fuese a bordo de la *Flor de Mayo*, Tonet y su cuñada bajaban la cabeza evitando mirarse, como si se sintieran avergonzados.

A media tarde empezaron los preparativos para la salida del bóu.

Mas de un centenar de barcas formadas en doble fila frente a los muelles inclinaban sus mástiles como un escuadrón de lanzas que saluda. Sus cascos se movían con incesante y gracioso contoneo. Estas embarcaciones, con rudo perfil de galera antigua, recordaban las numerosas armadas de Aragón, las flotas de pequeños barcos que, mandados por Roger de Lauria, fueron el terror del Mediterráneo. Iban los pescadores presentándose en grupos, con el hatillo a la espalda y el aire resuelto, lo mismo que las bandas de almogávares llegaron a la playa de Salou para ir en embarcaciones iguales o peores a la conquista de Mallorca. Tenía aquel embarque en masa y en tan groseros barcos un sabor tradicional, algo que hacía recordar la marina de la Edad Media, los bajeles de Aragón, cuya vela triangular lo mismo infundía espanto al moro de Andalucía que se destacaba amenazante sobre el risueño cielo de Grecia.

Todo el pueblo acudía al puerto. Mujeres y niños corrían por los muelles, buscando en la confusión de mástiles, cuerdas y cascos incrustados unos en otros, la barca donde iban los suyos. Era la emigración anual a los desiertos del mar; la caída en el peligro para sacar el pan de las misteriosas profundidades, que unas veces se dejan extraer mansamente sus riquezas y otras se alborotan, amenazando de muerte a los audaces argonautas.

Por las tablas en pendiente que unían las barcas con el muelle iban pasando pies descalzos, calzones amarillos, caras tostadas, todo el mísero rebaño que nace y muere en la playa, sin conocer otro mundo que la extensión azul. Esta gente embrutecida por el peligro, sentenciada tal vez a muerte, iba al mar para que otros seres vieran sobre su blanco mantel los moluscos rojos que huelen a violeta y tienen el aspecto de joyas de coral, los suculentos pescados con su mortaja de apetitosas salsas. La miseria iba a lanzarse en el peligro para satisfacer a la opulencia.

Empezaba a caer la tarde. Los últimos mosquitos de verano, hinchados, enormes, zumbaban en el ambiente impregnado de luz, brillando como un chisporroteo de oro. El mar se extendía tranquilo fuera del puerto hasta juntarse con el horizonte, y en la línea divisoria destacábase como vaga nube la cumbre

del Mongó.

Continuaba el embarque, tragándose aquella aglomeración de barcas hombres y más hombres. Hablaban las mujeres con animación del tiempo, de la pesca, que esperaban fuese buena; de la temporada que se preparaba, durante la cual podría haber pan abundante en sus casas. Los grumetes corrían por el muelle, descalzos y apestando a brea, para hacer los últimos encargos de sus patrones, embarcar la galleta, cargar el tonelillo del vino.

Cerró la noche; ya estaba toda la gente en las barcas; más de mil hombres. Sólo faltaba para salir que los señores de las oficinas acabasen de despachar los papeles. La multitud aglomerada en los muelles dio muestras de impaciencia, como el público de un espectáculo que se retarda.

Había en el acto de la partida una costumbre que cumplir. Desde tiempo inmemorial, todo el pueblo acudía a la salida del Mu, para insultar a los que se marchaban. Chistes atroces, sangrientas bromas se cruzaban entre los tripulantes y la gente aglomerada en las escolleras cuando las barcas salían del puerto; todo a la buena de Dios, sin mala intención, porque así lo marcaba la costumbre y porque era gracioso decirles algo a los… «lanudos» que se iban tranquilos a pescar, dejando solas a sus mujeres.

Tan arraigada estaba la costumbre, que algunos pescadores se preparaban con anticipación metiendo en sus barcas capazos de guijarros para contestar las insultantes despedidas a pedrada limpia.

Era una diversión cruel, digna de las playas levantinas, donde las bromas giran siempre con la mayor simplicidad sobre la mansedumbre del marido y la infidelidad de la mujer.

Se fue infamando como una guirnalda de fuego el rosario de faroles que orlaba los muelles. Titilaban los regueros de luz rosa sobre las mansas aguas del puerto, y las linternas de los buques brillaban en lo alto de los palos como estrellas verdes y encarnadas. Cielo y agua tomaron el mismo color ceniciento, destacándose los objetos como manchas negras. El puerto, el caserío y los buques parecían dibujados con tinta china sobre un inmenso papel gris.

¡Ya salían!… Izábanse las velas, y en la lobreguez transparentaban las luces del puerto, como piezas tendidas de crespón o sutiles alas de mariposas negras.

La pillería había ocupado lo más saliente de las escolleras para saludar a los que partían. ¡Cómo iban a divertirse! Había que agazaparse bien, para que no les tocase alguna piedra.

Salió la primera pareja, mansamente, con poco viento aún, cabeceando las

dos barcas como toros perezosos antes de tomar carrera. En la obscuridad eran reconocidas las «parejas» y los que iban en ellas

—¡Adiós!—gritaban las mujeres de los tripulantes—. ¡Bón viache!

Pero la pillería había roto ya en espantoso é infamante vocerío. ¡Qué lengüecitas! Hasta las mujeres injuriadas que estaban a espaldas de ellos reían como locas, celebrando sus ocurrencias. Era como un Carnaval de ruda licencia, en la que se mezclaban verdades y mentiras.

«¡Lanudos! ¡más que lanudos! Iban a pescar tranquilos, dejando solas a sus mujeres… Ya se encargaría el cura de acompañarlas. ¡Muuu! ¡Muuu!…»

E imitaban el mugido de los bueyes entre las carcajadas del gentío. Por un absurdo tradicional, era corriente despedir con tales insultos a unos hombres que tal vez iban al encuentro de la muerte. Los injuriados reían también, y para seguir la bárbara broma echaban mano a los capazos de piedras guardados previsoramente en sus barcas. Silbaban los guijarros como balas, chocando con los peñascos detrás de los cuales se ocultaba la procaz granujería.

Como en un aquelarre bullía la doble aglomeración de escandalosos duendes vomitando injurias cada vez que pasaba una pareja de embarcaciones entre las dos escolleras de la boca de la dársena.

Cuando las voces, ya roncas, enmudecían, cansadas de berrear, la provocación partía de las mismas barcas. Les molestaba a los marineros que saliese su «pareja» en silencio, y siempre partía de ella alguna voz de tripulante socarrón preguntando mansamente: «¡Ché! ¿que no mos diheu algo?»

¡Vaya si les iban a decir! Y se recrudecía otra vez el eterno grito de «lanudos». Este grito quedaba a veces apagado por el rugido de los caracoles marinos que soplaban los grumetes, misteriosa señal para reconocerse las barcas que formaban pareja y navegar juntas en la obscuridad, sin mezclarse con las otras embarcaciones que seguían el mismo rumbo.

Dolores estaba en una escollera, de pie, sin miedo a las pedradas, casi metida en la turba vociferante. Sus amigas se habían quedado atrás, por temor a un guijarro, y ella estaba allí sola. Sola no; un hombre se aproximaba lentamente a ella con fingida distracción, hasta quedar casi pegado a sus espaldas.

Era Tonet. La soberbia moza sentía en el cuello la respiración de su cuñado. Los rizados pelillos de su nuca erizábanse bajo su aliento abrasador. Volvía ella la cabeza, buscando en la obscuridad los ojos de Tonet, que fulguraban con hambrienta fiebre, y sonreía satisfecha por esta muda adoración.

Sentía deslizarse por su talle una mano ansiosa y ágil, la misma mano

entrapajada que, según había declarado Tonet horas antes, no podía mover sin gran dolor.

Las miradas de los dos expresaban lo mismo. Al fin, tenían una noche de libertad: ya no serían entrevistas rápidas, con zozobra y peligro. Solos, completamente solos toda la noche, y la otra y otra más… hasta que volviesen el Reto7' y su hijo. Tonet iba a acostarse en la cama del otro, como si fuese el dueño de casa.

Este placer criminal, este adulterio, al que se unía la traición al hermano, despertaban en los dos escalofríos de horrible voluptuosidad. Les hacía estrechar sus cuerpos, estremeciendo sus carnes con vibraciones puramente animales, como si lo infame de la pasión aumentase la intensidad del placer.

Un grito de la chiquillería les sacó de su somnolencia amorosa.

—¡El Retor! ¡ahí va el Retor!… ¡Esta es *Flor de Mayo*!

Para el pobre Pascual estaba reservado lo más fuerte de la fiesta. Ya no eran chicuelos los que gritaban. Los pocos hombres que habían quedado en tierra y el mujerío que odiaba a Dolores, unieron sus voces al ronco gritar de la pillería.

«¡Lanudo! Cuando volviese a tierra habría que acercarse a él capa en mano, como los toreros.» Y la gente vociferaba estos y peores insultos con verdadera furia, como quien sabe que no da golpes en vago. Con este patrón no era broma: le decían la verdad y nada más.

Tonet se estremecía, temiendo mayores indiscreciones de estos barbaros; pero Dolores, impúdica y audaz, reíase de veras, como si le hiciese mucha gracia la rociada de insultos que recibía su panzudo. Por algo era hija del tío Paella.

La *Flor de Mayo* iba pasando mansamente entre las escolleras, y de su popa salió la alegre voz del patrón, satisfecho de las ovaciones extraordinarias con que le acogían.

—¡Che! jDigau més! ¡digau més!

Esta provocación irritó a la muchedumbre. ¿Pedía que le dijeran más? Pues allá va. Y cerca, muy cerca de Tonet y Dolores, sonó una voz contestando a la provocación de un modo que hizo estremecer a los amantes.

«A ver si callaba el muy «lanudo». ¡A pescar sin cuidado! Su hermano Tonet se quedaba con Dolores para consolarla.»

El Retor soltó el timón y se puso en pie de un salto.

—¡Morrals!—rugió— ¡cochinos!…

«No; aquello no estaba bien. Bromas a él, todas las que quisieran; pero mezclar a la familia, era muy feo… muy indecente.»

Capítulo IX

AQUEL año protegió Dios a los pobres.

Así lo decían las pobres mujeres del Cabañal al agruparse por la tarde en la playa, dos días después de la salida de las barcas.

Volvían las parejas del bóu, viento en popa, y la rígida línea del horizonte aparecía dentellada por las innumerables aletas que se aproximaban a pares, como palomas unidas por una cinta, a flor de agua.

Hasta las más viejas del pueblo no recordaban una pesca tan afortunada. ¡Señor! ¡Si parecía que el pescado estaba allá dentro en grandes masas, esperando pacientemente las redes para entrar en ellas sin resistencia, aliviando la miseria de los pescadores!…

Sobre la arena, dentro de los cestones de caña, estaba toda aquella hermosura: los salmonetes de roca, contrayendo su lomo de suave bermellón con el estertor de la asfixia; los viscosos calamares y los pulpos, moviendo su maraña de patas, apelotonándose en su agonía; los lenguados, planos y delgados como suelas de zapato; las rayas, estremeciendo su titilante mucosidad; y sobre todo esto, la pesca más preciosa, los langostinos, que asombraban aquel año por su cantidad, transparentes como el cristal y destacando sobre las negruzcas cestas sus dulces tonos de nácar.

Plegaban las barcas sus enormes velas, quedando balanceantes a pocos metros de la orilla.

A la llegada de cada pareja agolpábase la multitud en el límite de las olas. Corrían las mujeres, arremolinándose sus faldas de sucio percal, con las caras rojas y las cabelleras de Medusa, gritando, increpándose, discutiendo para quién sería el pescado. Arrojábanse de las barcas los «gatos» con agua a la cintura,

para llevar a la orilla las cestas llenas de pescados, y apenas sus pies descalzos tocaban la arena seca, las mujeres de los patrones se apoderaban de su carga para venderla.

Poblábase como si fuese un pedazo de tierra el espacio de mar entre la orilla y las barcas. Pasaban los grumetes con el cántaro al hombro, enviados por la tripulación, cansada del líquido recalentado de los toneles y deseosa del agua fresca de la *font* del Gas. Las chicuelas de la playa, remangándose impúdicamente las haraposas faldillas, hundían en el mar sus piernas de chocolate para ir hasta las barcas y apropiarse algo de la pesca menuda. Algunas «parejas» habían de aguardar en seco hasta el día siguiente, y para tirar de ellas entraban olas adentro los bueyes de la Comunidad de Pescadores, hermosos animales, rubios y blancos, enormes como mastodontes, moviéndose con una pesada majestad y agitando su enorme papada con la altivez de un patricio romano.

Estas yuntas, que hundían la arena bajo sus pezuñas y de un tirón arrastraban las barcas más grandes, guiábalas *Chepa*, chicuelo enteco y giboso con cara de vieja, un engendro que lo mismo podía tener quince años que treinta, enfundado en un chubasquero amarillo, por debajo del cual asomaban dos piernecillas rojas, en las que la piel, siguiendo con fidelidad todas las ondulaciones del esqueleto, marcaba las aristas y los ligamentos de sus huesos.

En torno de las barcas que surgían lentamente del mar por el tirón de los bueyes, agitábase un círculo de pillería haraposa y greñuda, sacando medio cuerpo del agua, como los cortejos de nereidas y tritones que escoltan a las barcas mitológicas, y pidiendo a gritos que les echasen un puñado de cabéis.

En la playa se organizó un mercado, realizándose sus ventas a fuerzas de gritos, manoteos e insultos.

Las amas de barca regateaban y reñían detrás de sus repletas banastas con todo el rebaño vociferante que había de revender el pescado al día siguiente en Valencia. Cuando el ajuste se hacía por arrobas recrudecíanse los insultos, discutiendo si habían de entrar las piezas gordas o la simple morralla. Dos capazos pendientes de cuerdas y unos cuantos guijarros enormes servían de balanza y de pesas. Nunca faltaba algún chico del pueblo de la clase de «leídos» que se prestaba a ser secretario de las amas, llevando en un papel la cuenta de las ventas.

Rodaban empujadas por el pie del comprador las repletas espuertas, contempladas codiciosamente por los pillos de la playa. Pieza que caía «evaporábase», como tragada por la arena. Los buenos burgueses que venían de

Valencia para admirar el pescado fresco sentíanse empujados y casi pisoteados por la multitud arremolinada, que, como inquieta tromba, mudaba de sitio a la llegada de una nueva barca.

Dolores estaba en el mejor momento de su orgullo. Durante muchos años, al comprar en la playa el pescado como una simple vendedora, había sentido el deseo de ser ama de barca, para poder reñir e imponerse al mísero y escandaloso rebaño. Al fin se realizaban sus aspiraciones; y sorbiendo vanidosamente el aire con su graciosa nariz, erguíase entre los cestones recién desembarcados, mientras Tonet se cuidaba del peso y de apuntar las ventas.

Casi encallada en la mar baja, esperaba cabeceando *Flor de Mayo* a que los bujes la sacasen a tierra.

El Retor ayudaba a sus hombres a plegar la vela, y se detenía algunas veces para ver cómo su esposa discutía con las compradoras y marcaba los precios para que su cuñado los inscribiese en un papel. ¡Parecía una reina! Y el pobre hombre sentíase satisfecho al pensar que su Dolores le debía todo esto a él, a nadie más que a él.

En la proa erguía su hijo Pascualet la desmedrada figurilla, como si fuese el mascarón de la barca. Iba descalzo y sucio, con la camisa fuera del calzón, los faldones revoloteando al viento y completamente al descubierto su panza rojiza como la de una estatuilla de barro cocido. Inmóviles frente a la barca lo admiraban muchos infelices rateros de la playa, casi desnudos, negros por la pátina que da a las carnes el aire del mar, los miembros enjutos delatando la pobreza nutritiva de la salazón. ¡Qué suerte la del Retor! Traía la barca atestada de langostinos, que a dos pesetas libra… ¡tira! ¡tira! Y los miserables entornaban los ojos, como si viesen un deslumbrante oleaje de pesetas.

Chepa llegó con su pareja de poderosas bestias, y la Flor de Mayo, chirriando sobre los maderos sueltos en que resbalaba su quilla, empezó a salir a tierra.

El Retor había abandonado su barca y estaba frente a Dolores. Sonreía como un bendito ante su delantal con las puntas recogidas é hinchado por los enormes puñados de plata que parecían romper su tela. ¡Vaya una jornada! Con pocas así podían redondearse… Y la suerte tal vez se repitiera, pues el viejo que llevaba a bordo adivinaba los sitios donde estaba oculta la mejor pesca.

Pero interrumpió su entusiasmo para mirar las manos de su hermano. Los trapos habían desaparecido. ¿Ya estaba bueno? Se alegraba mucho; así podría embarcarse en la segunda expedición, é iba a ver lo que era divertirse. Daba

gusto pescar sacando las redes llenas con tanta facilidad. Pensaba salir al amanecer. Había que aprovechar la buena suerte.

Dolores, viendo terminada la venta, preguntó a su marido si iría a casa. El patrón no podía decirlo con certeza. No le gustaba abandonar la barca. La gente de la tripulación era capaz de irse a la taberna así que él volviese la espalda, y la embarcación no podía quedar sola en la playa, donde pululan los raterillos husmeando todo lo aprovechable. Tenía mucho que hacer, y si a las nueve de la noche no había llegado a la casa, podía ella acostarse.

Ordenó luego a Tonet que fuese a despedirse de su Rosario y a coger el hatillo. Antes del amanecer debía presentarse allí en la playa, pues él no quería esperar.

Cambió Dolores una rápida ojeada con su cuñado y se despidió luego de su marido, intentando llevarse a Pascualet. No; el muchacho quería quedarse en la barca, al lado de su padre. Al fin la arrogante hembra tuvo que partir sola, siguiendo los dos hombres con sus miradas el garboso contoneo de su cuerpo soberbio que se alejaba, empequeñeciéndose.

Permaneció Tonet en la playa hasta el anochecer, hablando con el *tío Batiste* y comentando con otros pescadores la inesperada abundancia de pescado. Se fue cuando el grumete empezaba a preparar la cena a bordo de la *Flor de Mayo*.

Pascual, al quedar solo, paseó por la arena con las manos metidas en la faja, oyendo el frufrú de sus calzones impermeables, que producían un roce de pergamino seco.

La playa estaba obscura. En las cubiertas de algunas barcas brillaban las fogatas de la cena, pasando ante ellas de vez en cuando las sombras de los tripulantes. El mar, casi invisible, mugía dulcemente, marcándose en ciertos momentos con débil fosforescencia. A lo lejos salían de la lobreguez de la tierra ladridos de perros y la voz de algún niño entonando una canción amortiguada por la distancia. Eran grumetes que se dirigían al Cabañal.

El Retor miraba la débil banda de luz rojiza que aún se marcaba en el horizonte detrás de la fila de lejanos tejados por donde se había ocultado el sol. No le gustaba aquel color. Como él decía, con su experiencia de marinero, el tiempo no estaba seguro.

Pero esto le preocupó poco, volviendo a pensar en sus negocios y en su dicha. No podía quejarse de la suerte. Hogar tranquilo, buena mujer, ganancias para construir antes de un año otra barca que formase pareja con Flor' de. Mayo, y un hijo digno de él, que mostraba gran afición al mar y sería con el tiempo el

mejor patrón del Cabañal. Podía tenerse por el más feliz de los mortales, y esto sin carecer de camisa, como el hombre dichoso del cuento, pues tenía más de una docena y un pedazo de pan para la vejez.

Pascual, animado por la contemplación de su felicidad, avivaba el torpe paso, restregándose las manos alegremente, cuando vio a poca distancia una sombra que se aproximaba con lentitud. Era una mujer, una mendiga tal vez, que iba por las barcas pidiendo como limosna el desperdicio de la pesca. ¡Válgame Dios, cuanta miseria hay en la tierra! Y como quería hacer partícipe de su dicha a todo el mundo, buscó la punta de su faja, donde llevaba enrolladas algunas pesetas revueltas con calderilla.

—Pascualo—murmuró la mujer con voz dulce y tímida—. ¿*Eres tú, Pascualo*?

¡Cristo! ¡qué chasco!… ¡Si era Rosario, su cuñada! ¿Venía en busca de su marido? Pues había hecho inútilmente el viaje. Debía estar ya en casa, esperándola para cenar.

Pero el alegre patrón quedó perplejo al saber que no buscaba a Tonet. ¿Qué hacía allí entonces?… ¿Quería hablar con él? Esta pretensión le extrañó. Trataba poco a la mujer de Tonet, y no podía adivinar para qué le necesitaba. Pero en fin, podía decir lo que quisiera.

Se cruzó de brazos mirando su barca, en la que Pascualet y el otro «gato» parecían danzar ante la marmita de la cena. Esperó las palabras de aquella sombra que permanecía con la cabeza baja, como poseída de invencible timidez.

«Vamos; podía hablar: él la escuchaba.»

Como si desease acabar pronto, diciéndolo todo de un golpe, Rosario irguió la cabeza y puso sus ojos en los del Retor, brillándole las pupilas con misteriosa fosforescencia.

Lo que tenía que decirle era que ya no podía sufrir más, y que ella y el Retor estaban haciendo reir a todo el Cabañal.

A ver: ¿quién hacía reir?… ¿Él?… ¿Y por qué motivo?… No creía haber hecho nada para que se burlasen del patrón de la *Flor de Mayo*, como si fuese una mona.

—Pascualo—dijo Rosario con enérgica lentitud, como quien se resuelve a todo—, *Pascualo… Dolores t’ engaña.*

¡Quién!… ¿Su mujer le engañaba?… ¡Cristo, esto sí que era bueno!

Y como un buey que recibe un mazazo, inclinó su cabezota por algunos instantes. Pero inmediatamente sobrevino la reacción. Había en aquel hombre fe

suficiente para resistir golpes mayores.

—¡Mentira! ¡Mentira!… ¡Vesten, embustera!

Si la obscuridad no hubiese sido tan densa, tal vez Rosario se habría asustado al ver la cara del Retor. Pataleó un poco, como si de la arena hubiese surgido aquella calumnia y quisiera aplastarla; movió sus brazos con expresión amenazante. Las palabras se le escapaban barboteando, como si fuese a ahogarse en un acceso de rabia.

«¡Ah, mala piel! ¿Creía ella que no la conocían?… Envidia, y nada más que envidia… Odiaba a Dolores, y mentía para perderla. ¡No le bastaba con no saber dirigir al pobre Tonet, y aún intentaba deshonrar a Dolores, que era una santa!… Sí señor, una santa, y ya quisiera ella llegarle a la suela del zapato.»

—¡Vesten!—rugía— ¡vesten, o te mate!

Pero a pesar de las amenazas con que acompañó esta orden para que se marchase, Rosario permaneció inmóvil, como si, resuelta a todo, no le intimidasen las amenazas del Retor.

—¡Si; t' engaña, Pascualo—repitió con desesperante lentitud—, t'engaña, y es en Tonet!

¡Recordóns! ¿También metía a su pobre hermano en la danza? La indignación le aturdió

Aquella mentira le parecía inaudita, y en su furor, sólo sabía repetir:

—¡Vesten, Rosario! ¡Vesten, o te mate!

Lo decía de un modo terrible, cogiendo a su cuñada por las muñecas, apretándolas con furia, empujándola de un modo tan amenazador, que la pobre mujer, al desasirse, mostró miedo y empezó a alejarse.

Pero antes habló. Había ido allí para hacerle un favor, para que no se rieran más las gentes de él; pero ya que lo deseaba, podía seguir siendo un «bendito».

—¡Bruto!… ¡llanut!

Y escupiendo estos dos insultos como despedida, huyó Rosario, quedando el Retor inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho.

«¡Oh, qué mala piel! ¡Cuán infeliz era su hermano con una mujer así!»

Sentíase satisfecho de su indignación. Buenas cosas había oído la envidiosa. Podía volver otra vez con mentiras…

Y paseó por la arena que humedecían las olas, sintiendo alguna vez el agua en sus gruesos zapatones.

Suspiraba gozoso al recordar la energía con que había procedido; pero algo empezó a escarabajearle en el cerebro y en el pecho, algo que crecía por

momentos y le apretaba la garganta, causándole mortal angustia.

¿Por qué no podía ser verdad lo que decía Rosario?… Tonet había sido novio de Dolores; por el hermano conoció él a su mujer. Se veían con frecuencia; hablaban solos horas enteras; ella mostraba gran interés por su cuñado… ¡Cristo! Y él sin sospechar nada, sin adivinar su deshonra… ¡Cómo se habría reído la gente!

Y pateó con furia la arena, cerrando los puños, profiriendo juramentos espantosos de los que guardaba para los días de borrasca.

Pero no; no era posible. ¡Cómo gozarían las gentes de mala lengua viéndole con esta rabieta de muchacho crédulo! Y en resumen: ¿qué le había dicho la otra? Nada; la misma broma con que varias veces le habían molestado sus amigotes… Mas los pescadores se permitían la injuriosa suposición para enfadarle y reírse de su gesto hosco, mientras Rosario lanzaba tales calumnias con la venenosa intención de poner en discordia al matrimonio. Pero todo eran mentiras. ¿Faltarle a él Dolores?… ¡Una mujer tan buena, y además con un hijo, con Pascualet, al que quería tanto!…

No podía ser. Y para convencerse mejor, para ahuyentar la angustia que le oprimía, el Retor paseó aceleradamente, diciendo con voz tan alterada por la emoción, que a él mismo le parecía procedente de otro:

—¡Mentira, tot mentira!

Esto le tranquilizaba. Tales palabras le daban alivio, como si convenciese con ellas al mar, a las sombras, a las barcas que habían presenciado la calumniosa afirmación de Rosario. Pero ¡ay! dentro llevaba el enemigo; y mientras la lengua repetía «¡mentira!», los oídos le zumbaban como si aún vibrasen en ellos las últimas palabras de su cuñada: «¡Bruto!… ¡llanut!»

No, ¡Recristo! todo antes que eso. Al pensar que podían ser ciertas las afirmaciones de Rosario, sintió el ansia de destrucción de que había hablado a Roseta días antes en el camino del Grao. Veía ahora a Tonet, a Dolores, y hasta a su hijo, como si fuesen terribles enemigos.

¿Y por qué no había de ser verdad todo?… Una mujer como Rosario podía calumniar a Dolores en el pueblo, si únicamente sentía envidia contra ella. Pero ir en busca del marido para revelarle la terrible verdad era algo que sólo podía hacer después de estar plenamente convencida de su desgracia.

Se sintió arrepentido de haber contestado brutalmente a su cuñada. Debió oírla, apurar toda la amarga verdad. El mayor dolor con su terrible certeza era preferible a una eterna inquietud.

—¡Pare!… ¡pare!—gritó una vocecita alegre desde la cubierta de la *Flor de Mayo*.

Era Pascualet, que llamaba a su padre para cenar. Él contestó negativamente. ¿Quién pensaba en comer, con aquella impresión que anudaba su garganta y le oprimía el estómago?

El patrón se aproximó a la barca, hablando a su gente con tono seco e imperioso. Podían cenar; él se iba al pueblo, y si no volvía, que durmiesen hasta el amanecer, hora de la salida.

Pascual se alejó sin mirar a su hijo. Como un fantasma atravesó la playa negra en línea recta, tropezando algunas veces con las barcas viejas, hundiendo otras sus gruesos zapatos en las marismas que forma el oleaje en días de tempestad.

¡Qué calma gozaba al ir en busca de Rosario! Ya no sentía el terrible zumbido en que iban envueltos los últimos insultos de su cuñada; ya no se agitaba su pensamiento, dándole agudas punzadas en el cerebro. Su cráneo parecía hueco. No sufría dentro del pecho pesadez alguna; sentíase con una ligereza asombrosa, como si caminase a saltos, sin tocar apenas el suelo. Únicamente continuaba el obstáculo de la garganta, el nudo asfixiante, y un sabor salobre en la lengua, como si estuviera tragando agua del mar.

Iba a saberlo todo, ¡todo! ¡Qué amarga delicia! Jamás habría sospechado que una noche iba a correr casi como un loco hacia la barraca de su hermano, a través de la playa y evitando las calles, como si le avergonzase la presencia de gentes.

¡Ay! ¡Qué bien le había sabido clavar el puñal aquella Rosario! ¡Qué misterioso poder tenían sus palabras, y qué demonio insaciable y furioso habían despertado dentro de él!

Entró casi corriendo en una calle de míseros pescadores que desembocaba en la playa. Las filas de olivos enanos orlaban sus aceras de tierra apisonada. Todos sus edificios eran mezquinas barracas con cercas de tablas viejas.

Empujó con tanta rudeza la puerta de la vivienda de su hermano, que la madera fue a chocar contra la pared interior. A la luz gimiente de un candil vio a Rosario sentada en una silla baja, con la cabeza entre las manos. Su aire de desolación ajustábase bien con este interior mísero, escaso en sillas, y sin otro adorno las paredes que dos estampas, una guitarra vieja y algunas redes inútiles. La barraca, como decían las vecinas, olía a hambre y a palizas.

Rosario, al oír el estrépito, levantó la cabeza, y viendo al Retor que obstruía

con su figura cuadrada el hueco de la puerta, sonrió con una expresión amarga:

—¡Ah! ¿eres tú…?

Le esperaba. Estaba segura de su visita. Podía pasar; no le guardaba rencor por lo de momentos antes en la playa. ¡Ay! A todos les ocurría lo mismo. La primera vez que a ella le hablaron mal de su marido no lo quiso creer, no quiso oír a la amiga que le revelaba sus infidelidades; riñó con ella, y después… después fue en busca suya para pedirle por Dios que hablase, como ahora venía él luego que en la playa casi la había pegado.

Así hacen todos los que quieren bien y se ven engañados: primero el furor, la rabia ante lo que creen mentira; después el maldito deseo de saber, aunque las noticias desgarren las entrañas.

«¡Ay, Pascualo!… ¡Cuán desgraciados eran los dos!»

Y Pascual, que había entrado ya en la barraca, cerrando la puerta detrás de él, estaba de pie ante su cuñada con los brazos cruzados, mirándola con una expresión hostil. Al verla, despertábase en su interior el odio instintivo que sentimos por todo el que mata nuestras ilusiones.

—¡Parla… parla!—dijo el Retor con voz fosca, como si le molestaran las palabras inútiles de su cuñada—. *Digues la veritat*.

El infeliz quería saber la verdad, toda la verdad. Mostrábase amenazante por la impaciencia, pero temblaba en su interior y hubiese deseado que los segundos fuesen siglos, para no llegar nunca a conocer las revelaciones de Rosario.

Pero ésta hablaba ya… ¿Tenía fuerzas para oírla y resistirlo todo? Iba a hacerle mucho daño, pero sólo le pedía que no la odiase después de haberla escuchado. Ella también sufría; y si hablaba, era porque no podía resistir más, porque odiaba a Tonet y a su infame cuñada, porque Pascualo la inspiraba la tierna conmiseración de los compañeros de infortunio.

Dolores le engañaba, y no era asunto de ayer.

Las criminales relaciones databan de antiguo; comenzaron a los pocos meses de haberse casado ella con Tonet. Aquella perra, al ver que Tonet era de otra mujer, lo había apetecido, y por Dolores cometió él la primera infidelidad después de su boda.

—¡Próbes!… ¡vinguen probes!—rugía el patrón, mirando a su cuñada con unos ojos amarillentos que parecían herirla.

Esta sonrió con expresión de lástima. ¿Deseaba pruebas?… Podía pedirlas a todo el pueblo, que hacía más de un año comentaba alegremente tales relaciones. ¿Quería oír toda la verdad? Pues bien; hasta los «gatos» y los marineros jóvenes,

cuando hablaban en la playa de algún marido engañado, decían como suprema exageración que era más «lanudo» que el Retor.

—¡Recordóns!—rugía Pascual, cerrando los puños y pateando el suelo—. Rosario… mira lo que parles. ¡Si no es veritat, te mate!

¡Matarla!… ¡Valiente caso hacía ella de la vida! Era hacerla un favor quitarla de en medio. Sin hijos, sola, teniendo que hacer una vida de bestia, muerta de hambre para dar alguna peseta al señor y que no la zurrase, ¿para qué quería seguir en el mundo?

—Mira, Pascualo, mira.

Y remangándose un brazo, mostró sobre la blancuzca y pobre piel que envolvía el hueso y los nervios algunas huellas amoratadas que delataban la presión dolorosa de una mano como una tenaza. ¡Y si fuese esto solo!… En todo el cuerpo podía enseñar marcas iguales. Eran caricias del marido cuando ella le echaba en cara sus relaciones con Dolores. Aquella misma tarde le había hecho lo del brazo, antes de ir a la playa a reunirse con su cuñada para ayudarle en la venta del pescado como si fuese su marido… ¡Cuánto se habría burlado la gente del pobre Retor!…

¿Quería más pruebas?… ¿Por qué no se había embarcado Tonet en la primera salida? ¿Qué herida era la de su mano, que sólo duró hasta que la *Flor de Mayo* hubo salido del puerto? Al día siguiente todos le habían visto sin los engañosos trapos.

¡Pobre Pascual! Mientras él iba al mar, a dormir poco, sufriendo el agua y el viento, todo por ganarse el pan, su mujer, su Dolores, se burlaba de él. Tonet se acostaba en su cama como un señor, caliente y regalado, burlándose del hermano tonto. Sí; era verdad: podía asegurarlo. Mientras él había estado en el mar, Tonet no había dormido en su barraca una sola vez, y aquella misma noche también estaba ausente. Se había llevado poco antes su hatillo de marinero, despidiéndose hasta la vuelta.

«¡Llora, Pascualo!… Su mujer y su hermano le creían pasando la noche en la playa, y tal vez en aquel momento se preparaban a acostarse en la cómoda cama del patrón…»

—¡Recristo!—murmuró el Retor con acento doloroso, levantando la cabeza como si protestase contra los de arriba, que permitían que a un hombre honrado le ocurrieran tales cosas.

Pero él no se entregaba fácilmente. Su carácter honrado y bueno se sublevó contra tanta monstruosidad. Pero aunque aceptaba en su interior la dolorosa

revelación, siguió gritando con voz amenazante:

—¡Mentira… mentira!

Rosario se enardeció. ¿Mentira?… Con hombres tan ciegos como él no valían pruebas. ¿A qué tanto gritar? ¿Iba acaso a comérsela? Era un topo, sí señor; un topo digno de lástima, que no veía más allá de sus narices. Otro, en su situación, ya habría adivinado desde mucho tiempo antes lo que ocurría. Pero él… ¡vaya una ceguera! Ni siquiera se había fijado en su hijo, para darse cuenta de a quién se asemejaba.

¡Este fue el peor golpe! El Retor, a pesar de la pátina bronceada que había dado a su tez el ambiente del mar, púsose pálido, con una blancura lívida. Vaciló sobre sus robustas piernas, como si la verdad le zarandease rudamente, y la sorpresa le hizo tartamudear con angustia.

«¡Su hijo!… ¡su Pascualet!… ¿Y a quién se parecía? A ver: que hablase pronto la mala pécora. Su hijo era suyo, muy suyo. A él únicamente podía parecerse.»

¡De qué modo rió la maldita! Parecía un demonio sarcástico. ¡Qué terrible gracia le hizo su paternal afirmación!… Y oyó aterrado las explicaciones de Rosario. Para ser hijo suyo, debía parecérsele, como él se parecía a su padre, el difunto tío Pascual. Y no era así, no. Pascualet se mostraba igual a su tío: los mismos ojos, la misma esbeltez, idéntico aire de «pinturero». ¡Ah, pobre Retor! ¡Ciego «lanudo»! Que se fijase bien, y vería cómo su hijo era igual a Tonet en la época que vivía en la barca de la madre y correteaba por la playa hecho un pillete.

Ahora el Retor ya no dudó. Aquello lo creía a ojos cerrados. Todo lo existente, cosas y personas, lo contempló con mayor claridad, con nuevas formas y desconocidos relieves, como un ciego que viene al mundo por primera vez. Era verdad. Lo mismo era su hijo que había sido el otro. Varias veces, contemplándolo, había adivinado su instinto una vaga semejanza con alguien que no podía definir.

Se llevó las crispadas manos al pecho como si fuese a desgarrarlo, a sacar de él algo que quemaba. Después se echó un fiero zarpazo a la cabeza.

—¡Recontracordóns! —gimoteó con una voz ronca que alarmó a Rosario—. ¡Santo Cristo del Grau!…

Anduvo algunos pasos como si estuviera ebrio. Luego se desplomó, temblando el piso de tierra apisonada con el choque de su corpachón. Sus piernas se levantaron del suelo horizontalmente y volvieron a descansar en él;

tan ruda fue su caída.

Cuando el retor despertó, estaba tendido de espaldas. Sintió en las mejillas un cosquilleo caliente, como si algún bichillo se escurriera sobre su piel con tibio contacto.

Llevóse una mano torpemente al dolorido rostro y la vio a la luz del candil manchada de sangre. Las narices le dolían. Comprendió que, al caer, su rostro había chocado contra el suelo, produciéndose una fuerte hemorragia.

Rosario estaba arrodillada junto a él, limpiándole la cara con un trapo mojado.

El Retor, al ver el rostro despavorido de su cuñada, recordó sus revelaciones y lanzó a Rosario una mirada de odio.

«¡Que no le ayudase! Podía levantarse solo. Le agradecía todo el mal que le había hecho. No; no eran necesarias excusas. ¡Si él estaba satisfecho!… Noticias como estas no se olvidan nunca. Y gracias que había tenido aquella pérdida de sangre; pues de lo contrario, era posible que se hubiera quedado muerto en el sitio, víctima de una congestión… ¡Ay, cómo sufría!… Pero también ¡cómo se iba a divertir! Ya se había cansado de ser bueno. ¿De qué sirve que un hombre sea honrado y se quite la piel trabajando por la familia? Ya se encargan de martirizarle los vagos y las malas pécoras, que están en el mundo para la perdición de los hombres de bien. Pero ¡cómo iba a divertirse! ¡Cómo se acordaría el Cabañal del Retor, el famoso lanudo!»

Y barboteando quejas y amenazas entre suspiros y rugidos, el patrón se restregó con el trapo el dolorido rostro, como si esta frescura le aliviase.

Avanzó hacia la puerta con ademán resuelto, hundiendo sus manazas en la faja. Rosario intentó cerrarle el paso con un gesto de terror, como si acabara de resucitar en ella la loca pasión por Tonet y temiese por su vida.

Debía ser prudente y esperar. ¿Quién sabe si todo eran mentiras, visiones de ella, murmuraciones de la gente? Tonet era su hermano.

Pero el Retor sonrió de un modo lúgubre. Ya era inútil que ella hablase; estaba convencido: se lo decía el corazón, y era bastante. El mismo temor de Rosario le confirmaba en su creencia. ¿Tenía miedo por Tonet? ¿Le quería? También él quería a su Dolores a pesar de todo. La llevaba en el pecho. Por más que hiciera, no podría sacar de allí dentro a la gran… punta. Y sin embargo, ya vería Rosario, ya vería todo el pueblo cómo procedía *Pascualo el llanut*.

—No, Pascualo—suplicaba Rosario, intentando agarrar sus poderosas manazas—. *Espera… Esta nit, no… atre día*.[6]

¡Oh! Él la adivinaba. Rosario sabía que aquella noche estaba su marido en su casa, junto con Dolores. Pero podía tranquilizarse. Decía bien: «aquella noche, no». Además, había olvidado su faca, y no era cosa de matar a bocados a la infame pareja… ¡Paso libre! ¡Allí se ahogaba!

Y apartando a Rosario con vigorosos empellones, se echó a la calle.

Su primera sensación al verse en la obscuridad fue de placer. Parecíale que acababa de salir de un horno y aspiró con deleite la brisa, cada vez más fresca.

No lucía estrella alguna; el cielo estaba encapotado. A pesar de su situación, Pascual, por su instinto de marinero, examinó el espacio y se dijo que al día siguiente sería malo el tiempo.

Después se olvidó del mar y del próximo temporal, y anduvo tiempo y más tiempo sin pensar en nada, moviendo las piernas instintivamente, sin voluntad, sin rumbo determinado, repercutiéndole los pasos dentro del cráneo, como si lo tuviese hueco.

Sentíase tan insensible como poco antes, cuando yacía tendido sin conocimiento en la barraca de Tonet. Dormía de pie, abrumado por el dolor, pero su sueño era ambulante; y a pesar de la parálisis de sus sentidos, las piernas movíanse aceleradamente, sin que Pascual notase que pasaba siempre por el mismo sitio.

Su única sensación era de amargo placer. ¡Qué alegría poder caminar amparado por las sombras, pasearse por unas calles que a la luz del sol no tendría el valor de atravesar!

El silencio causábale la dulce sensación que siente el fugitivo al verse en el desierto, lejos de los hombres y al abrigo de la soledad.

Vio a lo lejos, cortando el suelo, la faja de luz de una puerta abierta: alguna taberna tal vez. Y huyó tembloroso, agitado, como si acabase de encontrar un peligro.

¡Ay, si le viese alguien! Tal vez moriría de vergüenza. El más insignificante grumetillo podía hacerle huir. Obscuridad y silencio era lo que buscaba. Y siguió caminando, sin cansarse, tan pronto por las muertas calles de la población como por la playa, que también parecía darle miedo. ¡Recristo! ¡Cómo se habrían burlado de él en los corrillos! Todas las barcas viejas debían estar en el secreto, y cuando crujían era que celebraban a su modo la ceguera del patrón de la *Flor de Mayo*.

Varias veces despertó del sopor que inconscientemente le hacía errar sin descanso.

Una vez se encontró cerca de su barca y otra parado ante su casa y con la mano tendida hacia el aldabón… Había que huir de allí; quería sosiego y calma; tiempo le quedaba. Y este raciocinio fue poco a poco sacando su pensamiento de aquella catalepsia dolorosa.

No se entregaba; ¡nunca! Sabrían todos quién era él; pero esto no impedía que fuese encontrando ciertos motivos para disculpar a Dolores. Al fin no desmentía su casta. Era legítimo retoño del *tío Paella*, aquel borrachón que tenía por abonadas a las chicas del barrio de Pescadores y en su casa hablaba lo mismo que si su hija fuese otra de la parroquia. ¿Qué había aprendido de su padre? Cochinadas, nada más que cochinadas, y así había salido ella. La culpa era de él, ¡grandísimo bruto!, casándose con una mujer que forzosamente había de resultar tal como era.

Ya lo decía su madre… La que mejor conocía a Dolores era la siñá Tona, y por eso se opuso a que la hija de *Paella* fuese su nuera. Dolores era una mala mujer; pero él no podía chillar muy alto, pues resultaba culpable por haberse casado con ella.

A quien odiaba era a Tonet… ¡Deshonrar a un hermano! ¿Cuándo se había visto tal monstruosidad? Tenía que arrancarle el alma.

Pero apenas formulaba en su interior los horribles deseos de venganza, surgía la protesta de la sangre. Oía la voz de Rosario diciéndole como amarga advertencia que Tonet era su hermano. ¿Cuándo se había visto que un hermano matase a otro? Caín únicamente, aquel hombre perverso, del que había oído hablar con tanta indignación al cura del Cabañal… Además, ¿Tonet era culpable?… No; el culpable era él, nadie más que él. Ahora lo veía con claridad. Le había quitado la novia al pobre Tonet; Dolores y él se amaban antes de que el Retor pensase en decir una palabra a la hija de *Paella*. Y había sido un disparate, como todo lo suyo, casarse con una mujer que era de su hermano.

Lo que ahora le afligía tanto era forzoso que ocurriese. ¿Qué culpa tenían los dos, si al verse juntos, en continuo trato por el parentesco, había resucitado la antigua pasión?

Se detuvo unos instantes, como abrumado por su propia culpabilidad que le parecía evidente, y al darse cuenta del lugar donde se hallaba, vióse en la playa, a pocos pasos de la taberna de su madre.

La barcaza vieja y sombría asomando entre las cercas de cañas evocó el recuerdo del pasado. Vióse pequeño, correteando por la arena, llevando en brazos a su hermano, diablejo exigente que le martirizaba con sus caprichos. Su

vista pareció traspasar las viejas tablas de la barcaza, hasta el angosto camarote de su infancia. Creyó sentir la tibia caricia de la colcha que los había cubierto amorosamente a los dos: a él cuidadoso y solicito como una madre, y al otro, a su compañero de miseria, que apoyaba sobre sus mejillas la morena cabecita.

Sí, tenía razón Rosario. Era su hermano; mejor aún: era su hijo, pues él, más que la siñá Tona, había cuidado del encantador pillete, plegandose a todas sus exigencias como un esclavo cariñoso.

¿Y le había de matar?… ¡Dios mío!… ¿Quién había imaginado tal monstruosidad? No; perdonaría; por algo era cristiano y creía a ojos cerrados en todas las palabras de su amigo don Santiago.

La calma de la playa, su obscuridad de caos, la ausencia completa de todo ser humano, infiltraban la dulzura en su indignada rudeza, inclinándolo al perdón.

Sintióse nacer a una vida nueva; hasta le parecía que era otro quien pensaba por él. La desgracia aguzaba su inteligencia.

Dios era el único que le veía en aquel momento: a Él solo tenía que dar cuentas; ¿y qué le importa a Dios que una mujer engañe o no engañe a su marido? Pequeñeces; miserias de los gusanillos que pueblan este mundo; lo importante era ser bueno y no contestar a la infidelidad con un nuevo crimen.

El Retor regresó lentamente hacia el Cabañal. Experimentaba un gran alivio. La frescura del ambiente parecía haber penetrado en su ardoroso interior. Sentíase débil. Desde por la mañana no había comido, y aquel golpe en el rostro le causaba una picazón molesta.

Sonaron a lo lejos relojes dando la hora… ¡Las dos! Parecía imposible la rapidez con que había transcurrido el tiempo. Más pesadas le iban a resultar las pocas horas que aún quedaban hasta el amanecer.

Al entrar en una calle oyó una voz de niño que cantaba. Algún grumetillo que iba hacia su barca. El Retor lo distinguió en la obscuridad pasando por la acera de enfrente cargado con dos remos y un lío de redes. Este encuentro le trastornó.

Dentro de él existían dos seres; ahora lo comprendía. El uno era el de siempre: el trabajador bondadoso y crédulo, penetrado del afecto a todos los suyos; el otro la bestia que él presentía al pensar en la posibilidad de ser engañado, y que ante la traición estremecíase con un delirio de sangre.

En la obscuridad sonó una risotada fosca y estridente del Retor. ¿Quién hablaba de perdonar? ¡Valiente paparrucha! Reíase él del imbécil que momentos antes se enternecía como un niño ante la barcaza de la siñá Tona. *¡«Lanudo»!*

¡Cobarde!… Todos sus lloriqueos eran excusas de poltrón, pretextos de un hombre sin agallas para vengarse. Que perdonase don Santiago y todos los que sabían decir cosas tan bonitas… Él era un marinero, un hombre con más colgantes que un toro pardo, y el que se la hacía, ¡redéu!, se la pagaba, así se metiese en el vientre de un tiburón. *¡«Lanudo»! ¡Cobarde!…*

Y el patrón, ofendido por el recuerdo de la pasada debilidad, se insultaba, dábase furiosos puñetazos en el pecho, como si quisiera castigar la bondad de su carácter.

¡Perdonar!… Aún podría hacerlo viviendo en un desierto; pero él vivía en un pueblo donde todos se conocían. Dentro de pocas horas, así como pasaba aquel chicuelo, irían por las calles centenares de personas, que al verle se tocarían con el codo, diciendo entre risas: «Ahí va Pascualo el llanut.» Y eso no, ¡Cristo! antes la muerte. No le había echado su madre al mundo para hacer reir a todo el Cabañal, como si fuese un mico. Mataría a Tonet, a Dolores, a medio pueblo si se le ponía delante, y después, ¡venga lo que Dios quiera! El presidio se ha hecho para los hombres que tienen agallas, y si le castigaban con algo peor, también lo aceptaba. Tal vez había nacido para morir sobre la cubierta de su barca, y lo mismo le daba que le apretasen el cuello en lo alto de un cadalso: todo era caer sobre tablas… ¡Recristo! Ahora verían quién era él.

Y echó a correr con los brazos encogidos, la cabeza baja, rugiendo como si fuese a acometer, dando furiosos encontronazos en las esquinas, guiado por el instinto, por el ansia de destrucción que le llevaba rectamente hacia su casa.

Agarró la aldaba, y un repiqueteo feroz e incesante conmovió la puerta, haciendo crujir las grietas de la madera. Quiso gritar, insultar a los infames para que saliesen, escupirles las tremendas amenazas que le bullían dentro del cráneo, pero no pudo. Sentía una parálisis en su cabeza, como si toda la vida se hubiese concentrado en sus manazas, que casi arrancaban el aldabón, y en los pies, que golpeaban la puerta, incrustando en las maderas los clavos de sus zapatos.

Le pareció poco esto; necesitaba hacer algo más para aterrar a aquella pareja de canallas. Y agachándose, agarró de en medio de la calle un enorme pedrusco y lo arrojó como una catapulta contra la puerta, haciéndola crujir dolorosamente, conmoviendo toda la casa.

En el silencio que se hizo después de este estrépito, el Retor oyó el ruido de algunas ventanas que se abrían. Quería venganza, pero no que rieran los vecinos.

Adivinó lo ridículo de su situación si le sorprendían golpeando la puerta de su casa mientras los otros estaban dentro; y aterrado por las nuevas burlas que

caerían sobre él, huyó y fue a refugiarse en la esquina inmediata.

Oyó cuchicheos y risas durante un buen rato. Después se cerraron las ventanas y la calle quedó otra vez en silencio.

El Retor, con sus ojos de marinero, acostumbrados a las noches lóbregas, veía desde la esquina la puerta de su casa. Allí permanecería si era preciso hasta que saliese el sol.

Esperaba a su hermano… ¡A su hermano, no al canalla de Tonet! Y cuando saliese… Era lástima no tener la faca a mano; pero le mataría de cualquier modo: le apretaría el gaznate, le machacaría el cráneo con cualquier pedrusco de la calle. En cuanto a ella, entraría luego en su casa y le abriría el vientre con el cuchillo de la cocina, algo. ¡Ya veremos! Puede que al pasar el tiempo se le ocurriera otra barbaridad más chistosa.

Y el Retor, agazapado en la esquina, entreteníase en discurrir tormentos; gozaba recordando cuantas clases de muerte había oído relatar, las aplicaba todas a la infame pareja, y hasta se regodeó mentalmente con la esperanza de encender en la playa una pira de barcos viejos, tostándolos a los dos a fuego lento.

¡Qué frío hacía!… Pasada la locura furiosa que le acometió al encontrarse con el grumete, sentía ahora una laxitud general, una debilidad paralizante. La humedad de la noche parecía meterse hasta en sus huesos, y el estómago le atormentaba con dolorosos estremecimientos. ¡Ay, Dios! No en balde se sufren los pesares. ¡Qué enfermo se sentía!… Por esto debía matar a aquellos infames, o de lo contrario acabarían con él a fuerza de disgustos.

Aquella misma noche había conocido su desgracia, y ya se sentía envejecido, con el robusto corpachón dominado por extraña debilidad.

Las tres. ¡Cuán lentas pasaban las horas! Y seguía allí, inmóvil, sintiendo que la parálisis de sus miembros se apoderaba también de su pensamiento.

Ya no imaginaba terribles castigos; no pensaba nada, y más de una vez se preguntó qué hacía allí. Toda su voluntad estaba concentrada en sus ojos, que no se apartaban un instante de la cerrada puerta.

Hacía ya mucho rato que habían sonado las tres y media, cuando el Retor creyó percibir un ligero chirrido y que se abría el postigo de su casa. Un bulto se despegó de la obscura puerta, y por unos instantes permaneció inmóvil, como si mirase a ambos lados de la calle, temiendo ser espiado.

Volvió a percibirse el chirrido, el choque de las maderas cerrándose, al mismo tiempo que el Retor, entumecido por la humedad, se incorporaba trabajosamente.

Al fin le llegaba su hora buena. Y corrió hacia el bulto; pero éste tenía unas piernas envidiables, y al ver venir un hombre hacia él, dio un salto prodigioso y emprendió carrera. Los vecinos madrugadores oyeron desde la cama la ruidosa persecución, aquel galope furioso que hacía temblar las aceras de ladrillos.

Perseguíanse, jadeantes e impetuosos, en la obscuridad. El Retor se guiaba por una mancha blanca, algo así como un hatillo que aquel hombre llevaba en la espalda; pero a pesar de sus esfuerzos adivinó que perdería la pista, pues la distancia entre él y el perseguido aumentaba rápidamente. Sus piernas de marinero eran para sostenerse erguido en la borrasca, no para correr. Entorpecíale el entumecimiento de la humedad. Además, bien conocía que había de habérselas con su hermano, famoso desde pequeño por su agilidad y ligereza.

En una encrucijada le perdió de vista, como si se hubiera disuelto en la sombra. Huroneó por las calles inmediatas buscando al perseguido, sin encontrar el menor rastro. ¡Buenas piernas tenía el ladrón!

Abríanse algunas puertas, dando paso a los madrugadores que tenían su trabajo en la playa, y el Retor huyó, dominado por el terror que le inspiraba la presencia de extraños.

Nada le quedaba que hacer. Había perdido hasta la esperanza de vengarse. Y se encaminó a la playa, temblando de frío, sin voluntad, sin fuerzas para pensar, resignado con su suerte.

Empezaba el movimiento en torno a las barcas. Sobre la arena obscura brillaban como luciérnagas los farolillos de la marinería, que acababa de despertar.

El Retor vio luz en la taberna de su madre; Roseta había levantado la hoja de madera que se cerraba sobre el mostrador, y estaba detrás de éste, arrebujada en su mantón, soñolienta, con la aureola de rubios y encrespados cabellos escapándose por debajo del pañuelo de seda y la naricilla roja por el frío del amanecer.

Esperaba a los primeros parroquianos, y tenía sobre el mostrador, pronta a servir, los vasitos y la botella de aguardiente. La madre dormía aún en su camarote.

Cuando Pascual se dio cuenta de lo que hacía, ya estaba plantado ante el mostrador… «¡Una copa!» Roseta, en vez de servirle, le miró fijamente con sus ojos claros, que parecían registrarle hasta el alma. El Retor tembló… «¡Ay! ¡Aquella chiquilla… qué lista era! Todo lo adivinaba…» Y el patrón, para salir del paso, apeló a la brutalidad.

«¡Recordóns! ¿No había oído? Quería una copa.» Y realmente la necesitaba, para echar lejos de sí el frío mortal que estremecía sus entrañas. El, siempre tan sobrio, quería beber, emborracharse, anegar en aguardiente aquel entorpecimiento de idiota que le dominaba.

Bebió… pidió otra copa, ¡y otra después! Y mientras tragaba el aguardiente de un sorbo, su hermana tenía los ojos fijos en él, como si leyese en su rostro todo lo ocurrido.

¡Qué bien se encontró Pascual! ¡Aquello reanimaba! Parecíale que la fría atmósfera del amanecer se iba caldeando. Sintió un tibio cosquilleo bajo la piel, y casi rió al recordar la veloz persecución por las calles que tanto le había fatigado. Experimentaba la necesidad de ser bueno, de querer a todo el mundo, comenzando por aquella chica, por su hermana, que seguía mirándole. «Sí; lo proclamaba muy alto: Roseta era la honra de la familia; todos los demás unos cochinos, y él el primero. ¡Ah, Roseta! ¡Qué talento tenía! ¡Qué «finura»! Sabía decir las cosas con «diplomacia»; bien se acordaba él de lo del camino del Grao. No era como otras locas, que daban disgustos de muerte y ponían a un hombre a dos dedos de la perdición. Además, ¡qué talento!… Ella estaba en lo cierto: los hombres, todos unos pillos o unos imbéciles. Que pensase así por muchos años. Mas valía aborrecer a los hombres, que no fingirles cariño, como otras hembras, para después engañarlos y perderlos.»

Y el Retor, enardeciéndose con sus propias palabras, braceaba y gritaba, oyéndosele desde lejos. Sonó un roce fuerte dentro del camarote de Tona, y al través de la gruesa cortina salió su voz con inflexiones cariñosas:

—¿Eres tú, Pascualo?

Sí, era él, madre; iba a su barca para ver lo que hacía su gente. No debía levantarse aún. El tiempo era malo.

Empezaba a amanecer. En el horizonte, sobre la obscura faja del mar, marcábase otra de luz indecisa y lívida. El cielo estaba encapotado. Sobre la playa, una densa bruma borraba el contorno de los objetos, marcándose éstos con ligeras manchas.

El Retor pidió otra copa: la última; y antes de alejarse pasó su callosa mano por las frescas mejillas de Roseta.

«¡Adiós! Ya lo sabía: ella era la única mujer buena de todo el Cabañal. Debía creerle a él, que era su hermano. ¡No te cases nunca!»

Cuando llegó cerca de la *Flor de Mayo*, silbando con indiferencia, cualquiera lo hubiera creído alegre, a no ser por el extraño brillo de sus ojos amarillentos,

que parecían salírsele del rostro, rubicundo por el alcohol.

Sobre la cubierta de la barca, erguido con petulancia, como si quisiera enterar a todo el mundo de que estaba allí, mostrábase Tonet. A sus pies veíase el blanco hatillo, el mismo que saltaba sobre su espalda al correr por las calles del Cabañal.

—¡Bon día, Pascualo!—gritó al ver a su hermano, como si tuviera prisa por hablarle y desvanecer sus temerosas sospechas.

¡Ah, ladrón!… ¡Y qué desvergonzado era! Pero antes de que Pascual pudiese contestarle, cuando empezaba a sentir la misma fiebre de horas antes, se vio rodeado por algunos compañeros.

Los patrones de las barcas celebraban consejo; se iban agrupando, sin quitar su vista del horizonte.

El tiempo presentábase amenazador y resultaba una temeridad salir al mar. Era lástima, porque el pescado se presentaba tan abundante, que podía cogerse con las manos; pero la piel de un hombre vale más que el negocio.

Todos eran de la misma opinión. El tiempo se «ensuciaba»; había que quedarse.

Pero Pascual protestó. ¿Quedarse? Eso que lo hicieran otros. Él iba a la mar. Aún no se habían conocido temporales bastante fuertes para darle miedo. El Retor decía esto con resolución, como si le ofendieran aquellos propósitos de quedarse. Al que le faltasen… «agallas» que no saliera. Allí quería él ver a los hombres.

Y volvió la espalda, sin atender a razones. Quería huir de la tierra, alejarse de aquellos que conocían su desgracia y podían burlarse. ¡A la mar!… Ya llegaban los bueyes del arrastre. ¡Aquí los de la Flor de Mayo! ¡Toda su gente a tierra! A poner los *parats*, para que la barca se deslizase sobre estas maderas hasta entrar en el agua.

Y la gente de a bordo, influida por la costumbre, obedeció al patrón. El *tío Batiste* fue el único que protestó con toda su autoridad de lobo marino.

«¡Rediel! Esta orden era una barbaridad. ¿Dónde tenía los ojos el Retor…? ¿No veía acercarse el temporal?»

¡Mutis, agüelo!» Aquello, cuando más, reventaría en agua; y al que está acostumbrado al mar, le importa poco un chubasco más o menos.

Pero el viejo siguió protestando. Reventaría en agua o en viento; y si ocurría esto último, ya podían rezar el postrer padrenuestro aquellos marineros a quienes pillase.

El patrón protestó con una rudeza extraña en él, pues siempre tenía costumbre de tratar respetuosamente al viejo… «¡Tío Batiste, a casa! Sólo servía ya para sacristán del Cabañal. Él no quería carroñas ni cobardes en su barca.»

«¡Recontracordóns!… ¿Cobarde él? ¡Un hombre que había ido en falucho a la Habana y naufragado dos veces! ¡Redéu! (y que le perdonase el pecado el Santo Cristo del Grao): si tuviera veinte años menos, por aquella palabra ya habría sacado la faca, echándole las tripas al suelo. ¡A la mar, y que todo se lo llevase el demonio! Bien lo decía el refrán: «Donde hay patrón no manda marinero.»

Y mascullando su indignación, ayudó a colocar las últimas viguetas, cuando la proa de Flor de Mayo tocaba ya el agua.

Otra pareja de bueyes arrastró al mismo tiempo la barca vieja que el Retor tenía alquilada para formar pareja con la suya. Al poco rato, ambas embarcaciones balanceábanse sobre las rompientes de la playa e izaban su gran vela latina, tomando viento con rapidez.

Los patrones se agruparon, perplejos y agitados, mirando con codicia las dos barcas que se alejaban y haciendo indignados comentarios.

Aquel «lanudo» se había vuelto loco. El muy ladrón iba a hacer su negocio, y ellos, por cobardes, se quedarían con las manos en los bolsillos.

Esta suposición les irritó, como si el Retor fuese a apoderarse de toda la pesca que había en el mar. Los más codiciosos y audaces se decidieron. Ellos eran tan hombres como el que más y podían ir donde fuese otro. ¡Barcas al agua!

La resolución fue contagiosa, y los conductores de los bueyes no sabían dónde acudir, pues todos querían ser los primeros, como si se hubiera generalizado la locura del Retor. Parecía que temiesen ver agotada la pesca de un momento a otro.

Las mujeres gritaban de miedo al ver a sus hombres lanzarse en tal aventura, y proferían maldiciones contra el Retor, un «lanudo» que quería perder a toda la gente honrada del Cabañal.

La siñá Tona, en ropas menores, con la escasa cabellera gris flotando sobre el cráneo, acababa de llegar a la orilla. Estando en la cama le habían dicho la locura de su hijo y corría a evitarla. Pero las dos barcas ya estaban muy lejos.

—¡Pascualet!—gritaba la pobre mujer formando bocina con sus manos—. ¡Fill meu!… ¡Torna…, torna!

Y al convencerse que no podía oírla, tirábase de los escasos pelos y prorrumpía en gemidos y aclamaciones.

«¡María Santísima! Su hijo iba a morir. Se lo decía el corazón. ¡Ay, reina y soberana! Todos morirían: sus dos hijos, su nieto. Parecía que una maldición pesase sobre la familia. La mar cochina se los tragaría a todos, como ya había devorado a su pobre Pascual.»

Y mientras la pobre mujer gritaba como una loca y las demás le hacían coro, los marineros, ceñudos y sombríos, empujados por el egoísmo de la rivalidad, por la necesidad del pan, que hace afrontar los mayores peligros, entraban en el agua hasta la cintura y montaban en sus barcas, tendiendo las grandes velas.

Poco después, un enjambre de manchas blancas marcábase en la bruma de aquel amanecer tempestuoso, corriendo desoladas mar adentro, como si las atrajese la fatalidad.



A las nueve navegaba la *Flor de Mayo* frente a Sagunto, en el espacio libre que el tío Batiste —con su afición a guiarse por el fondo submarino más que por los accidentes de la costa—marcaba entre la Roca del Puig y el Algar de Murviedro.

Ninguna «pareja» se había atrevido a ir tan lejos.

Por la parte de Valencia, y prolongándose hacia Cullera, marcábanse como puntos blancos las otras barcas emparejadas.

El cielo era gris, y el mar de un morado tan intenso, que la lustrosa curva formada entre dos olas tomaba el color del ébano. Ráfagas largas y frías agitaban las velas, con ruidosos estremecimientos.

La *Flor de Mayo* y la otra barca de la pareja avanzaban con todas las velas desplegadas, arrastrando la red del bóu, cada vez más pesada y tirante.

El Retor iba en la popa, empuñando la caña del timón. Apenas si miraba al mar: el instinto era quien movía su mano para enderezar la marcha de la barca.

Sus ojos estaban fijos en Tonet, el cual, desde que salieron, parecía huir de él. Cuando no miraba a su hermano, contemplaba a Pascualet, erguido al pie del mástil, como si con su desmedrada figurilla quisiera desafiar a aquel mar que en su segundo viaje empezaba a mostrarse alborotado

La barca dio algunos tumbos al saltar las olas cada vez más violentas, pero los tripulantes eran gente avezada a la navegación en barcos pequeños y andaban sobre la movediza cubierta con gran seguridad, expuestos a cada paso a caer al agua.

El Retor no apartaba la vista de su hermano y de su hijo. Sus ojos iban con expresión interrogante de uno a otro, como si hiciese mentalmente una

minuciosa comparación.

Su calma era de las que inspiran miedo. Estaba pálido, a pesar de lo bronceado de su tez; sus ojos tenían el enrojecimiento de la vigilia. Apretaba los labios como si temiera que se escapasen las palabrotas de ira que afluían a su lengua y que mascullaba sordamente.

No le había engañado Rosario… ¿Dónde tenía antes los ojos, para no ver esta asombrosa semejanza? ¡Cómo habría reído de él la gente! Su deshonra estaba visible; era la misma cara, el mismo gesto. Pascualet le recordaba el otro chicuelo delgado y nervioso al que había servido él de niñera en la playa. Era el hijo de Tonet, no podía negarlo.

Y el patrón, según se iba convenciendo de su deshonra, arañábase el pecho y lanzaba miradas de odio al mar, a su barca y hasta a los marineros, que a hurtadillas le examinaban con inquietud, creyendo que esta ira se la causaba el mal tiempo.

¿Por qué deseaba trabajar? No mantendría más a la perra que por tanto tiempo le había puesto en ridículo. ¡Adiós ilusiones de hacer a Pascualet el pescador más rico del Cabañal! ¿Era acaso suyo, para interesarse tanto por su suerte? Nada deseaba ya en el mundo; morir, y que pereciese con él toda su obra.

Odiaba ahora a su *Flor de Mayo*, la hija de madera, a la que había hablado tantas veces como si fuese un ser humano. Deseaba su inmediata pérdida, como si le avergonzase el recuerdo de las dulces ilusiones acariciadas cuando estaba ocupado en su construcción. Si el mar hubiese obedecido inmediatamente a sus deseos, cualquiera de aquellas olas, en vez de levantar la barca rudamente sobre su espumeante cima, se habría abierto para tragarla.

La red era cada vez más pesada, y ambas embarcaciones, arrastrando la enorme pesca, cabeceaban sobre las olas con dificultad

De la barca vieja que formaba pareja con la Flor de Mayo preguntaron si era llegado el momento de *chorrar*.

El Retor sonrió con amargura. Bueno, que chorrasen; lo mismo le importaba ahora que después. Los tripulantes de la Flor de Mayo agarraron el cabo de la red que arrastraba la «pareja» y empezaron a tirar con gran esfuerzo.

Tonet y los otros marineros, a pesar de lo ruda que era esta faena y del mal tiempo, mostráronse alegres. ¡Vaya una redada! A quintales iba a salir el pescado.

El *tío Batiste*, tendido en la proa y mojado por los espumarajos de las olas, miraba al horizonte por la parte de Levante, donde el celaje plomizo parecía

condensarse, formando una masa de negruzco vapor.

Llamó a Pascual para que mirase; pero el Retor tenía fijos sus ojos en el grupo de los tripulantes que tiraban de la red. Por una casualidad, Tonet y su sobrino estaban juntos, y la semejanza de sus rostros resaltaba aún más ante la mirada del patrón.

—¡Pascualo… Pascualo!—gritó el viejo pescador con voz algo temblorosa —. ¡Ya está ahí!

¿Quién?… ¡Quién había de ser! La tempestad, la tormenta que desde el amanecer estaba esperando el *tío Batiste*.

La masa de sombras que se aproximaba, agrandándose por momentos, se partió con la luz cárdena de un relámpago. Después sonó el trueno, como si todo el cielo fuese una inmensa pieza de tela que se rasgaba con estrépito.

Sólo faltaba lo otro, el terrible Levante, que barre impetuosamente con un halito de muerte todo el golfo de Valencia; y el Levante llegó.

La Flor de Mayo se acostó, como si una mano poderosa, agarrando su quilla, pugnase por voltearla. El agua invadió la cubierta, y la gigantesca vela se tendió sobre las olas, aleteando y volviendo a caer como un pájaro moribundo.

Esta caída de lado, que iba a hacerles zozobrar, fue obra de un instante. El primer empujón del vendaval, pillando de lleno la tendida vela, la aplastó sobre el agua, acostando a la barca.

El tío Batiste y el Retor, arrastrándose por la cubierta, llegaron hasta el mástil, y deshaciendo el nudo de las jarcias, arriaron la vela.

Esta maniobra salvó a la embarcación, recobrando gracias a ella su estabilidad normal.

La *Flor de Mayo*, con el timón abandonado, giró como una peonza en las aguas bullentes, que se hinchaban con lívidas y arrolladoras tumefacciones.

El Retor corrió a popa para agarrar la caña. La barca se movía con dificultad. Arrastraba la pesadísima red que momentos antes había contribuido a su salvación, sirviendo de contrapeso a la vela combatida por el huracán.

El patrón vio a la otra barca de su «pareja» alejarse, presentando la popa. Los tripulantes habían cortado la red, para no zozobrar con su peso, y huían hacia Valencia perseguidos por el furioso Levante, que levantaba enormes olas. Eran rectas como muros, arrolladoras, voraces, y de pronto se combaban y caían con ensordecedor estrépito, sólo comparable al de los truenos que rasgaban continuamente el espacio.

Era preciso imitar este ejemplo, librarse del peso que entorpecía la maniobra

y poner la proa hacia Valencia.

La cuerda de la red fue cortada. Desapareció, arrastrado por las olas, el peso que parecía apresar a la barca, y la Flor de Mayo pudo obedecer con más facilidad al timón.

El Retor ostentaba la serenidad valerosa de las grandes ocasiones. «¡Oído todo el mundo! ¡Atención a lo que él mandase y a obedecer con prontitud!»

La vela estaba casi toda caída sobre la cubierta; la verga podía tocarse con las manos. Mas a pesar de la poca lona puesta al viento, la barca corría con vertiginosa rapidez, pasando el agua sobre la cubierta, mientras el mástil crujía lastimeramente.

Era llegado el momento de virar: el instante supremo; si les cogía de lado uno de aquellos *colls* rectos, que se desplomaban como murallas viejas, podían decir adiós a la vida.

El patrón, puesto de pie, sin soltar el timón, examinaba todas las tumefacciones gigantescas que avanzaban veloces. Buscaba en esta cordillera movible un espacio llano, un momento de calma que le permitiese virar, sin riesgo de que la barca fuera pillada de costado.

«¡Ahora!» Y la *Flor de Mayo* giró rápidamente, cambió el rumbo entre dos montañas de agua, pero tan oportunamente, que, apenas terminada la maniobra, un golpe de mar casi recto le entró por la popa, la puso casi vertical, con la proa hundida en la espuma hirviente, la elevó hasta su cima y la arrojó por la espalda, dejándola balanceante y trémula en un espacio relativamente tranquilo.

Los tripulantes, conmovidos aún por este zarandeo gigantesco, siguieron absortos la marcha veloz y arrolladora de aquella muralla verdosa.

Viéronla inclinarse, formando como una bóveda de sombría esmeralda, sobre la otra barca que huía delante de ellos. Luego se desplomó, estallando como una mina, con hervor de espumas y nubes de agua que subían en forma de columna. Cuando la ola, deshecha y anonadada, desapareció, para dejar espacio libre a otras tan arrolladoras y ruidosas, los de la *Flor de Mayo* sólo vieron en los bullentes estremecimientos asomar un pedazo de palo y el lomo cóncavo de un tonel.

—*Requiescat in pace* —murmuró el tío Batiste, santiguándose y hundiendo su barba en el pecho.

Tonet y los otros dos mocetones que se burlaban del viejo estaban pálidos, sombríos, e instintivamente contestaron: «Amén.»

—*¡Pare! ¡pare!*…—gritaba con terror Pascualet, mirando al patrón y

señalando la proa.

Momentos antes de virar, estaba allí el compañero de Pascualet, el otro «gato» de la barca. La ola monstruosa se lo había llevado sin que lo notasen los tripulantes.

En la *Flor de Mayo* imperaban el terror y el asombro en los primeros momentos de peligro.

Rasgábase el plomizo horizonte por todas partes con el zigzag de los rayos, culebras de fuego que se sumían en las aguas para apagar sus entrañas incandescentes. Sobre el estrépito de las olas retumbaban los truenos: unos secos, espeluznantes, como descargas de artillería que el eco iba repitiendo hasta lo infinito; otros prolongados, silbantes, como una rasgadura interminable. Cruzaba el espacio un furioso aguacero, como si quisiera hacer desbordarse al mar furioso, dándole nuevo caudal líquido.

El Retor se sobrepuso pronto al terror de los suyos.

«¿Qué era aquello, recordóns? ¿Pescadores del Cabañal y temblaban? Parecía que se hubieran embarcado por primera vez. ¿Acaso no conocían las bromas del Levante? Esto pasaría; y si no pasaba, ¿qué remediaban con el miedo? Los valientes deben morir en el mar. Ya sabían el dicho: más valía ser comida de *carranes*, que no que les cantasen els capellans[7]. ¡Animo, recristo! A atarse todo el mundo, que por el momento nada necesitaba la barca, y lo importante era librarse de los golpes de mar.»

El tío Batiste y los dos marineros se amarraron al mástil por la cintura. Tonet ató sólidamente a su sobrino a una argolla de popa; y él, viendo que su hermano, por un alarde de serenidad, seguía sentado junto al timón con el cuerpo libre, le imitó, agazapándose tras la borda, agarrando con sus manos crispadas los salientes de la barca.

Reinaba un silencio fúnebre a bordo de la Flor de Mayo. La furiosa marejada agitaba los algares del fondo, y la espuma era amarillenta, sucia, biliosa. Los pobres marineros, calados por la lluvia y por las olas, sufrían los latigazos del mar, los golpes de agua con algas que les cortaban cruelmente la epidermis.

Cuando la ola los elevaba a prodigiosa altura y la barca quedaba con media quilla en el aire, como si fuese a emprender prodigioso vuelo, veía el Retor a lo lejos, perdidas en la bruma del horizonte, las otras barcas del Cabañal navegando casi a palo seco, empujadas por el temporal hacia el puerto, cuya entrada era un peligro aún mayor que permanecer en el mar corriendo la borrasca.

El marido de Dolores sintió de pronto remordimiento. Creyó que despertaba

después de un penoso sueño. La noche pasada en las calles del Cabañal, la borrachera de la playa y el imprudente embarque recordábalos ahora como vagas pesadillas.

¡Loco! ¡Miserable! Se avergonzaba de sí mismo. Era más criminal que los que le habían hecho traición. Si estaba cansado de la vida, podía haberse atado una piedra al cuello para arrojarse de cabeza al mar en la escollera de Levante. Pero ¿con qué derecho su locura había llevado a la muerte a tanto hombre trabajador? ¿Qué dirían en el Cabañal, viendo que por su culpa medio pueblo se había arrojado en medio de la tempestad?

Recordaba a los tripulantes de la vieja barca de su pareja que habían sido tragados por el mar casi a su vista. Pensó en las muchas embarcaciones que seguramente habían perecido a aquellas horas. Miró avergonzado a sus compañeros de tripulación, amarrados, azotados por las olas y lanzados en el peligro por obedecerle.

A su hermano y su hijo no quería mirarlos. Nada se perdía con que pereciesen. Renacía en él la ferocidad de la venganza. Pero ¿y los otros? ¿y los dos marineros que tenían sus madres, viejas pescaderas a las que mantenían? ¿Y aquel tío Batiste, el amigo de su padre, salvado milagrosamente de tantos peligros?

Había obrado como un criminal al arrastrarlos por su testarudez hacia la muerte. Y al ver al viejo marino y a sus dos jóvenes compañeros tendidos sobre la chorreante cubierta, amarrados con tanta fuerza que las ligaduras les penetraban en las carnes, aturdidos por los golpes de mar que caían sobre ellos como triturante martillo, se olvidó de que él también estaba en peligro. Apenas si se fijaba en las olas que le envolvían sin conmover apenas su corpachón, incrustado en la popa. Su remordimiento sólo le permitía pensar en los otros.

Era preciso vivir, salvarse. Cuando estuviesen en tierra ya arreglaría él sus asuntos de familia o se mataría; ahora lo interesante era llegar al puerto con toda su tripulación. Bastante pesaban sobre su conciencia el pobre grumetillo desaparecido en el momento de virar y los que tripulaban la otra barca de la pareja.

El Retor concentraba toda su atención en el gobierno de la *Flor de Mayo*. El presente no le inquietaba. La barca era fuerte y el temporal venía por la popa; pero pensó con terror en la entrada del puerto, lucha suprema donde tantos perecían.

A lo lejos, esfumada en el ambiente lluvioso y las nubes de agua levantadas

por el oleaje, vio la temida escollera como el lomo de un cetáceo encallado por el temporal. ¡Ah, si él consiguiera doblarla!…

Cuando la barca, después de quedar hundida en el agua, resurgía remontándose a la cumbre de otra ola, el patrón miraba ansiosamente aquella aglomeración de rocas asaltada por el mar, en cuya cima bullían innumerables puntos negros. Era gente del Cabañal, que presenciaba con angustia el terrible combate de la tempestad con los hombres.

El Retor tembló al pensar en la próxima lucha. No se veía ninguna barca. Muchas estaban ya en el puerto; las demás se habrían perdido.

En su inquietud, sintió la necesidad de fortalecerse, y habló al tío Batiste. «El, que tan bien conocía el golfo, ¿qué opinaba de aquello?…»

El viejo, como si despertase, movió tristemente la cabeza. En su cara de chivo viejo marcábase un gesto de valiente resignación que le embellecía. Todo iba a tener fin antes de una hora: hombres y barca. La entrada en el puerto era imposible. Lo aseguraba él, que en toda su larga vida no había visto un Levante tan furioso.

Pero el Retor tenía ánimos para arrostrarlo todo. Si no podían entrar en el puerto, seguirían a lo largo, corriendo el temporal.

El tío Batiste volvió a mover su cabeza con la misma expresión fatalista. Tampoco podía ser. El temporal duraría dos días por lo menos; y si la barca resistía el mar, no por eso iban a librarse de encallar en Cullera, o ir a hacerse trizas en el cabo de San Antonio. Mas valía intentar la entrada en el puerto. Para morir de todos modos, era mejor allí, a la vista de sus casas, en el mismo lugar donde habían perecido muchos de sus antecesores, cerca del milagroso Cristo dcl Grao.

Y el tío Batiste, revolviéndose en sus ligaduras, hurgábase el pecho para sacar de su camisa un crucifijo de bronce, oxidado por el sudor, y que besaba con devoción.

Esto hizo protestar a los demás. ¡Cristo! Bueno estaba el tiempo para beaterías. Tonet se burlaba con risa fúnebre, y los otros dos marineros increpaban al viejo con las más terribles maldiciones, como si el peligro, en vez de aterrarles, aumentase su desesperación, que se traducía en impiedades.

El Retor levantó los hombros. Él era buen creyente: el cura del Cabañal podía atestiguarlo; pero estaba seguro de que allí no había más Cristo milagroso que él, si la barca le obedecía y si a la entrada del puerto podía dar con oportunidad un golpe de timón.

Bien se adivinaba en la Flor de Mayo la proximidad de la escollera. Ya no eran las olas únicamente de popa, sino que, retrocediendo el mar al encontrarse con el obstáculo de piedra, acometía a la barca por la proa, formando las aguas espantosos remolinos. Eran dos peligros los que debía arrostrar: el del temporal y el del gigantesco escollo formado por los hombres.

Crujiendo dolorosamente la Flor de Mayo, a pesar de su sólida construcción, apenas si obedecía al timonel. Iba como una pelota lanzada de ola en ola, tan pronto hacia adelante, impulsada por el vendaval, como retrocedía casi sumergida por un golpe de mar llegado de la escollera.

La escotilla estaba bien cerrada, y por esto la barca, después de pasar sobre ella las montañas de agua, volvía a reaparecer, flotando valientemente.

El patrón se dio cuenta de su desesperada situación. Estaban cogidos por la horrible marejada de la escollera. Seguir adelante, corriendo el temporal, era ya imposible; había que meterse en el puerto o perecer en su entrada.

Distinguía ahora con claridad la muchedumbre pululante sobre la escollera. Alcanzada muchas veces por el oleaje, llegaban hasta la barca vagamente sus griteríos de terror.

«¡Recristo! Era muy triste morir a la vista de los amigos, oyendo casi sus voces y sin poder recibir auxilio. ¡Perra mar!… ¡Cochino Levante!…» Y el Retor, enfurecido, insultaba a las olas, en su desesperación las escupía, mientras la barca se encabritaba de pronto hasta ponerse derecha, o se arrojaba proa abajo en los hirvientes remolinos. Causaba vértigos este zarandeo interminable. El mástil lo mismo se inclinaba a babor, metiendo la verga en el agua, como caía sobre el costado opuesto, desapareciendo entre las olas la mitad de su cubierta.

«¡Allá va!…» Ya empezaban los golpes de muerte. Y una ola lívida, traidora, sin espuma y sin ruido, cayó sobre la popa, cubriendo toda la embarcación, barriéndola con una manotada feroz.

El patrón recibió el golpe en la espalda y se dobló hasta juntar la cabeza con las rodillas, pero sin soltar el timón ni moverse de aquellas tablas, en las que parecía incrustado. Vióse sumergido por algunos momentos, oyó un chasquido enorme, como si la barca se despedazase, y al surgir del agua sintió el roce de un objeto que, empujado por las olas, iba de una parte a otra como un proyectil.

Era la pipa del agua. El furioso golpe de mar había roto sus amarras y rodaba sobre la cubierta con una velocidad arrolladora, aplastándolo todo a su paso. Rozó a Pascualet en el rostro, ensangrentándoselo. Después, como un martillo enorme, cayó sobre la base del mástil, donde estaban amarrados el tío Batiste y

los dos marineros.

Aquello fue tan rápido como espantoso. Sonó un grito. El Retor, a pesar de su ánimo, se cubrió los ojos con sus manazas.

El barril, como un ariete, había caído de lleno sobre uno de los marineros, el más joven, aplastándole la cabeza. Después de su crimen, la barrica, manchada de sangre, saltó fuera de la barca, como un criminal que huye, hundiéndose en la espuma.

La cabeza aplastada era una masa sanguinolenta, de la cual iba arrancando el oleaje nuevas piltrafas. El viejo pescador y el otro marinero tenían que permanecer amarrados y en contacto con el mutilado cadáver, sintiendo en sus rostros, con los rudos vaivenes de la barca, las rozaduras del espantoso muñón, que les rociaba de sangre.

El tío Batiste clamaba desesperado. «¡Señor, que acabase pronto aquel tormento nunca visto! ¿Cuándo se había hecho sufrir a hombres honrados una prueba semejante?»

Su voz débil y cascada sonó con esfuerzos de desesperación sobre el pavoroso mugido del viento y la tempestad. Llamaba al Retor, rogándole que abandonase el timón y no se esforzase en luchar contra lo imposible. Su última hora había llegado, y antes de prolongar tales angustias, era preferible dejar que la barca se fuese sobre las rocas, partiéndose en mil pedazos.

Pero el patrón no le escuchaba. El chasquido que había oído a continuación del golpe de mar le tenía preocupado. Adivinando el peligro, no apartaba la vista del mástil, que a pesar de su robustez se cimbreaba de un modo alarmante.

En el tope se agitaba aún el ramillete del bautizo, manojo de hierbajos y flores secas que el huracán iba arrebatando como signo de muerte.

Ni siquiera oía a Pascualet, que, con el rostro desfigurado por una mascarilla de sangre y aterrado al presentir la catástrofe, gritaba con voz que parecía un balido:

—¡Pare!… ¡pare!

¡Ay! Su padre poco podía hacer. Se limitaba a evitar los furiosos golpes, a meter la barca muchas veces entre dos olas y librarla de que fuese pillada de costado. Pero doblar la escollera resultaba imposible.

La quebrantada *Flor de Mayo* vióse de pronto en el fondo de una sima, entre dos muros brillantes, pulidos, de agua sombría, que avanzaban en dirección opuesta e iban a chocar, cogiendo en medio la barca.

Esta vez, hasta el patrón dio un grito. Fue instantáneo el choque. La barca

vióse envuelta en un torbellino de agua, lanzó un crujido horrible, como uno de los truenos secos que conmovían el espacio. Cuando al fin salió a flote pesadamente, su cubierta estaba rasa como la de un pontón. El mástil se había roto a ras de las tablas, y palo y vela, con los hombres amarrados, habían desaparecido.

El Retor creyó ver entre las espumas de una ola que se alejaba el cadáver mutilado, y junto a él la cabeza del *tío Batiste* mirando a lo alto.

Ahora podían darse por perdidos.

La rotura del mástil la habían visto todos desde la escollera, y sonó un grito de horror proferido por centenares de bocas cuando la Flor de Mayo reapareció sobre las aguas, desmantelada y a merced de las olas.

Todo el barrio de las Barracas estaba allí, sobre el murallón de rojos pedruscos, con el pecho palpitante y la mirada ansiosa, tan atento a la lucha de los hombres con el mar, que apenas si se fijaba en las olas que asaltaban el escollo, amenazando arrastrar a la muchedumbre.

Cuando sonaron los primeros truenos habían corrido todos a la punta de la farola, como si su presencia pudiese ayudar a sus parientes y amigos en la terrible lucha por entrar en el puerto. Llegaron corriendo bajo un aguacero furioso, combatidos de frente por el vendaval, que arremolinaba las faldas, oprimía los vientres y zumbaba cruelmente en los oídos. Las mujeres, con los brazos en alto, se cubrían de la lluvia bajo el ondeante mantón. Los hombres llevaban chubasqueros y botas altas. Todos gritaban de emoción, saltando de pedrusco en pedrusco. Muchas veces se detenían para dejar pasar alguna ola que, asaltando la escollera, caía en el antepuerto, resbalando sobre el rodeno mojado, que parecía sudar la cólera de la tempestad.

En el sitio más avanzado, sobre las últimas rocas, donde bullían los espumarajos y se rompían las olas, estaba Dolores, pálida, desmelenada, agarrándose a la siñá Tona, que parecía próxima a la locura.

«Su chico, su Pascualet, estaba allá… ¡y también los otros!» Y las dos se tiraban del pelo, lanzando los más atroces juramentos de la Pescadería, hasta que de pronto, cruzando las manos sobre el pecho, hablaban con tono suplicante de pagar misas, de enormes cirios, dirigiéndose a la Virgen del Rosario o al Santo Cristo del Grao, como si estuviesen allí junto a ellas.

La mujer de Tonet, agazapada tras una piedra y arrebujándose en el mantón, miraba el mar con la inmovilidad de una esfinge, dejándose alcanzar por los espumarajos de las olas, que la mojaban de pies a cabeza. Arriba, en lo más alto

de la escollera, erguíase soberbia, con una expresión amenazante, la enorme mole de la tía Picores. Temblaba de ira su arrugada boca, amenazando a la tempestad con el puño cerrado. A pesar de su grotesca figura, había en ella cierta sublimidad, algo que recordaba los apóstrofos del trágico inglés.

—¡Sorra!…—gritaba con su voz ronca, amenazando al mar—. *¡Dóna habies de ser!* [8].

La lluvia era un azote; el vendaval bamboleaba como cañas a los que osaban apartarse de los grupos. Las ropas, empapadas por el agua del mar y la del cielo, pegábanse a las carnes, haciendo toser a la gente. Todos tenían puestos los ojos en el tropel de barcas que llegaba perseguido por la tormenta.

¡Qué de maldiciones contra el Retor!

Aquel «lanudo» tenía la culpa de todo: él era quien había inducido a tanto hombre de bien a lanzarse en el peligro. ¡Ojala se lo tragase el mar!

Y las mujeres de su familia bajaban la cabeza, anonadadas por la indignación pública.

Las barcas, aunque con gran trabajo, doblaban la escollera é iban entrando en el puerto, saludadas por los gritos de las familias que corrían alegres hacia el Grao para abrazar a los suyos.

Según entraban las embarcaciones de pesca, disminuía la muchedumbre en la punta de la farola.

La embocadura del puerto iba haciéndose por momentos más inabordable. Tres barcas quedaban a la vista, y durante una hora tuvieron a toda la muchedumbre con el corazón en un puño, luchando con la marejada feroz que las empujaba sobre las piedras.

Entraron al fin, y un suspiro de satisfacción dilató los pechos. Entonces fue cuando en el brumoso horizonte empezó a marcarse una barca solitaria avanzando veloz, a pesar de que navegaba casi a palo seco.

Los marineros que estaban entre las rocas tendidos sobre el vientre para presentar menos blanco a las olas voraces, se miraron con un gesto de tristeza. Aquella «pagaba el pato». La rezagada no conseguiría entrar: lo afirmaban como hombres expertos en tales luchas. Llegaba demasiado tarde.

Su vista de marino reconoció al poco rato a esta barca, que tan pronto parecía volar como se sumergía, quedando invisible. Era la *Flor de Mayo*.

La madre y la mujer del Retor gritaron como locas. Querían arrojarse al agua; ir cuando menos hasta los peñascos más avanzados, que asomaban entre la espuma sus cabezas de gigantes submarinos.

La conmiseración popular, el afecto que la desgracia despierta en las muchedumbres, rodeó a las dos pobres mujeres. Ya nadie maldecía al Retor. Todos habían olvidado su temeridad contagiosa y procuraban consolar a las dos mujeres con falsas esperanzas. Algunos marineros se colocaron entre ellas y el mar, evitando que presenciasen la fiera lucha, cuyo triste fin adivinaban.

Duró una hora la angustiosa situación, lo bastante para encanecer. Cuando la Flor de Mayo fue envuelta por las dos olas y reapareció sin mástil, con la cubierta rasa, un alarido de horror sonó en la muchedumbre. «Estaban perdidos. ¡A morir!»

La barca ya no obedecía al timón. El mar la hizo emprender una carrera loca hacia los peñascos, y lo único que conseguía el patrón, a costa de muchos esfuerzos, era que no presentase sus costados al oleaje.

Por una casualidad no chocó contra la escollera. Un golpe de mar la elevó a tiempo y pasó como una flecha ante su punta, viendo Pascual como momentánea aparición aquellos pedruscos avanzados y sobre ellos muchas siluetas conocidas.

¡Qué angustia! ¡Estar a la vista de tantos amigos, poder oír su voz, y sin embargo morir! A los pocos instantes ya estaban lejos de la escollera. Iban rectamente hacia Nazaret, a perecer en el arenal donde tantos barcos se habían hundido.

Tonet, amodorrado por los golpes de mar, se reanimó al pasar frente a la escollera. Fue una visión de vida, que desgarró e iluminó su resignada desesperación.

No; él no quería morir; se defendería del mar y de la tempestad mientras pudiese. Entre ahogarse de allí a media hora en el arenal o despedazarse en la escollera en un intento de salvación, prefería lo último. Por algo era el mejor nadador del Cabañal.

Y a gatas, expuesto a ser arrastrado por las olas, llegó hasta la escotilla destrozada por los golpes de mar y se hundió en la cala.

El Retor le miraba moverse con silencioso desprecio. Ya no sentía arrepentimiento por su obra. Dios era bueno y le había evitado un crimen. Dentro de unos instantes perecería con el hermano traidor; y en cuanto a la que estaba en tierra, que viviese. ¿Había acaso peor tormento que seguir en el mundo? Ahora conocía él el engaño de la vida. La única verdad era la muerte, que nunca falta ni engaña. Y también era verdad la hipocresía feroz del mar, que calla sumiso, se deja explotar por los pescadores, los halaga, haciéndoles creer en su eterna bondad, y después, con un zarpazo hoy y otro mañana, los va

exterminando de generación en generación.

Estas ideas se sucedían en él rápida y desordenadamente, como si la proximidad de la muerte excitase su pensamiento.

Al ver que reaparecía Tonet en la ruinosa cubierta, profirió una exclamación de sorpresa, incorporándose sobre las movedizas tablas. Su hermano llevaba en las manos el chaleco salvavidas, el regalo de la siñá Tona, que había quedado olvidado en la cala.

Tonet no se inmutó ante la mirada fulgurante de su hermano y su pregunta hecha con una voz bronca… «¿Que adónde iba? A lanzarse al mar. Había llegado el momento del ¡sálvese quien pueda! Él no quería morir encerrado allí como una rata; prefería que le aplastasen las olas sobre la escollera.»

El Retor lanzó un juramento. No; su hermano no saldría de la barca, no intentaría salvarse; moriría con él, y aun con esta muerte no lo pagaba todo.

El peligro hizo reaparecer en Tonet el matoncillo del puerto, el perdido incapaz de respetos, y sonrió feroz y despreciativamente, mirando a su hermano.

En la actitud de los dos hombres había algo que asustaba más que la tempestad.

—¡Pare!… ¡pare!—repitió el niño con voz débil, agitándose en sus ligaduras.

Entonces recordó el Retor que el muchacho estaba allí; y sombrío, silencioso, soltó el timón. Llevaba en la mano su faca de marinero, y de un solo golpe cortó las ligaduras del muchacho.

—Tú… ¡el chaleco!—dijo con voz imperativa a su hermano.

Pero éste le contestó con un ademán indecente e intentó introducir sus brazos en el armazón de corcho.

«¡Canalla!» Pascual sentía la necesidad de hablar, de decirlo todo, aunque fuese con pocas y atropelladas palabras. «¿Creía que aún estaba ciego? Lo sabía todo. Él era quien en la noche anterior lo había perseguido por las calles del Cabañal cuando salió de dormir con la… «púa» que estaba en tierra. Si no le mataba, era porque iban a morir juntos.

»Pero aquel niño, el que él llamaba antes su Pascualet, no era culpable y debía, vivir. Tal vez se ahogase: era lo más seguro; pero por ser un inocente, a él le correspondían las probabilidades de salvación. ¡Pronto!… ¡el chaleco, Tonet! Era para su hijo, para el fruto del engaño y de la infamia. Aunque era tan canalla, debía acordarse de ser padre. ¡A obedecer, o lo mataba como un perro!»

Pero Tonet; sonriendo de un modo feroz, le contestó con cinismo. «Tal vez no se engañaba Pascualo y el chico fuese su hijo; pero la piel propia es lo

primero.»

Intentó vestirse el salvavidas, pero no tuvo tiempo. Fuese sobre él su hermano, y en la cubierta resbaladiza, movible, invadida a cada instante por el mar, sonó un pataleo de lucha y Tonet cayó de espaldas.

Su hermano le había hundido dos veces la faca en un costado. Al fin lograba saciar el ansia de destrucción que le había enloquecido desde la noche anterior.

Sin saber casi lo que hacía, enfardó al muchacho en el salvavidas, y como si fuese un saco de lastre, lo arrojó por encima de la popa, viendo cómo flotaba y cómo desaparecía detrás de la cresta de una ola.

Ahora, a morir como todos los de la familia; a ser recogido en la playa como un salivazo de las olas, lo mismo que recogieron a su padre.

Todo esto pasó en la destrozada barca con gran rapidez.

La muchedumbre aglomerada en la punta de la escollera veía a la *Flor de Mayo* saltando como un ataúd sobre las olas, sin dirección, convertida en un juguete de la tempestad.

Los truenos sonaban cada vez más lejanos; cesaba la lluvia, pero el vendaval seguía soplando furioso y el oleaje era cada vez más fuerte.

Los hombres de mar no alcanzaron a ver nada de la lucha ocurrida en la barca; el drama quedó ignorado. Pero distinguieron cómo el Retor arrojaba por la popa un gran fardo que, flotando sobre las aguas revueltas, iba aproximándose a la escollera para estrellarse sobre sus rocas.

Poco después sonó el último grito de angustia. La *Flor de Mayo* era cogida de costado por una ola enorme y rodaba algunos instantes con la quilla al aire, desapareciendo finalmente.

Las mujeres se santiguaron, mientras otras rodeaban a Dolores y Tona, sujetándolas para que no se arrojasen al mar.

Todos adivinaron el objeto que flotaba hacia las rocas. Era el muchacho. Los marineros le reconocían envuelto en el salvavidas.

Iba a matarse contra los peñascos. La madre y la abuela daban alaridos, pidiendo socorro sin saber a quién. «¿No habría una buena alma que salvase a su chico?»

Un mocetón de buena voluntad, con la cintura amarrada por un calabrote que sostenían sus compañeros, se lanzó valerosamente entre las rocas bajas, entre los escollos submarinos, sosteniéndose en las aguas rebullentes a costa de fuerza y destreza.

Varias veces chocó el inanimado cuerpecillo en las piedras salientes,

arrebatándolo de nuevo el mar entre alaridos de horror. Al fin, el marinero pudo alcanzarlo cuando iba a golpear otra vez el gigantesco murallón.

¡Pobre Pascualet! Tendido sobre la fangosa plataforma de la escollera, su cara ensangrentada, sus miembros amoratados, fríos, desgarrados en las aristas del rodeno, asomaban por las aberturas del voluminoso salvavidas como las extremidades de una tortuga.

La abuela intentó reanimar con sus manos aquella cabecita cuyos ojos se habían cerrado para siempre; Dolores, arrodillada junto al pequeño cadáver, se arañaba el rostro, se mesaba la suelta y hermosa cabellera, mirando fieramente a todas partes con sus ojos dorados.

Un lamento de dolor cruzaba incesantemente el espacio.

—¡Fill meu!… ¡fill meu!…

Las mujeres lloraban. Rosario, la esposa despreciada y estéril, conmovida por la desesperación de esta maternidad gimiente, perdonaba a su rival.

Y en lo alto, dominándolos a todos, estaba la *tía Picores*, erguida y soberbia como la venganza, indiferente a todos los dolores, con las faldas ondeantes como una bandera azotando sus piernas.

Ya no enseñaba el puño al mar. Le volvía la espalda con desprecio, pero amenazaba a alguien que estaba tierra adentro, a la torre del Miguelete, que alzaba a lo lejos su robusta mole sobre la masa de tejados de la ciudad.

Allá estaba el enemigo, el verdadero autor de la catástrofe. Y el puño de la bruja del mar, hinchado y enorme, siguió amenazando a la ciudad, mientras su boca vomitaba injurias.

«¡Que viniesen allí todas las zorras que regateaban al comprar en la Pescadería! ¿Aún les parecía caro el pescado?… ¡A duro debía costar la libra!»

FIN

Valencia, 1895.

NOTAS

[1] Pesar, de aquí no has de pasar. Chocolate, panecillo y vaso de a real

[2] Pescado menudo que no sirve para la venta

[3] Tejedor de seda y terciopelo

[4] ¿Qué es esto ¿¿Siempre lo mismo?

[5] Vieja canción valenciana que cantan los niños mirando a la luna: **La luna, la ciruela, vestida de luto… su madre la llama, su padre no quiere.**

[6] Espera… Esta noche, no… otro día

[7] Refran de los marineros valencianos, en ol que rima carrancs (cangrejos) con capellans (capellanes), aludiendo a los cantos de los entierros.

[8] ¡Zorra!… ¡Mujer habías do ser!